

Salvá y Hormaechea, Melchor

**Investigación acerca del capital : memoria / escrita
por Melchor Salvá.**

Madrid : Tipografía Gutenberg, 1884.

Signatura: 20098

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

INVESTIGACION ACERCA DEL CAPITAL

MEMORIA

ESCRITA

POR EL ILMO. SR. D. MELCHOR SALVÁ

miembro correspondiente

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

Y HOY INDIVIDUO DE NÚMERO,

y Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Central

MADRID

TIPOGRAFIA GUTENBERG

5 - Villalar - 5

1884



BANCODE ESPAÑA
Eurosisistema

BIBLIOTECA



1 100007 912463

20098 2/3

20098

INVESTIGACION ACERCA DEL CAPITAL

INVESTIGACION ACERCA DEL CAPITAL

MEMORIA

ESCRITA

POR EL ILMO. SR. D. MELCHOR SALVÁ

miembro correspondiente

DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

Y HOY INDIVIDUO DE NÚMERO,

y Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Central



MADRID

TIPOGRAFÍA GUTENBERG

A CARGO DE M. SALAMANQUÉS

Calle de Villalar, número 5

1884

Banco de Foneço Biblioteca

INVESTIGACION ACERCA DEL CAPITAL

CAPITULO PRIMERO

Etimología del vocablo capital. — Si debe ser sustituido por otro: opiniones de Senior y de Rossi. — Parecer del autor en sentido negativo.

Caput, capitis, la cabeza, lo más importante y grave de un negocio; la suma principal, la cantidad de dinero prestado, separando los intereses: de estas palabras se ha formado la voz *capital*, que es, por tanto, de origen latino en algunas lenguas de Europa, y se usa en la acepción económica por dos causas: la primera, porque de esta suerte se designó la parte más importante de una deuda ó aquello á que ascendía, para indicar que al devolverla era preciso añadir los intereses; la segunda, por la gruesa suma de dinero, ó de barras de oro y plata, que en tiempos antiguos se estimaba como lo principal de la riqueza ó medios los más importantes para el bienestar de nuestra vida.

Ducange dice que en la Edad media se daba á entender por el vocablo *capitale*, lo mismo el préstamo del dinero que el ganado.

Senior cree que debe ser reemplazada la voz *capital* cuando se la considera como instrumento de la producción, por la de *abstinencia*: confiesa que da á esta palabra más extensa signifi-

cacion que la que tiene comunmente, puesto que no fijamos en ella la atencion sino cuando está separada del trabajo. Existe un sacrificio, una privacion en abstenerse del uso inmediato de ciertas cosas, para obtener un resultado remoto, que no es del momento: comprende ese sacrificio con la voz *abstinencia*, que se presta, sin duda, á grandes objeciones, pero no se halla otra alguna á la que no se puedan hacer mayores todavía.

Podrá decirse que la abstinencia, considerada aisladamente, no es más que un acto negativo, y no puede producir efectos positivos. Sería dable dirigir el mismo argumento, v. gr., al valor, poniendo en duda si la reserva de un ejército los consiguiese, sólo por guardar la plaza que le ha sido confiada. Abstenerse del goce de las cosas que poseemos ó preparar resultados en época futura, son esfuerzos dolorosos para el hombre y que exigen mucho carácter. La abstinencia es, tal vez, el más eficaz de todos los medios de que el hombre se sirve para elevarse por cima de todos los seres vivos. Tal es la significacion del lenguaje científico de que el dicho autor hace uso, y que procura hacer lo más preciso que fuese posible; mas ocurre que este lenguaje es muy pobre, y á lo sumo, en él pueden hallarse la mitad de los términos que serían necesarios para expresar bien todas las ideas.

El instrumento de produccion que se llama capital no se señala bien, ni se significa con las voces *capital*, *capitalista*, *beneficio*: no designan el acto que se recompensa con el interés ó beneficio, y que tiene la misma relacion con ese interés que el trabajo con el salario: hé aquí por qué da el nombre de abstinencia al acto de que se trata ¹.

Esta opinion de Senior ha sido rebatida por Rossi. Hay algo — escribe — que sorprende en esta frase: «el ahorro es un agente de la produccion.» ¿No hacer nada, será por ventura hacer algo? El ahorro es un hecho negativo; ahorrar es no consumir, nada más. ¿Diremos, por ventura, que es el ahorro como el

1 Senior. Principios fundamentales de Economía política, páginas 310-15.

valor, origen de las más grandes acciones? ¿Pero cuáles son las hazañas de un héroe, por intrépido que sea, mientras permanezca con los brazos cruzados? No basta no tener miedo, es preciso hacer para llegar á obtener algun resultado. Cuando se dice que hay un ahorro que constituye una accion con la que se domina la inclinacion que tenemos á los goces inmediatos, se sale del dominio de la economía política para penetrar en el de la moral. Aquella observacion puede explicar las causas morales del ahorro, mas no caracteriza el hecho económico la creacion del capital y su naturaleza.

Como la palabra *ahorro* no puede expresar un hecho positivo y que envuelva la idea de una accion, los autores que la emplean se ven obligados á entrar en largas explicaciones, para decirnos que no se trata de un ahorro cualquiera, del ahorro del avaro, por ejemplo; esto equivale á confesar que el vocablo dicho no es más propio que el de capital. ¿Para qué, pues, hacer un cambio? ¹.

Pensamos como el último de los autores expresados, por tres razones. La ciencia de Smith y Say, emplea las voces usadas ya cuando apareció, en las manufacturas y el comercio, y no es este el momento oportuno de discutir si hubiera producido ventajas para la unidad de las doctrinas y para dar realce y consideracion á las mismas, seguir distinto rumbo y buscar en las lenguas sabias el tecnicismo peculiar de este linaje de estudios. Lo que pudieron hacer aquellos precitados maestros no es dable verificarlo hoy, con grave peligro de producir grande confusion y dividir aún más á los adeptos de la ciencia, á las varias escuelas. De suerte y manera, que debemos ser muy parcos en introducir voces nuevas.

La de abstinencia indica la intervencion del hombre, la parte subjetiva, uno de los orígenes del capital, pero no comprende la misma fuerza productiva, el elemento de que se trata, la parte objetiva. En economía política, es preciso designar la riqueza acumulada que por sí misma y hecha abstraccion del ahorro se

1 Curso de Economía política, vol. II, págs. 173 - 174.

requiere para que haya industria, producción de valores: es decir, los últimos caracteres señalados y no los primeros.

El ahorro basta para separar del consumo bienes cuantiosos; la abstinencia permite reunir riquezas; mas es llano que estas pueden influir ó no en los negocios, en las fábricas, en el comercio; creemos, por este motivo, que no es conveniente comprender los dos estados que suceden al ahorro con una sola palabra, y no decimos más por ahora, que más adelante hemos de hallar ocasión oportuna de desenvolver estas ideas.

CAPÍTULO II

Definición del capital. — Reseña histórica de las doctrinas. — Divergencia entre los pareceres de Smith y Say. — El autor no admite la innovación que quieren introducir Hermann, Courcelle Seneuil y Macleod.

Definir tiene grande importancia. El que define bien indica con fórmula científica, profunda, precisa, la índole y caracteres de una noción y de una realidad; abre las puertas de oro de la teoría y ofrece un punto de apoyo á sus oyentes ó lectores, para que eviten el error y no caigan en las celadas puestas por los bandos enemigos. Las definiciones son las banderas de la república de las letras. No se extrañe, por tanto, que al definir el objeto de nuestro estudio procuremos atentamente descubrir la verdad, á través de las varias y opuestas opiniones de los autores.

¿Qué es el capital? Genovesi cree, como los antiguos, que es una suma de dinero que se presta ¹. Hume estima que consiste en la riqueza empleada en la industria ². Los fisiócratas no pararon mientes en este punto; los más modernos, los últimos afiliados á la secta de los economistas, no hablan más que por incidencia. Así se observa en los escritos de Grivel, de Letrosne

1 Economía civil, cap. XIII, 2.^a parte, pág. 183.

2 Discursos, 1752. Número 4. Del interés.

y de Boesnier de l'Orme, bien que la obra del último, impresa un año ántes que la de Adam Smith, obedezca á un plan científico riguroso y notable y que en ella se señalen las funciones del capital de un modo rudimentario. Alguno afirma que Smith no define el capital; vamos á probar que yerra y que el economista escocés ha examinado esta materia, como todas, de un modo sobresaliente. « El producto del trabajo — dice Smith — no pertenece siempre y por completo al obrero: lo más frecuente es que éste se reparta con el propietario del capital que da empleo á su trabajo... se deberá una suma adicional como beneficio del capital que ha anticipado los salarios del trabajo y ha suministrado los materiales ¹. » En otro pasaje de sus obras leemos: « Sin embargo, una disminucion que sobreviene en la masa de capitales de una sociedad, ó en el fondo destinado á alimentar la industria... ² » Más adelante notamos estas palabras: « Es preciso que exista en alguna parte una masa, un cúmulo de mercancías de diferentes especies, reunido de antemano para mantener y hacer subsistir al obrero y ofrecerle además la materia y los instrumentos necesarios á su obra ³. » Por último, recorriendo las páginas del mismo libro veremos lo que sigue: « Cuando un hombre posee un fondo acumulado suficiente para poder vivir meses y aún años, podemos distinguir en dos partes la totalidad de este fondo; se llama capital aquella de que espera obtener una renta, la otra es la que sirve inmediatamente para su consumo ⁴. » No acierta, en nuestro sentir, el Sr. Coll y Masadas cuando afirma que Smith define el capital diciendo ser todo producto ahorrado, destinado á la producción ⁵. La deducción cierta, la que se ajusta al texto del filósofo de la escuela escocesa, no puede ser otra que la masa de bienes empleada en alimentar la industria ó la suma de riquezas

1 Riqueza de las naciones, lib. I, cap. VI.

2 Ibidem, lib. I, cap. IX.

3 Ibidem, lib. II, cap. I.

4 Ibidem, lib. II, cap. I.

5 Principios de Economía política, lección VIII, pág. 213.

que el hombre acumula para obtener una renta. Analizando estas dos formas del pensamiento de Smith, no cuesta grande esfuerzo admitir sólo la primera, pues el fin que en la segunda se pone como término del acto, no puede verificarse sino ejecutando lo que en aquélla se contiene. Enseña Say que un capital, en el sentido más extenso, es una acumulacion de valores sustraídos del consumo improductivo ¹. Hace notar el Sr. Coll y Masadas que hay honda discrepancia entre una y otra definicion, la de Smith y la de Say; que para el uno basta la unidad de producto, mientras que el otro exige la pluralidad acumulada de los mismos; que el primero requiere como condicion esencial que esté destinado á producir, al paso que el segundo se concreta á una mera acumulacion ². Estamos de acuerdo con el Sr. Coll y Masadas, y es muy digno de aplauso el brillante estudio que ha consagrado á esta parte de la ciencia. Los dos grandes maestros de la economía política han delineado los dos únicos conceptos que pueden atribuirse al capital, y sólo resta discutir y resolver cuál de ambos nace más natural y técnicamente de esta misma ciencia, cuál se ajusta más á la teoría abstracta y á la experiencia, y descubrir las causas de la contradiccion que debe lamentarse por los resultados que ha producido. Mas ántes de intentarlo por nuestra parte, prosigamos apuntando los pareceres de los economistas acerca del asunto sobre que versa este capítulo.

Droz, el filósofo de la economía política, juzga que es preciso concebir claramente lo que es un capital. Hace constar que todos los autores no dan el mismo significado á esta palabra; que, segun unos, consiste en sumas de dinero; segun otros, se compone, no solamente de sumas que sirven ó pueden servir para las empresas de la industria, sino tambien de todos los objetos, como edificios, herramientas, etc., que están destinadas ó empleadas en crear nuevas riquezas; el mismo autor estima que los primeros emplean el lenguaje vulgar, que los

1 Epítome de Economía política.

2 Principios de Economía política, pág. 213.

segundos hablan una lengua se en ‘*voyage*’ en el que se afirma probar. James Mill no define, pero enumera las materias que constituyen el capital de acuerdo con Smith. Senior afirma que la voz capital ha sido definida de tantas maneras, que se puede dudar que tenga una significacion admitida generalmente; que, sin embargo, cree que, segun el sentido popular y el que le dan hasta los mismos economistas, cuando no recuerdan sus definiciones, este vocablo significa un objeto de riqueza, el resultado del trabajo humano empleado en la produccion y distribucion de las otras riquezas ². Blanqui escribe que es la porcion de la riqueza pública que sirve para sustentar á los trabajadores y para el desarrollo de la produccion ³. Alban de Villeneuve y Garnier son del mismo parecer que Blanqui ⁴. De modo que puede decirse que los escritores ingleses y franceses del primer tercio de este siglo, han seguido la opinion de Smith y no la de Say, que la manera de pensar de los primeros es más profunda, estricta y clara; la de los segundos más general, más vaga, más confusa, y que por esto no queremos significar que deje de haber alguno que más ó ménos siga las huellas de Say.

En medio de estas dudas y dificultades interroguemos el juicio y dictámen de los autores alemanes. Para el fisiócrata Schmalz designa la voz tantas veces dicha, un objeto cualquiera prestado á otro para que haga uso de él. Cierto es, añade, que tambien recibe el nombre de capital lo que poseemos y empleamos en nuestro propio uso; esta acepcion más extensa no adolece de ser contradictoria con la definicion que acabamos de dar, puesto que de la misma manera que en los libros de comercio, la caja y las mercancías del comerciante se consideran como personas ficticias y extrañas, del mismo modo

1 Economía política, lib. I, cap. VI, págs. 56-57.

2 Principios fundamentales de Economía política, págs. 309-310.

3 Curso de Economía política, 2.º vol., págs. 36-37.

4 Economía política cristiana, lib. I, cap. VIII, págs. 107-108.—Elementos de Economía política, 1.^a parte, lección 1.^a, cap. III.

todo hombre puede considerar su haber como una persona ficticia que le debe la suma total de su valor ¹. Hermann escribe que es todo principio durable de utilidad que posee valor en cambio ². Rau entiende que existe una parte de nuestro haber que se divide en dos porciones muy distintas: una sirve para trabajar en el aumento de los bienes que constituyen la fortuna nacional; ella forma el capital ³. Roscher dice: llamamos capital todo producto conservado para servir á la produccion ⁴. Vemos, por lo expuesto, que los afamados escritores de más allá del Rhin, si exceptuamos á Schmalz, que confunde la riqueza y el capital, se inclinan á la opinion de Say, toda vez que ninguno demanda, ni supone que la suma de bienes ó riquezas que forma el capital esté empleada en la produccion, y se contentan con una simple posibilidad, aunque Rau y Roscher ven en aquella fuerza productiva los bienes ó valores que se acrecientan ó se utilizan en el desarrollo de la industria, pero nada más.

Agrupando ahora brevemente los pareceres de los autores españoles, nos será lícito mostrar que los Sres. Flórez Estrada, Colmeiro y Madrazo ⁵, no disienten de los otros tratadistas; Carreras y González y Coll y Masadas, se adhieren á la opinion de Smith ⁶.

Hora es ya de que volvamos sobre nuestros pasos y recordemos que más arriba hemos prometido enunciar las causas de la que el último de los citados adeptos de la ciencia económica llama honda divergencia entre el fundador de ésta y el más feliz de sus propagadores. Si apartamos el pensamiento de

1 Economía política, vol. I, pág. 242.

2 Riqueza del Estado, núm. 3.

3 Tratado de Economía nacional, pár. LI, pág. 43.

4 Principios de Economía política, pár. XLII, pág. 91 del vol. I.

5 Curso de Economía política, parte I, cap. V.—Tratado de Economía política ecléctica, lib. I, cap. IX, vol. I, pág. 128.—Lecciones de Economía política, leccion XXV, vol. I, pág. 431.

6 Tratado didáctico de Economía política, lib. I, cap. V, pág. 80.—Principios de Economía política, leccion VIII, págs. 213-214.

la vulgar consideracion que hace consistir el capital en una suma de dinero, y analizamos la industria, nos parecerá cosa clara que toda riqueza que se sustrae del consumo, que se guarda y conserva, que puede virtualmente servir para el aumento y desarrollo de la produccion, forman el conjunto de valores que la ciencia señala aparte como una fuerza productiva, diferente de los agentes naturales y el trabajo, y para cuya designacion empleamos aquel vocablo. Bien que la riqueza ahorrada simplemente, la que requiere un trabajo de conservacion para que no perezca, no se utilice como capital en un período determinado, para nadie será motivo de duda que directamente, por medio del préstamo ó del cambio, podrá trocarse en elemento y fuerza productiva. Say, al parecer, teniendo en cuenta que un pueblo puede emplear en dar vida á la industria y mejorarla, no sólo la parte de su haber empeñada en la produccion, sino tambien aquella otra que el consumo no requiere y que sus manos guardan inactiva, pero capaz de ser fecundada por nuestros esfuerzos, juzgó que era un progreso corregir la más estricta nocion que consta en la obra célebre de Adam Smith. Mas es el caso, que este juicio, en el que parece preferirse á todo la claridad, que es el intento que anima casi siempre al ilustre pensador, adolece de inconvenientes y hasta peligros, que vamos á señalar á continuacion. El Sr. Coll y Masadas dice muy bien y con no vulgar discernimiento, que el capital concebido por Smith es una abstraccion que no podría, en su unidad rudimentaria, aplicarse á la industria, al paso que la acumulacion de que habla Say da idea de algo real, positivo y eficaz en la práctica; que en la esfera científica la esencia de las ideas no depende de la cantidad sino de la naturaleza, relacion y destino que les da el sujeto, por cuyo motivo halla más racional el aserto del primero de aquellos maestros.

Continúa el mismo Sr. Coll y Masadas que dando á la acumulacion el concepto de capital, surge el mal y perjuicio para que la teoría sea correcta, de tener que llamar capitales de consumo ó de goces á los valores que, destinados al consumo lento, como los vestidos, muebles, alhajas, edificios, supone

Say que tienen aquel carácter, por el mero hecho de ser acumulados ¹.

Rossi, que ha tratado esta materia con mucha extension y lucidez, nos persuade de que ni todo producto es capital, ni tampoco todo aquello que es origen y causa de renta; esto último es una cosa útil para su dueño que percibe esa renta y nada más; de que asimismo no es dable pretender que el simple ahorro constituya el capital. En el ahorro no podemos ver ni esfuerzos para producir, ni creacion de nuevas riquezas que existían ya ántes de ahorrar, ni otra cosa que dejar de consumir ².

Hemos escrito que no sólo hay inconvenientes, sino tambien peligros, en el concepto que Say se ha formado del capital; no es difícil adivinar el motivo que tenemos para hablar así. Si la riqueza acumulada constituye aquel elemento productivo, parece que hay motivo para afirmar que es una suma de valores ociosa en manos de ociosos, y sacando hábilmente partido de la division de los economistas, Proudhon, á la manera de los partidos políticos, dudará de la legitimidad de su posesion y de la legitimidad del interés ó beneficio que produce. « El que presta — insinúa Proudhon — en las condiciones ordinarias del oficio de prestador, no se priva de un capital que da á otro; lo cede porque no tiene nada que hacer con él, porque guardándolo, entre sus manos ese capital, estéril por su naturaleza, seguirá siendo estéril ³. » Si los autores hubiesen seguido más dócilmente las huellas de Adam Smith, su maestro universal, las armas esgrimidas por el rey de los sofistas contemporáneos tendrían ménos agudo filo y causarían más leves heridas: á lo ménos no hallaría recursos entre sus naturales y sabios adversarios.

No se nos oculta que hemos de tropezar, si queremos seguir la opinion del escritor escocés, con la novedad que quieren introducir en este punto importantísimo Hermann, Courcelle Seneuil

1 Principios de Economía política, págs. 213-214.

2 Curso de Economía política, págs. 169 y sig. del vol. II.

3 Cartas á M. Bastiat. Carta tercera.

y Macleod. Para el primero, la noción que investigamos, descúbrese en todo elemento de riqueza, susceptible de duración y que tiene un carácter social; basta para que se ponga el hombre en condición favorable respecto á lo porvenir, y puesto en contacto con sus semejantes. El segundo llega á decir que una suma de riquezas, considerada bajo el punto de vista de su duración, por espacio de un tiempo dado á una serie de operaciones determinadas, se llama capital. Él mismo comprende que como esta definición es distinta y opuesta á la que ha merecido la sanción de tratadistas respetables, es preciso explicarla, y aún diría mejor justificarla. La mayor parte de los economistas, según Courcelle Seneuil, comprenden bajo el nombre común de capital, aquella porción de riquezas existentes que sus poseedores tienen intención de conservar ó de reproducir por medio de la industria. Así, un objeto que se enumera entre las riquezas, será ó no será capital, según sea la intención de su dueño, y adquirirá ó perderá este carácter al tenor de los cambios que sufra esta misma intención; semejante clasificación tiene el defecto de no incorporarse á ningún hecho material sensible: un pan, por ejemplo, deberá estimarse como capital en la panadería, y dejará de serlo en el momento que lo compre el consumidor. ¿A quién puede ocultarse cuán convencional y arbitraria es esta clasificación? Más vale tornar los ojos á la acepción vulgar del vocablo, y comprender, al emplearlo en la ciencia, las riquezas en un sentido algún tanto estricto, como existentes y resultado de un trabajo anterior, que se consideran bajo el punto de vista de su duración y destinadas á satisfacer necesidades presentes ó futuras ¹.

Creemos que en el fondo, que en la esencia, las definiciones de Hermann y Courcelle Seneuil no se diferencian; las reflexiones que una de ellas va á inspirarnos, son aplicables á la otra. Comencemos por hacer notar, que el punto de partida del neologismo científico de Courcelle Seneuil, se basa en la teoría de

1 Tratado teórico y práctico de Economía política, primer volumen, págs. 28 - 51 - 54.

Say y los que le siguen, aunque el primero descarna en demasiada el concepto y lo reduce todo á la intencion del que ha producido la riqueza, y en ello es injusto, pues los autores á que aludimos se refieren á un hecho, cual es sustraer los bienes del consumo. Las razones que aduce, carecen de fuerza contra las afirmaciones de Smith: desde luego, nada se alega en su menoscabo; pero aunque hubiese tal intento, no pudiera lograrse. La riqueza ahorrada y que se emplea en la industria, ve ahí una noción que no es arbitraria, y que una ciencia que ha nacido de la observacion de fenómenos de cierto orden, puede admitir sin desnaturalizarse. Para comprender bien la materia, objeto de este estudio, es preciso distinguir cuidadosamente entre las sumas acumuladas y formadas por el ahorro, y la parte de estas acumulaciones invertida en la producción. Aquéllas pueden trocarse, por el destino que reciban, en fuerza productiva, latente y poderosa, como dormida y real: poseen la capacidad de ser elemento productivo: cabe tambien que en momentos dados no puedan llegar á sentir el movimiento y la trasformacion que se operan al hacerse efectiva esa potencia virtual, por ejemplo, por cerrarse las salidas, las puertas de extenso mercado, al que iban á parar las manufacturas de una region cualquiera. Siempre confieren los valores acumulados la posibilidad de tomar parte en la producción, como capitalistas á sus poseedores: mas una simple posibilidad no es un hecho; la facultad no supone necesariamente el ejercicio actual de esa misma facultad. Es evidente, ó mucho nos engañamos, que hay en el dominio económico un concepto basado en la experiencia, que nace y tiene viva razon de ser en que, parte considerable é interesantísima de la fortuna nacional, está empleada en preparar, hacer factible el desenvolvimiento y desenvolver la industria, y que este concepto, por sus caracteres esenciales, no debe confundirse con otro alguno. Este concepto es el que expone Adam Smith al hablar del capital: es *el fondo destinado á alimentar la industria*. Si no le damos este nombre, ¿ cómo lo llamaremos? ¿ Los economistas tendrán que inventar otra palabra? No se nos traiga á la memoria la acepcion vulgar, el comun sentir, ni áun siquiera el

juicio de antiguos filósofos y juristas, como hace Schmalz. La ciencia no se forma con las ideas vulgares: el comun sentir jamás significa otra cosa que el haz, la superficie de las teorías fundamentales; afirmar que en nuestras interiores discusiones apelemos al comun sentir de las gentes, equivale á defender que los obreros de las fábricas, movidas por agentes mecánicos, eran capaces de inventar la máquina de vapor de Watt. En la amplia y difícil esfera del pensamiento, las flacas manos del vulgo no guardan el eléctrico hilo que nos sirve de guía, sino las nerviosas y potentes del genio.

Podemos redargüir á Courcelle Seneuil, que su clasificacion es tambien arbitraria; si hasta cierto punto su nocion del capital se confunde con la de riqueza, ¿quién le autoriza para formar una masa aparte, sólo por la duracion y porque pueda remediar necesidades actuales ó futuras? Distinguir de esa suerte entre riquezas fugitivas y durables para constituir el capital, es desconocer la division del mismo en fijo y circulante; es ignorar que primeras materias deleznales y pasajeras como el humo, los gases y los cuerpos orgánicos muertos, se enumeran entre las fracciones parciales de ese grande y benéfico agente del bienestar y la fortuna.

Macleod asegura que hay dos vías fundamentalmente distintas una de otra en cuya virtud el capital puede aumentarse. Una es de directo y efectivo incremento de cantidad; así los ganados y las mieses se agregan á los números y á la cantidad que lo expresan: otra se refiere al cambio, ó lo que es lo mismo, consiste en permutar alguna cosa que tenga poco precio en un lugar determinado, por otra cuya estimacion sea mayor. Ahora bien: es indudable que la moneda produce un beneficio y por este motivo es un capital, siguiendo el segundo de los dos caminos indicados. Si no arrojamus semillas al seno de la tierra no recogeremos la futura cosecha; pero la moneda llega á ser capital cambiándola por cualquiera mercancía que pueda revenderse ó permutarse á su vez, por una suma mayor que la por ella entregada. Y es cierto asimismo, que toda cantidad económica que se emplee como sucedáneo de la moneda, para

adquirir mercaderías y con el intento de conseguir un provecho, es capital del mismo modo que el dinero, en virtud de la definición que, según Senior, se admite por todos los economistas ¹. En suma, para Macleod es capital toda cantidad económica empleada con el fin de obtener provecho.

Esta fórmula es puramente subjetiva: el beneficio del poseedor de riquezas acumuladas puede sacar ventajas de lo mismo que cause perjuicio al deudor, de lo mismo que no deba su origen á la industria: en ella no se descubre la faz más importante de la fuerza productiva que nos ocupa, y se confunde con los agentes naturales. *Una cantidad económica*, en sentir de aquel autor, es también el crédito, son los derechos, y así pierde la noción su realidad.

La definición de Smith tiene un cimiento firme como la ciencia, y profundo como el hombre extraordinario que tan sagazmente lo ha señalado con su mirada de águila, á saber: el análisis de las fuerzas productivas, si son tres esas fuerzas productivas, una de ellas es el capital, de la suerte y manera que lo comprendemos.

Nos parece muy acertada, hija de larga reflexión y en armonía con el carácter científico que debe tener, la fórmula de Senior, que más arriba hemos transcrito y que vamos á analizar sumariamente, para concluir este capítulo. *Resultado del trabajo*: es el primer rasgo distintivo que separa al capital de los agentes naturales; si fuese una fuerza esclavizada por el hombre, sería lo segundo; débese á la inteligencia y á la libertad humanas y no es preexistente, sino posterior al ejercicio de las facultades de aquél: *empleado en la producción*; de acuerdo con Smith señala Senior la línea divisoria del trabajo que no es riqueza, ni masa de valores, sino esfuerzo humano, á que precede forzosamente el empleo del capital, salvo el origen de las sociedades y el comienzo de las civilizaciones, como veremos más adelante. No es riqueza que pueda utilizarse, que tenga las

¹ Principios de la filosofía económica. Trad. italiana, cap. IV, párrafo 28, pág. 220.

condiciones que se requieren para ser aprovechada en la industria, sino que ha de estar empleada, destinada á desenvolver la produccion; así acertamos á separar la riqueza del capital. *Y en la distribucion de las otras riquezas*, con efecto, el empresario anticipa en forma de capitales, á sabios, obreros, propietarios de bienes inmuebles y capitalistas, el beneficio que les corresponde por haber cooperado á la creacion de los bienes ó valores.

Si damos alguna extension á las palabras que emplea Rau definiendo el capital, podremos admitir tambien lo que dice, y despues de haber estudiado su notable capítulo sobre esta materia, juzgamos que el eminente profesor aleman había llegado á concebir el capital como nosotros lo concebimos ¹.

Escritores tan ilustres como Stuart Mill ², Baudrillart ³ y Du Puynode ⁴, conformándose con los que siguen al autor de la *Riqueza de las naciones*, señalan la tendencia que parece seguir la Economía política.

CAPÍTULO III

Naturaleza del capital. —Exposicion del modo como en la ciencia ha ido desenvolviéndose el concepto de esa naturaleza. —Notables apreciaciones de Rossi y de Senior, á quienes sigue el autor.

Leemos en la obra de Boesnier de l'Orme que desde que un hombre pudo recoger bastantes víveres en un solo día para vivir dos, pudo emplear el segundo en satisfacer otras necesidades; se halló en estado de cambiar este excedente de subsistencias por el auxilio de un asociado; auxiliados los hombres en sus trabajos por los instrumentos y las máquinas que inventaron, secundados por los animales de los que tomaron prestadas

1 Tratado de Economía nacional, lib. II, quinta division, pág. 104, y sig.

2 Principios de Economía política, vol. I, pág. 64.

3 Manual de Economía política, pág. 117.

4 De la moneda, del crédito y del impuesto, vol. II, pág. 94.

las fuerzas, llegaron á esclavizar en cierto modo la fecundidad de la tierra á sus propias necesidades. Entónces comprendieron que las artes podían multiplicar, hasta lo infinito, el uso del aumento de producciones ofrecido por la naturaleza sobre la subsistencia del cultivador ¹. En estas líneas se vislumbra, se ve confusamente la naturaleza del capital; mas Boesnier de l'Orme, no cree que sea un elemento productivo, puesto que enumera los dos orígenes de las riquezas, la fecundidad de la tierra y el trabajo del hombre, y no más ². Turgot indica la necesidad de anticipaciones que de ordinario son hijas del ahorro para todo linaje de cultivo, y distingue en los frutos de la tierra, además del producto neto y de la subsistencia del labrador, el beneficio que debe resultar para este último ³. Adam Smith ha prestado un gran servicio á la ciencia, á juicio de Roscher, por su análisis de la idea del capital. El primero de aquellos autores dice, que establecida la division del trabajo y satisfechas las necesidades por el cambio de productos ajenos por productos del trabajo propio, hemos de tener tiempo y espacio bastantes para acabar y áun para vender nuestras obras; es indispensable que exista en alguna parte un fondo de géneros de diversas clases, que nos aseguren la subsistencia y nos sirvan de materias primeras durante el tiempo preciso para las operaciones dichas. Si por la naturaleza de las cosas, la formacion de un capital es un paso necesario para la division del trabajo, ésta no admite ulteriores subdivisiones sino en proporcion del aumento sucesivo de capitales ⁴. Añade en otro lugar de su obra magistral: Al punto en que existan capitales acumulados por algunos particulares, éstos emplearán naturalmente tales acumulaciones en poner en accion, en hacer trabajar á las gentes industriosas, á las que suministrarán materiales y sustancias, á fin de obtener un beneficio por la venta de sus productos, ó por el valor que

1 Del espíritu del gobierno económico, pág. 31.

2 Ibidem, pág. 52.

3 De la formacion y distribucion de las riquezas, párrafos 14, 54 y 79.

añade á esas materias primeras el trabajo de esos obreros ¹. Deducimos de estas citas del filósofo de la escuela escocesa, que la naturaleza del capital se determina por ser un producto acumulado que, como consecuencia de la division del trabajo invertido en las operaciones industriales, se necesita como un anticipo, á fin de que subsistan y tengan en qué poner sus manos los obreros, y produce beneficio para sus dueños ó poseedores.

Say, por su parte, escribe, que observando los productos destinados á nuestro uso, no tardamos en percibir que la industria por sí sola, abandonada á sí misma, no hubiera bastado para fabricarlos. Ha sido menester que el hombre industrioso tuviese además productos ya existentes, sin los cuales su industria, por hábil que le supongamos, habría permanecido siempre inactiva. A estos últimos los llama capital productivo. Mas hay otros que son capitales improductivos, es decir, en general, todos los productos que se conservan sin servir para el consumo y sin contribuir á la creacion de otros productos ². Por último, existe un linaje particular de capitales productivos, no de cosas materiales, sino de utilidad y placer ³. Notemos que, para el autor francés, capital, en sentido lato, es toda masa de productos que sirven para la industria, para proporcionarnos utilidad ó placer, ó que se guardan sin consumir. En una palabra, todas las riquezas excepto las que se consumen inmediatamente. Para Say el capital abraza y comprende una extension muy grande: la menor parte de los bienes ó valores de un pueblo, dejarán de formar parte de ese fondo que ya no podemos llamar fuerza productiva. A fin de que tan vasta acumulacion produzca renta ó beneficio, se requiere que con ella se obtengan valores nuevos que añadir á los que ya existen; de otra suerte habría sólo un cambio de propiedad, como sucede en el caso en que un deudor paga á sus acreedores los intereses del préstamo con su haber, con su fortuna, lo que no puede ménos de ser

1 Riqueza de las naciones, lib. I, cap. VI.

2 Tratado de Economía política, vol. I, págs. 12 y 17.

3 Ibidem, pág. 18.

pasajero, mientras que la reproduccion por medio de la industria es perpetua; de aquella manera se gasta, de ésta se produce; por este camino un pueblo se enriquece; por aquel sufre quebranto y perjuicio.

Skarbek ha pretendido conciliar las dos opuestas doctrinas de Smith y de Say con su distincion *del fondo y del capital*. Veamos en qué fundamentos la establece. Desde que el hombre puede hacer uso de su inteligencia, se convencerá fácilmente de que mientras emplee su trabajo para satisfacer sus necesidades del momento, sólo podrá procurarse una existencia precaria, y que si quiere mejorar su suerte debe trabajar, con el fin de acallar, no solamente las necesidades actuales, sino además las que pueden molestarle en lo sucesivo; procurará trabajar más y economizar de los valores que haya recogido ó producido. La cantidad más ó menos grande de valores reservados para proveer á deseos y aspiraciones de lo porvenir, formará un *fondo* que le permita consagrarse á una industria cualquiera ¹. Un fondo, es una acumulacion de valores que se debe al espíritu de prevision y economía del hombre.

Hay tambien otro fondo destinado inmediatamente á la produccion, que no se hubiera reunido si su poseedor no tuviese la mira de consagrarse á la industria que ejerce. Su empleo da lugar á nuevos valores ó á la perfeccion de los existentes, y obra de una manera muy directa sobre la produccion, porque da origen inmediatamente á un aumento de valores. Resultan dos especies de fondos: uno destinado á satisfacer las necesidades, á procurar medios de existencia; el otro á auxiliar la accion productiva de las fuerzas de la naturaleza y del trabajo del hombre. El fin del primero, es alimentar las fuerzas físicas de aquél y colocarle en situacion de que pueda trabajar; el resultado del empleo del segundo, es dar al productor medios de aumentar la masa de los valores por el aumento de su número ó por el perfeccionamiento de los mismos; podría llamarse á

¹ Teoría de las riquezas sociales, lib. I, cap. VI, pag. 61 y sig.

aquél ¹ *fondo necesario ó fondo primitivo*; á éste *fondo productivo*, ó en una palabra, *capital*.

Nos parece un progreso en la ciencia el análisis del profesor polaco que acabamos de citar. Si hemos conseguido probar que no es dable confundir en manera ninguna, las riquezas ahorradas, los bienes acumulados para remediar y dar pábulo á las necesidades, aspiraciones y deseos de lo porvenir, con otros que favorecen y dan calor al desarrollo de la industria, nos será fácil persuadir al que leyere que por sus caracteres, por su destino y por su influjo en la producción forman capítulo aparte las dos masas de valores que hemos enumerado más arriba; por sus caracteres, la una se guarda y permanece quieta y pasiva, ó se gasta y muere sepultada en el abismo del consumo; la otra es movida y devorada por la industria para reaparecer trasformada en nuevos y más valiosos productos: por su destino, la una confiere á su poseedor y dueño la posibilidad de vivir temporalmente sin acudir al préstamo ó la limosna, de extender los límites de sus actos en la medida y relacion de los medios de que consta, en lo venidero; la otra constituye el eje del carro de la industria, del conjunto de las aplicaciones del trabajo humano; ella le suministra la materia, las fuerzas, las máquinas y el impulso para que marche, no sin peligros, pero sí con desembarazo; y á la postre, por su influjo en la producción, la una de un modo indirecto, sustentando las fuerzas físicas y morales del hombre; la otra directamente porque la precede, la regula, la defiende y le traza sus límites.

Basta á nuestro propósito tirar una línea divisoria entre los dos fondos que Say ha confundido, y separado sabiamente Skarbek: de otra suerte quizás habríamos de formular algunas objeciones á la extension del que califica el segundo de fondo primitivo.

El que ha acertado á delinear con sumo tino y maestría la índole y modo de ser propios del capital ha sido Rossi, en su extenso *Curso de Economía política*. Supone é imagina un

1 Teoría de las riquezas sociales, lib. I, cap. VI, págs. 64-66.

hombre dotado únicamente de las fuerzas que ha recibido de la naturaleza y que siente necesidades; un trabajador que no puede disponer más que de sus fuerzas primitivas, sus manos, sus brazos, su inteligencia; en una palabra, el instrumento-trabajo más un agente natural, el instrumento-tierra. Usa y se aprovecha de estas fuerzas, mata una fiera, se alimenta con su carne; no ignora que el hambre aparecerá al día siguiente, y guarda, para su comida futura, una parte del animal muerto en la caza. Hasta aquí no vemos más que un acto de abstinencia de parte del cazador: no consume la res en su totalidad; los pedazos que restan no servirán más que de manjares en el día de mañana; es un acto de prevision que no tiene como término favorecer el trabajo de lo porvenir. Al apoderarse de la fiera el cazador nota que tiene una materia muy dura en su cráneo, de la que puede hacer un arma para sus ulteriores fatigas; por lo tanto, va á servirse de una cosa producida para activar la produccion: ha formado un capital, ha construído una máquina; entre ella y el más complicado mecanismo de vapor no hay otra diferencia que de lo más á lo ménos. De cuyo análisis resulta que todo producto no es un capital, porque no siempre y en todos los casos es un instrumento. El ahorro no basta para constituir un capital, es preciso que la cosa que se separa del consumo se aplique á la produccion. Existen por esta causa dos hechos generadores del capital y que dependen en gran parte de la voluntad humana: el ahorro y el destino; el ahorro, que no consume inmediata ni próximamente todo lo que podría ser consumido; que reprime el deseo natural de aumentar nuestros placeres actuales ó del momento; y el destino, que mediante la prevision de que el hombre está dotado, aplica este ahorro á un empleo que, léjos de destruir, multiplica nuestras riquezas. El ahorro es la causa próxima; el destino la causa eficiente; el capital el efecto de estas causas ¹.

En verdad que es difícil decir más, ni decir mejor acerca de la naturaleza de la nocion que investigamos. Desde Boesnier

1 Curso de Economía política, vol. II, leccion 7.^a, págs. 170-175.

de l'Orme á Rossi hemos visto paso á paso nacer y perfeccionarse una serie de ideas, que como eslabones de una cadena, constituyen la formacion y construccion, si así podemos expresarnos, de la doctrina peculiar de este capítulo.

Para darle todavía más extension y para profundizar el análisis de su naturaleza ya conocida, ya definitivamente juzgada, nos resta preguntar: si el ahorro no constituye por su propia virtud capital, para que pueda llegar á serlo, para que se emplee en la produccion ¿que será menester?

Senior responde de un modo notable á esta interrogacion. Si un hombre llega á ser poseedor de un objeto de riqueza y se determina á hacer uso del mismo, como de un medio de produccion ulterior, de ocho distintas maneras puede llevar á cabo su designio ¹ :

1.^a Cabe que lo destruya con intencion, para que nazcan los efectos que son las consecuencias directas de su destruccion; por ejemplo, el consumo de pólvora que se hace en una mina ó el de hulla para alimentar la caldera de una máquina de vapor.

2.^a Puede conservarlo ó servirse de él de suerte que el dicho objeto, sér ó sustancia se destruya por grados, pero incidentalmente y no con intencion ó por una necesidad absoluta.

3.^a Puede hacer que cambie de forma, como cuando nacen productos acabados de materias primas, ó llámense brutas.

4.^a Cabe que lo conserve, mas sólo durante el plazo en que ora por el trascurso del tiempo, ora por la demanda, haya adquirido más grande valor. Así sucede con el propietario de una viña que, por haber logrado abundante cosecha, guarda en la bodega su vino.

5.^a Es dable que lo prepare y disponga de suerte que se venda para subvenir á las necesidades de los compradores. Los productos á que se ha dado la última mano, ya concluidos, que un mercader tiene en su tienda, son un capital de este linaje.

1 Principios fundamentales de Economía política, págs. 318-320.

6.^a Puede cederlo al propietario de un agente natural en compensacion del empleo de éste, como un colono que paga una renta al dueño de la hacienda en que vive.

7.^a Cabe que lo ceda á un obrero en cambio y retribucion de su trabajo, ó en otros términos, cabe que lo emplee en salarios.

Y 8.^a Por último, es dable que entregue el objeto de riqueza en cuestion, en cambio de cualquiera otra cosa que pueda ser empleada como capital, es decir, que pueda servir para comerciar.

El primero no puede afirmarse que sea un instrumento productivo simple; con frecuencia es el resultado de todos los elementos productivos combinados entre sí. Uno de los agentes naturales debe haber ofrecido la materia, debe haberse suspendido el goce de lo que se considera como capital y será menester emplear trabajo para prepararlo y conservarlo.

Nuestras obras más recientes de economía política exponen, en resolucion y en general, la índole y sustancia de esta parte de la riqueza. Todo puede serlo á condicion de que sea un valor apropiado, destinado á producir ó consumido reproductivamente, en cuyo caso su utilidad y poder en el cambio reaparecerán despues del consumo en los resultados que se obtengan, sin que se pierdan jamás las entidades de riqueza y valor.

El ser capital no depende de algo intrínseco ó sustancial que exista en las cosas, sino de una condicion abstracta propia de valores que por su aplicacion ó calidad por lo ménos, lleven el sello de su destino á la reproduccion de las riquezas.

El concepto de capital comprende los de ser producto del trabajo, estar destinado á la produccion y el de estarlo por el hombre ¹.

Concluiremos observando que nuestros economistas, con razon, siguen la doctrina por todo extremo opuesta á la de Courcelle Seneuil, que en otro lugar hemos rebatido.

1 Sr. Coll y Masadas. Principios etc., págs. 217-218.—Sr. Madrazo. Lecciones de Economía política, vol. I, págs. 437-438.

CAPÍTULO IV

Elementos que constituyen el capital. — Enumeraciones de Say, Rau y Roscher. La última es la más perfecta. — ¿La tierra es un capital? — Opinión de Destutt-Tracy y Malthus. — Se demuestra que no lo es. — ¿Puede estimarse como elemento el numerario? — El autor cree que es dable conciliar á los autores respecto de este punto. — Niégase que el hombre deba comprenderse entre los capitales.

Descubre J. B. Say los elementos del capital en los artículos que nos alimentan miéntras ejercemos una industria, en las materias sobre las cuales se trabaja, y las herramientas y máquinas de que hacemos uso; el mayor número de acumulaciones de un pueblo naciente consisten, segun el mismo escritor, en construcciones de casas de labranza, ganados y mejoras de sus fincas rústicas; el mayor número de las de un pueblo fabril en materias brutas ó más ó ménos elaboradas en manos de sus fabricantes; en fábricas y máquinas propias para elaborar sus productos; la parte principal de una nacion mercantil en materias primas ó manufacturas que sus comerciantes han comprado para revender ¹. Esta enumeracion es defectuosa, y parece señalar solamente las unidades más salientes del capital. Cierto es que en los capítulos siguientes habla Say de las que pertenecen al capital improductivo y al de consumo, pero ya hemos advertido que para nosotros no tienen semejante carácter.

Rau hace el minucioso recuento de las que ha llamado un tratadista manifestaciones del capital, del modo siguiente:

1.º Una provision de materias primeras. En la agricultura como en las manufacturas, se necesitan materias que metamorfosea el trabajo y que reaparecen completas ó en parte solamente, en forma de nuevos productos.

2.º Objetos que se consumen en las operaciones industriales,

1 Tratado de Economía política, lib. I, cap. XIV, pág. 83 del primer volúmen.

pero que no reaparecen en los productos, es decir, que se destruyen para que su consumo contribuya á modificar las materias primeras, y que se llaman materiales.

3.º Un fondo fijo é inmovilizado que no se destina á ser consumido, sino para servir de auxiliar á las fuerzas de la naturaleza y del hombre, y para facilitar ó aumentar su empleo y su accion sobre las materias primeras. Comprende:

Los edificios de la fabricacion, talleres, almacenes, granjas, etc.;

Los animales de labor;

Las herramientas, las máquinas,

Y los establecimientos químicos.

4.º Una masa de subsistencias necesarias para sustentar á los obreros mientras dura su trabajo; la cual debe estar á disposicion de los mismos hasta que se concluya la produccion y se verifique el reembolso de los gastos que ha causado. Ó los obreros pagan estos víveres con su propio peculio ó con el dinero que toman prestado, ó lo verifica el empresario que emplea su trabajo, en cuyo caso forma su salario.

5.º Reservas de géneros dispuestos para el cambio, son para el comercio lo que para la industria las primeras materias.

6.º Un producto que se requiere para el cambio y todas las operaciones del comercio, que cualesquiera que sean la fortuna y las necesidades de los contrayentes, se reciba por todos, que es el dinero.

En suma, el capital de una nacion se compone de los elementos siguientes:

Materias primeras.

Utensilios, materiales.

Edificios, herramientas y máquinas.

Subsistencias (fondo de consumo) destinado para los obreros.

Mercancías, productos concluidos.

El dinero ¹.

1 Tratado de Economía nacional, párrafos 123-128, págs. 105-109.

Leemos en la obra admirable de Roscher, que el capital se forma con las siguientes categorías de bienes:

Las mejoras del suelo, como obras de desecacion, de riego, que en verdad se confunden de tal modo con la tierra, que es muy difícil separarlas de ella.

Obras públicas, edificios, como talleres, almacenes, casas para habitar, caminos, calzadas y toda clase de vías de comunicacion.

Las máquinas, utensilios y herramientas de todo género.

Los animales de labor y los útiles, en cuanto el hombre procura que nazcan, los sustenta y los adiestra.

Las primeras materias.

Las materias auxiliares que se consumen sin incorporarse al nuevo producto, como el carbon de las fraguas, el cloro para blanquear las telas.

Los medios de sustento ó existencia de que es preciso hacer un adelanto temporal á los productores, hasta el momento en que han concluído su trabajo.

Las provisiones del comercio, que el mercader ha de conservar siempre en el mismo estado para surtir á su clientela.

El dinero, en su calidad de intermediario vital de todo tráfico.

Y por último, capitales inmateriales: la instruccion, los talentos, la destreza adquirida, etc.¹

Parécenos más exacta la clasificacion citada en postrero lugar, puesto que en la anterior no se comprenden algunos de los importantes bienes que se indican en aquélla. Nos referimos á aquellos que se invierten en hacer más productiva la tierra, las obras públicas, las vías de comunicacion y los capitales inmateriales, y aunque la última omision es intencional y razonada en la obra de Rau, pensamos que en absoluto no cabe esa exclusion, como procuraremos justificar.

¿Debe comprenderse la tierra entre los capitales? No lo

1 Principios de Economía política, pár. 42, primer volumen, páginas 91-93.

hacen los autores cuyas enumeraciones acaban de leerse. ¿Acertan al proceder de esta suerte? Creemos que sí. Destutt-Tracy dice que la industria agrícola no se diferencia de la fabril; que en una explotación rural se verifican las mismas operaciones que en una fábrica; la tierra es una máquina más ¹. Malthus fué el primero que observó que esta comparación no era exacta; la tierra no es una sola máquina, sino un conjunto de muchas máquinas, todas susceptibles de continuas mejoras por medio del capital, pero de muy diversa calidad. Puede considerarse que en todo país de grande extensión hay máquinas de varios grados para producir trigo y materias primeras, en cuya graduación se incluyen, no sólo las varias calidades de tierras estériles de que tiene una parte considerable todo país dilatado, sino también las máquinas inferiores, que puede creerse se emplean cuando á una tierra estéril se la fuerza más y más á que dé mayor producto ². Muchos autores han seguido á Malthus. ¿Será cierto que la tierra no es más que un auxiliar del hombre en la producción, y que nace de él y tiene por cuna el trabajo que constituyen los dos caracteres esenciales de las máquinas? O la explicación acerca de estas no es exacta, ó no lo es la doctrina del famoso sacerdote inglés.

Ganilh, Hermann y Dunoyer comprenden la tierra bajo la idea ó noción del capital ³. En su sentir, el trabajo le da valor, acumula en ella riquezas susceptibles de duración y que sirven para el cambio, y su fertilidad crece ó mengua, según las labores que se le consagran.

Más tarde Peshine Smith escribe que el suelo, como todas las demás cosas, debe su valor únicamente al trabajo empleado en hacer lo que es en la actualidad. El suelo, como el aire, como la ley de la gravedad, como los demás agentes naturales, no tiene valor; lo recibe del trabajo acumulado que se combina

1 Principios de Economía política.

2 Principios de Economía política, cap. III, pág. 5.

3 Sistemas de Economía política, vol. I, pág. 243. — Riqueza del Estado, núm. 3. — Libertad del trabajo, lib. I, cap. VI.

con él; en suma, el capital mueble no tiene ninguna cualidad que lo distinga del capital inmueble¹.

Por último, el Sr. Carreras y González, que ha escrito en 1875 un tratado de Economía política, que merece encomio y aplauso, afirma que no hay ningún agente natural que esté ya apropiado ó colocado en condiciones propias para la producción, puesto que en esta apropiación consiste precisamente la producción misma, y cuando un objeto cualquiera la ha recibido del trabajo, deja de ser agente natural para convertirse en producto, ó bien en capital; que son capitales y por tanto productos, los que llaman los autores agentes naturales apropiados, como las tierras, las aguas, etc.².

Examinando ahora las ideas que hemos expuesto, entendemos que Roscher observa muy bien, que la tierra difiere de tal modo de todos los demás capitales en todas sus relaciones económicas, que hay á veces entre éstos y aquélla una oposición tan bien señalada que, clasificándolos en la misma categoría, sólo en la apariencia podrían confundirse³.

Es preciso forzar el análisis para desconocer que la tierra es un agente natural; el hombre no crea la vegetación; las modificaciones de la industria son más profundas, y se realizan sobre pedazos de la producción agrícola; el fragmento que hace más útil el trabajo, puede sufrir grandes cambios y tener formas diversas, pero no es un manantial de nuevos productos, no es capaz de rendir anualmente fragmentos iguales; en la tierra vemos un receptáculo de fuerzas primitivas nunca apropiadas, que son la causa primera, bien que no la única, de las subsistencias y materias primas. La tierra produce frutos espontáneos, leñas y maderas, lo que no ocurre á las riquezas acumuladas: ¿será posible confundir una y otras, cuando las segundas serían estériles sin la intervención del trabajo?

No podemos creer que la tierra reciba todo su valor del

1 Manual de Economía política, cap. IV, pág. 107.

2 Tratado didáctico de Economía política, 2.^a edición, pág. 66-67.

3 Principios de Economía política, vol. I, pág. 94.

trabajo del hombre : sus diversas cualidades, su propia índole, exigen más ó menos labores, más ó menos capitales, y esta ley no puede variarse y es de todo punto opuesta á la que preside al trabajo y sus productos. El trabajo puede hacer grandes cosas, transformar el desierto en un jardín; lo sabemos : mas no llega su poder á suplir las fuerzas vegetativas que han suministrado medios de existencia á los primeros hombres; sólo porque se multiplicaron tuvieron que recurrir á la agricultura. Las demás industrias se establecen, en cierto modo, sobre el terreno conquistado por el arte agrícola; sirven á expensas de todo lo que produce el arte agrícola, detraída la suma que se necesita para sustentar á los cultivadores. Este era el fundamento del sistema de los fisiócratas, y rompemos el hilo de la unidad y sucesion de la ciencia si lo desconocemos.

Para aceptar que la tierra es un capital inmueble igual á los móviles y circulantes, es preciso negar la teoría de los agentes naturales y retroceder á los mejores días de la escuela industrial ó inglesa. El trabajo domina, excita, dirige el movimiento de un agente natural; la fuerza que verifica el acto, que separa, reúne, combina y arrastra la materia, ¿está en el brazo que impele y en la inteligencia que ve y regula?

Los autores no entienden por apropiár, poner un objeto en condiciones propias para que produzca. La propiedad es una relacion exclusiva de individualidad; es un poder concedido sobre la sustancia de una cosa. Mas supongamos que la primera proposicion sea cierta; ¿bastará para desvirtuar el concepto de que en la tierra hay algo más que trabajo y apropiacion? ¿Cómo conciliar la idea que el Sr. Carreras da del capital y éste englobar entre sus elementos las tierras y las aguas? ¿Recordaremos que el mismo autor llama agentes naturales « todos los objetos de la creacion capaces de satisfacer nuestras necesidades? »

El trabajo necesario para que la tierra produzca más, porque siempre produce algo, puede verificarse sin que exista la propiedad para el que lo realiza. Numerosos esclavos cultivaban la campiña de Roma hace quince siglos. ¿El cultivador de

Dorset, tiene parte en la propiedad de las tierras de este condado?

Las tierras no apropiadas, son un agente natural; ¿la apropiación hace que varíe su naturaleza?

Hemos visto que la tierra no era comprendida entre los elementos que constituyen las fuerzas productivas que investigamos y que sucede lo opuesto con el numerario. Mas hemos de confesar que hay divergencia entre los escritores que tratan de estas materias, y no podemos menos de exponer nuestro dictámen.

Sismondi y Valle niegan que el dinero pueda constituir parte de los capitales; representa, en verdad, todos los objetos y valores á que damos aquel nombre; por lo mismo que es preciso comprarlos son inútiles las especies monetarias para la creación de los bienes materiales, no prestan ningun servicio directo á la producción ¹, y no son más que un medio auxiliar, eficaz cuanto se quiera, mas en rigor no indispensable. Garnier juzga que la moneda no es un capital, sino en el caso de estar destinada á la reproducción, porque entónces su valor no se disipa y no hace más que cambiar de forma ². Skarbek distingue en el numerario lo que pertenece al individuo y á la nación: la suma del que circula en un país no es más que un instrumento de cambio para los particulares, al paso que representa un capital para la nación. Tiene este segundo carácter, porque posee un valor intrínseco que debe agregarse á la masa de valores que posee un país, porque presta servicios productivos como instrumento de cambio y el Gobierno puede hacer un uso ventajoso para el Estado ³. Peshine Smith llega á sutilizar hasta el punto de decir, que poseemos el dinero *ad interim*, como el medio de procurarnos otros servicios, mas que no podemos ni comerlo, ni beberlo, ni hacer que nos sirva de otro modo hasta

1 Nuevos principios de Economía política. Ensayo 15.^o — Curso de Economía política. Lección 2.^a, parte 1.^a, cap. VI.

2 Manual de Economía política, cap. VIII, págs. 289-290.

3 Teoría de las riquezas sociales, vol. II, pág. 293.

que lo cambiemos. Los metales nobles, en forma de moneda, no son más que un testimonio, confirmado por la autoridad pública, de que el portador ha prestado una cierta cantidad de servicios de que no ha sido aún remunerado ¹. Roscher cree, que podemos asimilar el dinero á las demás máquinas ó instrumentos de que hace uso el comercio, y que forma parte del capital público y privado como los demás instrumentos ². Stuart Mill, asevera que el numerario no puede hacer por sí mismo el oficio de capital, toda vez que no es dable auxilie á la produccion. Para que esto suceda, es preciso que se cambie por otros objetos, y todo lo que es capaz de cambiarse, puede servir á la produccion de la misma suerte y en el mismo grado ³.

Du Puynode expone, que la humanidad necesita instrumentos de toda clase para aumentar su potencia productiva y para facilitar sus cambios, en todas partes expuestos á numerosas trabas. Estos instrumentos son de dos clases, capitales materiales y capitales monetarios. Las herramientas y máquinas son necesarias ó útiles, en primer término; despues sigue la moneda ⁴. El Sr. Madrazo escribe, que ésta es capital, como las demás riquezas, cuando se destina á la compra de artículos que se emplean en la produccion, y deja de serlo cuando sirve para adquirir los que se emplean en el consumo definitivo ⁵. El señor Colmeiro estima y juzga que no es la naturaleza, sino el empleo de los valores lo que constituye la esencia de los capitales. Si la moneda se aplica á la produccion será capital, y si permanece ociosa en las arcas del Erario, ó se destina á comprar cosas que se consuman improductivamente no lo será. No es parte integrante del capital de la nacion, porque en rigor puede haber produccion sin su auxilio; todavía más, no es

1 Manual de Economía política, cap. VIII, pág. 289-90.

2 Principios de Economía política, vol. II, pág. 293.

3 Principios de Economía política, lib. I, cap. IV, vol. I, página 64.

4 De la moneda, del crédito y del impuesto, 2.^a edicion, vol. I, páginas 1 y 2.

5 Lecciones de Economía política, leccion 54, vol. II, pág. 453.

pital verdadero porque no constituye un elemento de la produccion, supuesto que para hacer el oficio de aquél es preciso cambiarla por otros valores que se consumen y renacen, cuando se verifica un aumento de riqueza ¹.

Viniendo ahora al exámen de estas diversas opiniones, es posible que podamos dar cuenta y explicacion de su divergencia. El numerario tiene dos linajes de valor: uno derivase de los metales nobles que lo constituyen esencialmente, de la esencia metálica de la moneda, como decían nuestros autores del siglo XVII; y el otro de haberse introducido el uso de emplearlos como agente universal de los cambios, porque es cosa llana que las mercancías que se eligieron para servir de numerario adquirieron por este solo hecho un linaje nuevo de utilidad: el primero se conserva inactivo, latente, pero en toda su fuerza y vigor en la moneda; el segundo aparece y se manifiesta siempre en las piezas metálicas á que damos aquel nombre. Peshine Smith, que describe muy bien la última clase de valor, calla, por lo que respecta al primero, mejor dicho, afirma que no existe: si damos á un hombre algunas monedas por un servicio que nos preste, queda remunerado, puesto que le cedemos un bien, un producto que tiene valor intrínseco, una grande estimacion como mercadería: ¿por qué sinó guardamos un tesoro consistente en monedas, y despues de transcurrir largos años puede utilizarse? No pensamos que Roscher acierte al confundir el dinero con los instrumentos productivos; si bien se mira, la moneda, como afirma el Sr. Colmeiro, no puede emplearse directamente en la produccion: para sacar partido del oro y de la plata como primera materia, es preciso fundirla, hacer desaparecer la forma que le dió el troquel, y que torne á no ser más que barras ó lingotes; el numerario no tiene más que un uso; circular para el cambio con todas las demás mercaderías. Tal es el fundamento de las ideas emitidas por Sismondi y Valle: hablando en rigor tienen razon, pero si consideramos que una masa de metales de oro y plata, que son primeras materias de

1 Principios de Economía política, parte 2.^a, cap. II, pág. 276.

las artes, y que no se destruyen al ser acuñados, determina el sér del numerario, y que éste ahorra sumo trabajo al comercio y los hombres industriosos, concluiremos por adherirnos á la doctrina de Rau y de Roscher.

¿Y podrá decirse que el hombre es un capital? A primera vista creeríamos que en este punto no cabe, ni puede caber duda alguna, y que á excepcion de aquellos infelices que eran, y aún son esclavos, el hombre no debe ni puede formar parte de los capitales. Mas con sorpresa hemos de confesar que no sucede así. Canard y Juan Bautista Say han comprendido entre éstos la potencia de trabajar que posee el hombre ¹. El trabajo es el capital primero y base de los otros, segun Colton ², y Mac-Culloch piensa que todo adulto puede ser considerado como una máquina que ha costado veinte años de activa vigilancia y un capital considerable por los gastos que se han hecho para su educacion ³.

Rossi ha rechazado victoriosamente estas ideas extrañas y censurables. El hombre no puede ser objeto de beneficio para el hombre; la máquina de vapor no tiene más destino que producir, no es más que un medio: mas el hombre tiene su propio fin, no es un medio, no produce por producir, no es un *tread-mill* en el que un poder sobrehumano lo aprisione para que sea exclusivamente un instrumento. Entre el hombre y la máquina hay diferencia en el principio, en el derecho, en el fin y en el resultado. Aun dando de barato que puedan compararse los bienes que los obreros consumen con la hulla que alimenta una máquina, todavía el salario no formará parte del capital, porque es la retribucion del obrero, es su parte de ganancias, es su porcion de la renta. No nos fijemos en la forma actual del mismo, en el anticipo por el empresario al jornalero de la parte alícuota que deba tocarle del beneficio de la empresa, toda vez

1 Canard. Principios de Economía política.—Say. Curso práctico de Economía política. Primer volumen, pág. 285.

2 Economía política para los Estados-Unidos, pág. 275.

3 Principios de Economía política, pág. 90.

que es dable variar esa forma y llegar á la verdadera repartición de las utilidades, despues de dar la última mano y vender los productos ¹.

Es necesario que distingamos por qué Rossi, en nuestro sentir, va demasiado léjos; para negar que el hombre es un capital, afirma que tampoco lo es el salario. La prueba del error en que incurre, está en que no podemos iniciar cualquiera género de fabricacion sin adelantar las sumas que se necesiten para vivir los obreros. ¿Qué importa, preguntará tal vez alguno, si más tarde el capitalista se resarce guardando para sí la porcion de ganancias que en rigor y sin su adelanto, percibirían los operarios? ¿Y si resultan pérdidas y no ganancias, preguntaremos? ¿En dónde computaremos el daño sufrido, en el haber de los obreros ó en el de los capitalistas? Hay evidentemente en el salario algo de aleatorio; supone una compensacion posterior al trabajo, al logro de la empresa; mas de todas suertes, el título que alega para percibir su haber el obrero, no es el que alega el capitalista; el trabajo que comienza y se verifica actualmente, no es el trabajo acumulado; el trabajador es libre y el capital inerte; el hombre es el sujeto de la economía política y su fin, no puede ser su objeto; suprimir el elemento trabajo y reemplazarle por el capital, sería lo mismo que suprimir al hombre en el dominio económico, dejando sólo el capital de que forman parte los esclavos. ¿Quién sería el jefe y cabeza de la produccion? ¿Los semidioses? ¿Alguna raza superior á las demás, como creyó Aristóteles, que era la única que tenía derecho á la libertad y la dominacion?

Preferible es que admitamos con Rossi la aplicacion que, como hemos visto, hace de la máxima de Kant: el hombre es fin por sí mismo y no depende más que de sí.

1 Curso de Economía política, vol II, págs. 191-197.

CAPÍTULO V

El capital nacional. — Distinguese entre éste y el público. — ¿Es cierto que aquél comprende al último y los particulares? — Opinión negativa del autor. — El capital del Estado. — Distinciones que deben hacerse.

Escribe Adam Smith que, considerado en masa el fondo acumulado que posee un país ó una sociedad, es el mismo que el de sus habitantes ó de sus miembros, y se divide en tres ramas, á saber: la parte reservada para servir inmediatamente al consumo y cuyo carácter distintivo es no producir renta ó beneficio, y el capital fijo y el circulante ¹. Añade, en otro lugar, que el capital circulante de una sociedad difiere del de un individuo; el de éste no puede, ni aún en su mínima parte, producir renta neta, y bien que el capital circulante de un individuo forme parte del de la sociedad de que es miembro, no se deduce de aquí que no pueda, en algun modo, contribuir á la renta neta de la nacion ². J. B. Say expone que el capital de una nacion se compone de todos los capitales de los particulares; los que posee el Gobierno de la misma se colocan entre los de la última. La conservacion de los capitales que pertenecen al público sólo se garantiza por las leyes; así, en general, se disipan con mucha más frecuencia. De suerte que conviene que en cada país el capital que pertenece al público sea el menor posible; así se perderá ménos y su conservacion será ménos onerosa ³. La idea que da Skarberk de la posesion nacional no es la que se admite generalmente; no es una propiedad comun de que pueden gozar todos los habitantes igualmente, ni una propiedad exclusiva que posea el Gobierno de un país, sino

1 Riqueza de las naciones, lib. II, cap. II.

2 Ibidem.

3 Tratado de Economía política, págs. 15, 16 y 96.

que juzgando que una nacion es como una sociedad establecida sobre cierta porcion de tierra, podemos suponer que es propietaria, con relacion á otra sociedad, de los bienes que existen en los límites del país en que habita. A la luz de este principio, una nacion puede estimarse que posee los capitales que han ido reuniendo sus individuos ¹, así como aquellos cuyo disfrute no se reserva á nadie, pero que constituyen una base de la riqueza nacional por los servicios que prestan. El capital de la nacion es una masa de fondos productivos compuesta, en primer lugar, de la suma de todos los capitales empleados en los tres géneros de industria ó colocados lucrativamente y que pertenecen á particulares; y en segundo lugar, de los edificios, fábricas, máquinas y talleres públicos que prestan servicios productivos, caminos de hierro, canales de navegacion, medios de transporte, de todas las instituciones que facilitan el ejercicio de la industria; y, en fin, de la suma de numerario que circula en un país. No es indispensable la facultad de producir renta para dar carácter de capital nacional á un fondo de valores ². Rossi dice que el capital puede dividirse en cosas que pertenecen al público y que son de los particulares; los canales, los caminos, todos los medios de comunicacion y otros muchos objetos constituyen un capital público; el capital nacional es la suma del capital público y del capital privado ³. El Sr. Colmeiro es de parecer que las funciones del capital individual y nacional son las mismas; el segundo se compone de los capitales individuales ó es la suma de todas aquellas unidades colectivas; pero, sin embargo, sucede algunas veces sea capital para el individuo y no así para la nacion ⁴. El Sr. Madrazo divide la fuerza productiva de que hablamos en privada, pública y nacional, segun que pertenece á los individuos, al Estado ó se compone de ambos. Los capitales público y privado

1 Teoría de las riquezas sociales, parte II, lib. I, cap. I, págs. 6 y 8.

2 Teoría de las riquezas sociales, parte II, lib. I, cap. IV, páginas 76 y 77.

3 Curso de Economía política, vol. II, pág. 182.

4 Tratado elemental de Economía política ecléctica, vol. I, pág. 133.

se auxilian mutuamente; cuanto mayor sea éste, mayor es la suma de los impuestos de que se forma aquél, y cuanto mayor sea el público, más medios tiene el Estado de dar seguridad y orden á los capitalistas particulares ¹.

Es fácil notar que los autores llaman capital nacional á la suma ó conjunto de los particulares, ó bien distinguen entre el privado y el público, comprendiendo en el postrero los bienes que contribuyen á la produccion y no son de dominio particular; creen que hay algunas diferencias entre el uno y el otro, ya porque el que no produce renta para el individuo puede producirla para el Estado, ya porque el público se consume con más frecuencia que el privado, ya, por último, porque el capital para el individuo no tenga este carácter para la nacion; y opinan, unánimes, que ambos componen el nacional.

Para nosotros no puede haber más que una sola propiedad. A las antiguas doctrinas de que el rey era dueño y señor de todos los bienes de sus súbditos, del dominio eminente de la nacion ha sustituido la más exacta y filosófica, de que la propiedad es indivisible; para la geografia, la diplomacia y la estadística podrá existir todavía esa ficcion del capital nacional, mas para la ciencia económica fuera mejor que no admitiese sino capital particular y capital del Estado. Desde el punto en que todo ó parte del primero, por su destino, por los derechos que puedan alegarse ó en virtud del cambio, tengan carácter público, pertenecen al Estado. El impuesto, si es que llega á las raíces de la produccion, convierte el capital particular en propio del Estado; la expropiacion por causa de utilidad pública hace lo mismo, para abrir el trazado de un camino de hierro con las mejoras de las tierras que atraviesa ó la fábrica á través de la que se fijan en el suelo los rails. El Estado, la nacion no pueden apoderarse de la suma total de los capitales particulares; en buenos principios ni aún siquiera pueden encetar con el impuesto la menor porcion de los mismos. ¿Qué quiere decir, pues, capital nacional?

1 Lecciones de Economía política, vol. I, pág. 446.

No juzgamos tampoco que algunos de los capitales privados que no producen renta para sus dueños la produzcan para la nacion y viceversa. El producto capital ha de estar destinado á la produccion, y no hay más que una produccion, la que crea riquezas. Así, en el caso del préstamo para consumir ó por necesidad, no hay renta ó beneficio para el prestamista sino simple traslacion del haber ó renta de otra persona á su favor, mientras que en el mismo contrato que se hace para producir, el interés nace de las ganancias ó beneficio de la empresa, y no se toma del haber de nadie. El primer pacto pertenece á la distribucion de las riquezas; el segundo á su produccion.

Las mercancías que se ofrecen en una tienda no pueden ir á parar al fondo de consumo del mercader; pero sí de otras personas que, por medio de rentas que tienen distinto origen, permiten que aquél reemplace el valor de sus géneros y del beneficio que para verificarlo hubiese gastado; hé aquí la prueba que aduce Smith para justificar que el capital circulante no produce beneficio para el individuo, pero sí para la nacion. Mas en las notas puestas á su obra, J. B. Say observa que Smith ha confundido la renta consistente en productos con el capital. Su capital circulante ó móvil desaparece durante la produccion; reaparece despues, pero no forma parte de la renta de la sociedad. Bajo este punto de vista no hay, por más que quiera Smith, ninguna diferencia entre el capital móvil de la sociedad y el de un particular.

Ahora bien; si, como dice el Sr. Colmeiro, sólo se hace la distincion del capital individual y nacional para hacer notar que sucede algunas veces que cierta porcion de riquezas sea capital para el individuo, pero no así para la nacion; y hemos logrado demostrar que no existe esa diferencia, y á mayor abundamiento tampoco la que señala Adam Smith, se deduce lógicamente que no es preciso establecer la division que nos ocupa, ni hablar del segundo de sus miembros.

No cabe afirmar lo mismo respecto al capital del Estado; éste se constituye por aquellos bienes que enumera Skarbek, en la cita que hemos tomado de su obra, como caminos, edificios,

etcétera, y que si no producen interés ó beneficio, no importa; el Estado da garantías á la produccion, y sus peculiares bienes y propiedades desempeñan servicios necesarios; así, ciertos edificios son útiles para administrar justicia, para el servicio de la policía, para la defensa del territorio, etc., los caminos son indispensables para los correos, mercaderes, etc. Los impuestos de la misma suerte, son las riquezas con que subsiste el *productor de seguridad*, como algunos llaman á aquél, y con las cuales se satisfacen ciertas necesidades de la vida colectiva.

Preferible es aumentar el capital de los individuos que el del Estado; el uno es movido y empujado por la actividad que promueve el incentivo del interés particular, y al acrecentarse, las fuerzas vivas del Estado adquieren más vigor y desarrollo; en el otro no hallamos iguales ventajas.

Dentro de los límites que la política y la ciencia de la Hacienda determinan, tan conveniente es la riqueza que el Estado acumula y conserva, como la propia de los súbditos, y sea éste como el eco no perdido de las nuevas tendencias de la economía política, que se contraponen al individualismo pernicioso de Say, Bastiat y Fontenay.

CAPÍTULO VI

Si el capital es necesario ó simplemente útil en la produccion. — Creemos es lo primero. — Ventajas que nacen del empleo del capital. — Bajo el aspecto económico, del aumento del bienestar, del orden moral, del interés de las clases inferiores, de la baratura de los bienes y servicios y de la actividad general. — El autor hace reflexiones sobre la potencia del capital y lo fácil que sería darle un incremento que causaría las más graves consecuencias.

Antes de tratar de los servicios y utilidades, por las que el capital se recomienda, una primera cuestion nos asalta al paso, á saber: ¿el último es sólo provechoso en alto grado, ó más bien es necesario en la creacion de las riquezas?

¿Qué dicen los autores? Smith cree que, cuando la sociedad

se halla en la infancia, en que no hay division alguna del trabajo, en que apenas hay cambios, y en que cada individuo provee por sí mismo á sus necesidades, no es preciso que exista fondo alguno ó masa de valores acumulada de antemano; requiérese el capital al nacer la division del trabajo ¹. Segun J. B. Say, la industria, abandonada á sus fuerzas, no habría bastado para producir; fué menester que el hombre industrioso poseyese además productos ya existentes. Hablando del origen de éstos, juzga que, sin grande abundancia de frutos espontáneos y primitivos, el hombre hubiera perecido, así es que reúne muy pronto groseros instrumentos y subyuga animales útiles. En suma, para este autor el capital es necesario ². Droz hace notar que es un hecho digno de mencion, que los productos sean necesarios para crear otros productos ³. Deteniéndonos á considerar al hombre, ocupado en recoger valores primitivos ó en producir otros nuevos, veremos, siguiendo á Skarbek, que en ambos casos no podría hacer cosa alguna sin tener á su disposicion previamente un fondo, que le ofrezca medios de existencia ó los objetos necesarios para ponerle en estado de trabajar ⁴. Añade, que desde que el hombre puede hacer uso de su inteligencia, se convencerá fácilmente de que mientras emplee todos sus afanes en satisfacer sus necesidades momentáneas, no le será dado procurarse más que una existencia muy precaria, y que si quiere mejorar su suerte y condicion, debe prepararse para las que ocurrirán en la serie sucesiva de los tiempos ⁵. Rossi es de parecer que podemos imaginar la produccion como un hecho sencillo en extremo. Podemos representarnos un hombre que con el auxilio de sus brazos y de un medio cualquiera que los secunde, un palo, v. gr., produzca alguna cosa, y este hecho, por decirlo así, es inicial; podemos representarnos un

1 Riqueza de las naciones, libro II, introduccion.

2 Tratado de Economía política, vol. I, págs. 12-84-85.

3 Economía política, pág. 60.

4 Teoría de las riquezas sociales, vol. I, págs. 35-36-61-62.

5 Ibidem.

salvaje, que, asistido de un arco grosero y una flecha, mate una pieza de caza y se sirva de ella para su propio sustento. Nótese que en ambos casos cabe decir y afirmar que el palo, como el arco y las flechas, constituyen un capital ¹. Stuart Mill enseña que, además del trabajo y los agentes naturales, hay otra condicion sin la que no es posible acto alguno de produccion, excepto los comienzos de una industria grosera y pobre; este requisito es un *stock* ahorrado de los productos de un trabajo precedente ². El economista inglés, analizando la vida de las sociedades primitivas, asegura que muy pocas cosas suministra la naturaleza de que el hombre pueda usar sin prepararlas y atemperarlas por medio del trabajo; de este número son los subterráneos, los árboles huecos que pueden ofrecerle un abrigo ³.

De suerte y manera que, á excepcion de Say, Droz y Rossi, los autores admiten que el capital no es necesario para que el hombre pueda vivir y para que produzca. Convienen, aunque varía la forma de que su pensamiento se reviste, en que en los primeros pasos de la humana existencia pudo haber una industria pobre y grosera, sin que existiesen riquezas ó bienes acumulados. La opuesta doctrina es, en nuestro sentir, la más acertada, y bien que no hayan sido felices en la demostracion Say y Rossi, han expuesto la teoría científica en que conviene Droz, sin aducir prueba alguna. No hablemos de la isla desierta y fértil, que sirve como abstraccion para ver el principio de la produccion, sin que ningun hecho extraño pudiera alterar sus leyes; no hablemos del salvaje, cazando con su arco y sus flechas, y á lo que, con error notorio, llama Rossi *el hecho en su primitiva simplicidad*: la abstraccion de Say es innecesaria, y en la realidad imposible; la hipótesis de Rossi nos puede conducir por sendas peligrosas; los hombres no han comenzado por poblar una isla; es este un acto derivado, puesto que para

1 Curso de Economía política, vol. III, pág. 58.

2 Principios de Economía política, lib. I, cap. IV, primer vol. página 68.

3 Idem, lib. I, cap. 1, vol. I, pág. 27.

verificarlo tuvieron que cruzar las aguas que la separaban de la tierra firme. El estado salvaje no es primitivo; el comienzo de la cultura fué por la tribu patriarcal en las llanuras asiáticas; la vida salvaje ha nacido del apartamiento causado por la guerra ó por la inferioridad legal de una raza, de una sociedad más culta ó en algun modo civilizada; la prueba de este aserto se encuentra en que ningun pueblo bárbaro aislado, por sí solo, ha podido realizar progresos intelectuales y materiales; graves autores opinan que las tribus bárbaras descienden de otras civilizadas, y así parece confirmarlo la ciencia prehistórica ¹.

Creemos que si en su primera condicion y en sus primeros pasos, la tribu patriarcal pudo subsistir á expensas de una lozana vegetacion y de los dones espontáneos de la tierra, para apoderarse de ellos tuvo que trabajar, pues que la última se presentaba cubierta de zarzas y abrojos, ocultando en su seno grandes peligros; no es posible trabajar sin primeras materias, ni herramientas; la herramienta más sencilla, palanca y maza al mismo tiempo, fué coetánea de las primeras civilizaciones; el martillo, las tenazas, el hacha, se usaban en las edades prehistóricas. Milton — apelamos á la literatura, reflejo de las ideas universales y admirable expresion del espíritu humano — retrata á Eva al separarse de su esposo algo enojada, para trabajar mejor, más bella que la diosa de Délos, no llevando como ella un arco, un carcaj, sino solamente algunos instrumentos de jardinería, cual pudo prepararlos sin auxilio del fuego, un arte todavía sencillo é inocente, ó bien ofrecidos por los ángeles ². La eleccion de la tierra, dice Peshine Smith, está evidentemente sometida al poder, á las fuerzas de que el hombre dispone. Á los comienzos sus herramientas son bastas; son las

1 Véase sobre este punto al Dr. Whately, Origen de la civilizacion. — Taparelli. Ensayo de derecho natural, vol. III. — Martins y Humboldt opinan que el hombre salvaje desciende del hombre civilizado, V. La edad de la tierra, la antigüedad del hombre y la ciencia prehistórica, por D. Emilio Huelin. Revista de la Universidad de Madrid, tomo IV, pág. 670 y siguientes.

2 El Paraíso perdido, canto IX.

cosas y las formas que la naturaleza le pone en las manos, como las conchas que los insulares del mar del Sur emplean á manera de azada. Las armas y los instrumentos que han servido á sus padres, miéntras que la tribu pasaba por las condiciones de la vida de cazadores y pastores, eran del mismo género. Una piedra había servido de hierro de flecha, y la delgada arista de un sílex era el único utensilio cortante que poseía ¹. Segun Rau, las tribus de cazadores no hacen ahorros ni acumulan capital; lo cual es cierto en grande escala, puesto que de otra suerte afirmaríamos de un modo inexacto, que sus armas, sus perros y sus caballos no lo son ². Desde que el hombre dirige su primera mirada á las selvas vírgenes, el instinto le hace buscar medios de defensa, de ocupacion y de trabajo. Sin ellos no hubiera producido cosa alguna; á lo sumo hubiera cogido algunas hojas, algunos frutos silvestres ó apretado entre sus brazos alguna fiera; la ocupacion no puede verificarse sin trabajo, como afirma Vico, el escritor de hipótesis eruditas y profundas.

Desembarazado ya el discurso, tratemos de las ventajas y utilidades que nacen y se derivan del empleo del capital.

En una sociedad en que se aumentan los capitales, la invencion de nuevas máquinas tiene pocos inconvenientes, porque en virtud de los nuevos recursos es posible dar ocupacion á los nuevos trabajadores que se presentan: no hay obrero que no pueda emplearse. La extension del capital limita la division del trabajo. Esta forma importante de la industria al desenvolverse exige gruesas porciones de capital; de otro modo carecería de los anticipos ó adelantos en que aquél consiste. La naturaleza tiende á dividir las grandes acumulaciones de los bienes. Un hombre que ha aumentado su capital y el de su

1 Manual de Economía política, págs. 44-45.

2 Tratado de Economía nacional. pár. 356, pág. 317. — Grivel. Miscelánea de Filosofía y de Economía política, págs. 62-68, y Herreschwand. Economía política moderna, discurso sobre la poblacion, parecen ser de la misma opinion.

país, muere, y es cosa poco frecuente que su herencia no sea dividida entre muchas personas. Allí donde no se contraría la marcha bienhechora de la naturaleza, espárcese su savia fecunda por todas las ramificaciones del árbol social, y lleva la vida y la salud hasta las más lejanas extremidades. Si un grande capital se reparte entre muchas personas, y éstas aumentan su parte, y esta parte acrecentada se divide entre otras muchas, el bienestar se hará general sólo por esta causa ¹.

Supongamos á la Europa despojada de repente de los productos acumulados que forman sus inmensos capitales; su industria quedará herida de muerte. Sin duda sus habitantes, toda vez que conservaran su inteligencia y su fuerza, llegarían á recobrar los perdidos recursos; mas ¡cómo vegetarían en prolongada y penosa miseria! Despues del desastre no tendrían más que sus manos para hacer herramientas sin arte; recogerían con dolor los productos espontáneos de la tierra, para hacer el ensayo de multiplicarlos ó darles nuevas formas. El género humano retrocedería á los días de su infancia si le privásemos de los anticipos necesarios al trabajo ².

El capital contribuye de cuatro modos á facilitar la produccion:

- 1.º Multiplicando los empleos del trabajador.
- 2.º Disminuyendo la intensidad del trabajo.
- 3.º Aumentando los productos.
- 4.º Perfeccionándolos.

Si no funciona el capital por sí mismo, cada aplicacion de él necesitará una nueva aplicacion de la fuerza y destreza del hombre. Auxiliando el trabajo, se encarga de una parte más ó ménos grande de la tarea que aquél debía desempeñar. Sin su ayuda muchos de los productos que obtenemos no podrían obtenerse; no cortaríamos un árbol ni haríamos una mesa, sin

1 Tratado de Economía política, vol. I, páginas 47-74-105, por J. B. Say.

2 Droz. Economía política, págs. 60 y 61. — Sr. Colmeiro. Tratado elemental de Economía eclética, vol. 1, pág. 137.

poseer un hacha, una sierra, etc. Los perfecciona, porque les comunica cualidades y formas de que el trabajo por sí solo no hubiera podido dotarlos ¹.

El papel que el capital desempeña en la producción es tan importante, que sin él nada podría hacerse; así, por ejemplo, á menudo se observa en un país un gran número de brazos ociosos, al mismo tiempo que dejan de ejecutarse trabajos muy considerables y muy útiles. Desde el punto que hay capitales y se disponen para emprender un trabajo cualquiera, se ve que al momento y por todas partes los obreros ofrecen sus fuerzas ².

Importa mucho emplear bien el capital. Cuanto mejor sea el uso que hiciéremos del capital nacional, tanto más fáciles serán los progresos de la civilización. Si el venerable doctor Roebuck y después de él Mathew Boulton, no hubiesen confiado sus capitales á Vatt, ¿qué hubiera sido de la máquina de vapor y las conquistas que hemos logrado hacer con ella? Lo mismo puede decirse de Lewis Paul, Arkwright, Hargreaves, Cropton, Berthollet, etc. ³.

El poco vigor de las sociedades humanas, cuando éstas se encuentran en circunstancias dadas, y el grande vigor que adquieren cuando las circunstancias son de todo punto diferentes, es el fenómeno más digno de nota que se manifiesta en la historia de la humanidad. Ciertas tribus, ciertos pueblos viven pobres y estadizos; otros, al contrario, son ricos, cultos y caminan por las vías del progreso. Smith atribuye el ventajoso cambio á la división del trabajo, otros autores á las máquinas, y en verdad que es preciso estimarlas como palancas poderosas de mejoramiento social; mas es preferible ascender con el pensamiento á otra y primera causa que tiene más

1 Flórez Estrada. Curso de Economía política, parte I, capítulo V, vol. I, págs. 80-83.

2 Blanqui. Curso de Economía política industrial, vol. II, pág. 37.—Rossi. Curso de Economía política, vol. II, pág. 257.

3 Blanqui. Ibidem, pág. 42.

der y más influjo, es decir, al hecho de sacar partido de los productos obtenidos, realizados ya para dar vida y formas á otros nuevos ¹.

Las tierras más fértiles, el mejor clima, la mayor destreza y perseverancia, servirían de poco á la fortuna nacional si hubiese escasez de capitales. Todo aumento de éstos es al mismo tiempo una causa nueva é inmediata del incremento de la renta. Imposible sería impulsar con ulteriores progresos la industria, como por ejemplo, con una distribucion más provechosa de trabajos, ni introducir máquinas, ni desarrollar en mayor escala las manufacturas si careciésemos de capitales ².

El empleo de un fondo productivo tiene por resultado dar al productor los medios de acumular la masa de valores, por el aumento de su número ó por su perfeccion. El capital ocupa un lugar muy importante en la economía política. Secunda el trabajo del hombre en las tres ramas de la industria, porque si sólo la industria puede dar movimiento á nuevos valores, no es dable emplear un capital de una manera productiva sino en favorecer las fuerzas de la naturaleza y las facultades humanas, que utilizamos en recoger ó en obtener productos brutos, en darles nuevas formas y en proporcionar tanto las primeras materias como los artículos manufacturados, donde quiera que se experimente su necesidad. Es, por tanto, el capital un principio activo de la produccion de tal modo necesario, que las tres ramas de la industria no pueden desenvolverse entre los hombres, si primero no poseen capitales propios para darles calor y movimiento.

Una tribu de cazadores no llega á ser agrícola sin haber reunido ántes un fondo de víveres, que haga factible trabajo en otros objetos que los precisos para satisfacer sus necesidades momentáneas, y sin capital productivo compuesto de instrumentos de labor, de semillas, de ganados, etc. Las artes y los

1 Senior. Principios fundamentales de Economía política, páginas 315-318.

2 Rau. Tratado de Economía nacional, pár. 122, pág. 104.

oficios no se establecerían en una sociedad si no existiesen en su seno, capitales acumulados en máquinas, herramientas y valores disponibles que puedan alimentar y recompensar el trabajo de los obreros. El comercio no aparecería jamás sin capitales, merced á los cuales adquirimos los bienes de los que poseen éstos en mayor cantidad que la exigida por sus necesidades, para darlos en cambio á los que de ellos carecen ¹.

La historia de la economía política se divide en tres grandes períodos: en el primero dominan casi completamente los agentes naturales: en el segundo el trabajo adquiere á cada paso una creciente importancia: en el tercero llega su turno al capital: gracias á esta fuerza productiva la tierra alcanza mucho más valor, y en la industria fabril las máquinas tienen más importancia que el trabajo manual. La riqueza nacional acrece en grandes proporciones, pero se ve disminuir la clase media poco acomodada con su modesto bienestar y su sólida cultura: una riqueza colosal se halla frente á frente de una miseria extrema ².

La masa de los capitales, y no la de las riquezas propiamente dichas, es el mejor criterio para juzgar el estado de una civilización, el espíritu de un país bajo el punto de vista moral y material. La riqueza acumulada en diferentes formas, señala la actividad de nuestros predecesores: el capital es el signo y manifestación externa de la actividad de nuestros contemporáneos. Poseedor de grandes riquezas un pueblo puede entregarse á consumos vanos é improductivos. El desarrollo actual de los capitales indica el desenvolvimiento actual de la civilización ³.

Algunos han explicado las libertades y privilegios de los municipios por el aumento del capital. Los hombres del estado llano se emanciparon en virtud de la importancia que adquirió esa parte del capital que se confía á la potencia indefinida de la

1 Skarbek. Teoría de las riquezas sociales, vol. I, págs. 65-67.

2 Roscher. Principios de Economía política, vol. I, pár. 47, páginas 105-106.

3 Baudrillart. Manual de economía política, p. 122-123.

industria. Los mismos que no pudieron rebasar su condicion inferior, mejoraron mucho en su modo de ser, en medio de grandes sufrimientos, si los ponemos en parangon con los siervos de siglos anteriores ¹.

No falta quien aspire á continuar la misma obra: la emancipacion de la segunda mitad del estado llano por los mismos medios, por el aumento del capital ².

El crédito supone la existencia previa de un capital: es tan imposible fundarlo cuando se carece de la sólida base de un primer fondo, como edificar un palacio en las nubes. De la nada no se puede hacer nada. Huyamos de las quiméricas ilusiones que las maravillas del crédito han hecho concebir á algunos autores poco prudentes ³.

La sociedad europea debe juzgar como una cuestion vital la de la baratura, de los precios módicos. Una de las condiciones numerosas en verdad que requiere el progreso de la baratura, es la posesion de una masa de capitales, porque sin este medio auxiliar las invenciones más felices, los adelantos industriales que parecen más fecundos, quedarían sin aplicacion, no pasarían de ser bellos proyectos en el papel ⁴.

El aumento de los capitales produce una baja del interés y este descenso permite iniciar y conducir á buen término empresas industriales ajenas de todo punto en períodos anteriores, á los proyectos que los empresarios conciben. Pasando de ciertos límites la baja no es posible, ni dilatar el empleo de la riqueza acumulada por negarse las personas económicas á agregar nuevos valores á los sustraídos del consumo ⁵.

1 Baudrillart. Manual de Economía política, págs. 125-126.—Guizot. Historia de la civilizacion en Europa, leccion VII, pág. 166.—Historia de la civilizacion en Francia, vol. IV, pág. 237. — Sr. Colmeiro. Curso de Derecho politico, cap. 37, pág. 472.

2 Chevalier. Curso de Economía política, vol. I, págs. 30-31.

3 Chevalier. Idem, vol. I, págs. 68-69.

4 Chevalier. Curso de Economía politica, vol. II, págs. 494 y siguientes.

5 Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. IV, cap. IV, volumen II, pág. 328.

Conforme el capital aumenta, la industria se abre nuevas vías, y hasta en las ya conocidas, procede de una manera más amplia y más provechosa. Compárese sinó, bajo este punto de vista, la situación de Inglaterra y la de los Estados-Unidos, tan ricos en capitales, con la de la mayor parte de los pueblos del continente europeo, en que tan poco abundan. El espíritu de empresa es activo en la primera de aquellas naciones y más aún en la segunda: la agricultura y la industria manufacturera cuentan allí con los mejores instrumentos que se conocen: el trabajo opera en las mejores condiciones posibles, y los sudores del hombre, sus aptitudes, sus conocimientos no se emplean nunca inútilmente ¹.

Las palabras *vires acquirit eundo*, se aplican con una exactitud rigurosa al capital y á su benéfica influencia. Todo capital que se forma deja necesariamente disponible trabajo y la remuneración de este trabajo. Lleva, pues, en sí mismo una potencia de progresión. Hay en él algo que se asemeja á la ley de la velocidad. — Y tal vez esto es lo que la ciencia ha dejado de oponer hasta hoy, á esa otra progresión del número de nacimientos observada por Malthus. — La clase obrera debe penetrarse de que el capital trabaja desde el principio en emancipar á los hombres del yugo de la ignorancia, de la necesidad, del despotismo. Espantarlo es remachar una triple cadena en los brazos de la humanidad.

El efecto propio del capital, es hacer concurrir á la naturaleza; descargar al hombre de lo que tiene de más material, de más muscular, más brutal en la obra de la producción; hacer que predomine el principio inteligente; ensanchar cada vez más el tiempo, no diré de ociosidad, sino de reposo; hacer cada vez menos imperiosa, por la facilidad de la satisfacción, la voz de las necesidades groseras, y sustituirlas con goces más elevados, más delicados, más puros, artísticos y espirituales ².

1 Coquelin. Artículo *Capital* del Diccionario de Economía política, vol. I, pág. 284-285.

2 Bastiat. Armonías económicas, cap. VII, pags. 197-203.—Traducción de D. Francisco Vila.

Allí donde el capital se acumula, todo prospera, diríase que es como una maravillosa primavera, al influjo de cuyas brisas nacen en cada hora nuevas mieses. Mientras que allí donde desaparece todo decae y muere; se creería que nos hallábamos en una de esas tierras cuya cosecha ha arrojado por el suelo el huracan, y cuyos gérmenes ha secado. Y al mismo tiempo que el capital es un elemento de riqueza, lo es tambien de desarrollo intelectual y moral como de orden político; porque él es la fortuna constituída, es la propiedad. ¡Cuánto no debemos preocuparnos de la importancia de los capitales en la sociedad moderna! Ningun poeta de la antigüedad hubiera pintado como Göethe «esas criaturas, mezcladas á las cosas en las olas de la vida, en la tempestad de la accion, que trabajan en el ruidoso telar del tiempo que aquéllas duran ¹.»

El obrero y el pobre están más interesados que los ricos en que se acrecienten los capitales; porque necesitan más que haya alza en los salarios, que se multipliquen los productos, que el trabajo consiga más grandes facilidades. Esas azadas, esos martillos, esos encajes de unas ruedas en otras, esas velas, esas ruedas, esos rails, esos arados, esas cascadas, esos escudos, todas las máquinas, todas las fuerzas de la naturaleza dispuestas para que el hombre las use, todas las provisiones, todos los valores al servicio de la industria, ¿no son capitales? Suponed que desaparezcan, ¡quedarán reducidas las masas de la poblacion á grandes fatigas, á destructora miseria! Si no se multipliquen la tarea actual de las clases obreras haríase permanente y eterna su pobreza. Reconstituírase la casta de los trabajadores de los tiempos antiguos; en cada taller debería grabarse la inscripcion del *Infierno* del Dante. No nos cansemos de repetirlo; la expansion del bienestar y de la felicidad depende, en primer término, del aumento de capital; de otra suerte no podría existir. Es el gigante de la fábula, que con sus manos ner-

¹ Du Puynode. De la moneda, del crédito y del impuesto, vol. II, pág. 250.

vudas levanta el mundo del abismo de la desgracia á las esferas de la felicidad ¹.

La variedad y grandeza de las industrias son la medida de los capitales, y sus facultades productivas crecen fácilmente allí donde se invierten sin demora los crecientes beneficios de la actividad. Cuanto más numerosos y más extensos sean los capitales, más activa, más variada en sus formas y más beneficiosa será la producción; más se difundirá el bienestar, mayor será el progreso moral, científico y artístico, más culta su civilización, y más poderosos los Estados que cifraran en ella su respetabilidad, y en caso necesario, su fuerza ².

Antes la fuerza material disponía de los capitales; hoy está á su servicio y sufre su influencia. Antes la población constituía la fuerza de las naciones; hoy una y otra se miden por su capital intelectual y material. Antes el número de los combatientes decidía del éxito de las guerras; hoy deciden la educación militar, los cañones, los medios materiales, en una palabra, el capital ³.

Este, dentro de ciertos límites, representa y equivale á la posibilidad. El proyecto de Cristóbal Colón, no pudo realizarse hasta que Isabel la Católica, á trueque de sus joyas y preseas, puso á su disposición las tres carabelas que debía conducir á las Antillas nuestro gran almirante. Suprimid las masas más enormes que en siglo alguno han poseído las naciones, y los caminos de hierro serían para el nuestro una utopía, sueños de fanáticos novadores. En esa fuerza productiva vemos una ley de sucesión, una cadena que nos une á lo pasado y á lo porvenir. Las sumas que cercenaron á su consumo las pasadas generaciones, á la manera de un caballo fogoso y adiestrado que vence nuevas resistencias en nuestro camino, extendiendo la esfera de nuestros actos, extienden el conjunto de relaciones que constituyen la vida social. El ahorro que trasmite á sus hijos el

1 Du Puynode. De la moneda, del crédito y del impuesto, vol. I, páginas 97-98.

2 Sr. Coll y Masadas. Tratado de Economía política, pág. 228.

3 Sr. Madrazo. Lecciones de Economía política, vol. I, pág. 487.

hombre de las edades anteriores, ejerce influjo en la nuestra; hace factibles las empresas de una edad futura y remota, por que el mismo trabajo que no sería posible sin capitales en grande escala, y por lo tanto, con los ahorros de un corto número de años, con las acumulaciones recientes llega á serlo, gracias y en virtud de las verificadas hace muchos siglos. El hierro arrancado por los trabajadores r6manos de la Espa1a citerior, quiz1s forma hoy parte de nuestros martillos y de nuestros telares.

El capital hace posible el ensayo, la innovacion, los peligrosos descubrimientos en la faz y en las capas inferiores del globo. Reducirlo á muy poca cosa, anuladlo casi, y la ley suprema de la industria ser1 hacer hoy lo mismo que hizo ayer; un ensayo infeliz fuera en tal caso el equivalente de p6rdidas irreparables. Atreverse á plantear nuevas m1quinas y á modificar nuevas primeras materias, es abrigar de antemano la seguridad de poner pronto alivio en las heridas causadas á esa fuerza productiva que estudiamos, 6 tener en poco algunas p6rdidas parciales en la suma de los capitales privados. Las tierras inexploradas, los mares por los que a1un no se ha navegado, los agentes naturales a1un no sujetos con las m1quinas, como la electricidad, al apoderarnos de ellos, al poner en ellos nuestra planta, pueden burlarnos con su tit1nica potencia y su silencio temeroso. Hay que arrancar el secreto de nuestra fuerza; ¡no lo descubren nunca! Inteligencia, capital, trabajo; h6 aqu1 lo que es preciso para que sean nuestros.

Despu6s del genio, que tambien, como ha dicho un escritor, es un capital, en el mundo y en el 6rden material no hay nada que tenga m1s poder que el instrumento que nos sugiere estas reflexiones. Alguna vez, meditando sobre los recursos que suministra á los Gobiernos el cr6dito p1blico, que rayan en los confines del prodigio, ese poder del capital nos ha causado maravilla, y casi íbamos á decir, miedo. Si un momento admitimos la hip6tesis de que los hombres no hiciesen pedazos gruesas sumas de capital con sus ineptias, sus guerras y sus vicios; que destinaran no m1s, por ejemplo, en operaciones productivas, que el consumo absorbe hoy, el valor anual de las bebidas espirituo

sas que los obreros de Europa emplean tan mal, acumulando los capitales que nacieran de este primer ahorro y sus intereses durante un siglo; cosa factible, pues que hemos elegido expreso un gasto innecesario y hasta perjudicial, será cosa llana admitir tambien, que nuevas empresas inauditas, monstruosas, gigantescas, que apénas concibe la imaginacion, podrían llevarse á cabo en las alas de oro del genio y de la ciencia! Pero tambien, ¡qué peligro tan grande si de tales sumas dispusiera una mano vigorosa y culpable! Por esta causa hemos dicho ántes que casi nos inspiraba miedo semejante progresion. La Francia y la victoria dejaron á merced del primer Bonaparte una gran porción de los capitales europeos, en los primeros años de esta centuria: ¡qué trabajos, qué obras tan puras y benéficas no fuera dable emprender y concluir, con aquellas dos que fueron hermanas infelices bajo sus órdenes, harto absolutas, si en vez de ensueños de universal monarquía, hubiera concebido su extraordinaria inteligencia otros proyectos capaces de mejorar la manera de ser de los pueblos á que condujo sus heróicos batallones! ¡Qué valores sin cuento no hubo de arrojar su funesta grandeza, en el abismo de sus batallas, para vencer y ser vencido á la postre, y en el de sus errores diplomáticos, políticos y económicos! ¡Y cuál no será el poder del capital, cuando sabemos que arrojado á manos llenas por los ingleses á los soberanos tres veces coligados contra él, y á un pueblo épico en su guerra de la Independencia, terminó la Gran Bretaña por aherrar á su enemigo en una isla solitaria y perdida en las olas del mar de Africa, célebre tan sólo por su angustioso martirio!

¡Dios no permita que en lo sucesivo se emplee de esa suerte la fuerza productiva que estudiamos! ¡Él quiera que sirva tan sólo para fomentar la inteligencia y el trabajo, para extender los dominios del arte industrial y de los progresos morales!

Una invasion del capital nos amenaza en veladas proporciones. Los anglo-americanos muestran tal actividad y tal energía económica, poseen tan extenso y fértil territorio, que empiezan á hacer cálculos y á entrever una época no muy lejana, en que sus capitales llegarán á tener un valor fabuloso: en tales

apreciaciones se funda la deuda verdaderamente extraordinaria que contrajeron en la última guerra civil, y que ni en lo más mínimo inquieta á sus hombres de Estado y á sus hacendistas. Verdad es que su civilizacion es pequeña bajo el aspecto moral, que si no corrigen sus tendencias egoístas, que si no siguen sujetos al yugo de hierro de sus leyes durísimas, esa prosperidad pasará velozmente como las hojas de la primavera.

El capital, de todas suertes es un poder que crece y se dilata á medida que los principios económicos nacidos há un siglo, adquieren más autoridad y forman parte de las creencias generales. Si no ocurren sucesos que hieran las entrañas mismas de la sociedad, como el abominable régimen de la *Commune* de París, en época no remota, nuestros hijos dispondrán de fuerzas titánicas.

Baudrillart ha dicho acertadamente: « Trabajo, capital, crédito, todo lo porvenir del género humano en el orden económico, se contiene en estas tres palabras ¹. »

1 Para que se pueda juzgar de la exactitud del ejemplo ó mejor demostracion que se hace en el texto, acerca de las sumas enormes que proporcionaría el emplear productivamente el valor de las cantidades de bebidas espirituosas que hoy se consumen, vamos á aducir algunos datos estadísticos:

Dieterici calcula, que en Prusia, el consumo anual del aguardiente, basta para agotar un estanque de la longitud de una milla prusiana (7 kilómetros y medio), ancho como 33,8 piés y profundo como 10 piés.

En Inglaterra, en que los impuestos suman la cantidad de 54 millones de libras esterlinas, las gastadas en bebidas alcohólicas ascienden á 74 millones de libras esterlinas, segun un informe dirigido á la Sociedad de Templanza de Lóndres: en reales y valuando una libra esterlina por 95 reales, siete mil treinta millones.

Las Revistas inglesas señalan el hecho de que lo invertido en el mismo consumo por las diversas clases sociales de Inglaterra, asciende á trece mil cien millones de reales en el año de 1872.

El doctor Decaisne, en un reciente folleto, que se titula « Estadística del alcoholismo, » afirma, que resulta de los datos que él ha recogido, que en París se consumen tres litros de vino por día y por individuo: que en 1851, el consumo anual del alcohol era de 2,54 litros por cabeza, y que en el día este consumo ha aumentado en más de una mitad.

CAPÍTULO VII

Divisiones del capital. — En material y moral. — Productivo y de consumo. — Productivo é improductivo ú ocioso. — El autor no admite estas divisiones. — Capital fijo y circulante. — Smith y Ricardo disienten en las definiciones de estos dos miembros de la division. — ¿Qué clase de capital es la moneda? — Relacion entre el capital fijo y circulante. — Se comparan el uno y el otro en sus ventajas, sus cambios y sus peligros.

Esta parte de nuestro trabajo debe ser estudiada bajo el punto de vista de su importancia teórica y de sus aplicaciones; es de poca monta hacer divisiones, no más que por el deseo del análisis ó por la tradicion de escuela.

En primer término, divídese el capital en material y moral ó inmaterial. El primero se compone de máquinas, herramientas, materias primeras, etc.; puede definirse el que concurre á producir bienes materiales; el que directamente sirve para la creacion de los productos: el segundo manifiéstase en ciertas cualidades ó propiedades de uno de los agentes de la produccion, ó bien es el que concurre á producir bienes personales ó relaciones útiles: algun autor cree que se forma por las capacidades adquiridas por los trabajadores.

Creemos que no es admisible esta division. No negaremos que Adam Smith estima como un capital la destreza, la aptitud adquirida por los operarios, tras esfuerzos más ó menos penosos; que para Blanqui, el hombre y su inteligencia forman el capital moral de una nacion; la inteligencia es el más precioso de los capitales, pues el oro no es nada sin el pensamiento, y el pensamiento lo es todo; que el Sr. Carreras y González clasifica dicho elemento por sus funciones, y que comprende en esa clasificacion las aptitudes, es decir, las dotes morales, físicas é intelectuales adquiridas por el trabajador, la economía, la sobriedad, el amor al trabajo, la habilidad, la destreza y los demás conocimientos que la educacion proporciona; mas á estos argumentos puede oponerse que los consumos del hombre no

constituyen verdaderamente un capital; por más que sea preciso alimentarlo para que sea productor, pues de todas suertes no es posible dejar de mantenerlo, aunque en lugar de ser activo sea indolente, y en lugar de ser útil á la sociedad sea perjudicial; no podemos mandarlo matar como al buey ó al caballo, que nos sobran ó se inutilizan; siempre queda la duda de si el adolescente un día, sacará partido de nuestros desvelos y recompensará las sumas invertidas en desenvolver sus facultades nativas. A lo que es lícito añadir que, cualquiera que sea el papel que desempeñen las cualidades del hombre en la produccion, no son más que bienes personales y no forman parte de su fortuna. ¿No es un grave error clasificar al hombre entre los materiales que se destinan á su consumo y á su bienestar? La inteligencia abarca y domina todo, así el capital como el trabajo, como los agentes naturales; no está subordinada, sino que es superior á los tres elementos productivos. ¿Hay peligro en materializar las ideas y los más nobles y elevados sentimientos; el hombre no puede valorarse; quién puede distinguir lo que se debe al ingenio natural ó á la enseñanza que recibió de sus maestros? ¿Qué economista acertó nunca á sacar consecuencias, á formular leyes, respecto á semejante pretendida manera de ser de los capitales?

Es, en nuestro sentir, imposible admitir que los bienes personales son riquezas; en su índole, en su trasmision, en sus formas, en su extension y en el imperio que ejerce sobre ellos el libre albedrío, hallamos graves y profundas diferencias, si se comparan con los puramente materiales ¹.

Otra division es la siguiente: capitales productivos y capitales

1 Smith. Riqueza de las naciones, vol. II, pág. 197. — Blanqui. Curso de Economía industrial, vol. II, págs. 51-52. — Señor Carreras. Tratado didáctico de Economía política, segunda edicion, pág. 82. — Roscher. Principios de Economía política, vol. I, pág. 96. — Rossi. Curso de Economía política, vol. II, págs. 178-180. — Rau. Tratado de Economía nacional, párrafo 129, pág. 109. — Sr. Colmeiro. Tratado ecléctico de Economía política, vol. I, págs. 135-137.

de consumo. Hay capitales — dicen los autores — que producen utilidad y placer para sus dueños, y que no se pueden poner en la clase de aquellos que sirven para la industria, para la fabricacion de objetos materiales, ni en la de los que son de todo punto inútiles. Así sucede con las casas destinadas para habitacion, los muebles, los adornos, que sólo sirven para hacer agradable nuestra existencia. Los que hemos llamado elementos del capital, pueden emplearse para producir y para el consumo; verbigracia, un carruaje de alquiler, un gabinete de lectura son para sus dueños un fondo de produccion y de consumo para el público. Los escritores alemanes distinguen entre la parte de nuestro haber que se utiliza en trabajar en el aumento de los bienes que constituyen la fortuna nacional, y otra parte destinada á procurarnos ventajas inmediatas, á satisfacer nuestras necesidades, á que denominan productos consumibles; fondo de consumo.

Somos de parecer que tambien debe desecharse la clasificacion que nos ocupa. El capital y el consumo son antitéticos, grandes enemigos. La facilidad aparente con que se hace ver que los valores acumulados pueden servirnos para crear otros nuevos y para los usos de la vida, es una prueba decisiva de lo que afirmamos. Los valores que se consumen no pueden ser capitales, puesto que les falta el renacer en forma de nuevos productos, al terminarse la serie de trabajos productivos que los transforma. Serán riquezas, parte de nuestra fortuna y no más. Alguno podrá objetar que son víveres para los obreros, hogares en que éstos viven. Esto quiere decir que constituyen tales objetos uno de los elementos del capital que hemos analizado. Sería curioso, en verdad, que el carruaje que conduce alegres parisienses á una gira de campo, que los ejemplares de la prensa política, que causan tanto daño á la economía nacional, fuesen clasificados entre los capitales. El consumo definitivo es un fin y término de la produccion, y no puede ser otra cosa, sopena de confundir las teorías elementales de la ciencia ¹.

1 Say. Tratado de Economía política, volumen I, página 371.— Mac-Culloch. Principios de Economía política, volumen I, pági-

Los escritores que de estas materias tratan apuntan una nueva serie de análisis con los dos miembros de una tercera division, capitales productivos é improductivos. Los primeros son aquellos que hemos definido al comienzo de este escrito: los segundos son resultado de trabajos anteriores que sus dueños no se proponen ó no pueden emplear de un modo provechoso. El dinero que se guarda encerrado en los cofres ó que se oculta bajo tierra, las provisiones reunidas en mayor suma que requieren las necesidades á que corresponden, los tesoros que se acumulan en las iglesias, y en general todos los productos que se conservan sin servir al consumo y sin contribuir á la creacion de otros nuevos, se clasifican como capitales improductivos. Flórez Estrada, describiendo los bienes materiales existentes en un país cualquiera, dice que en toda sociedad hay tres especies de riqueza: la que se destina á la produccion, capital; la que se aplica al inmediato consumo, riqueza de inmediato consumo, y la que se conserva, sin ser empleada ni en la produccion ni en el consumo, riqueza estacionaria. Droz llama ociosos á aquellos capitales de que no hacen uso sus poseedores, sea por efecto de las circunstancias ó por su propia voluntad. El nombre es diverso, pero el pensamiento es el mismo que como acabamos de ver, formulan otros autores.

Como en los casos anteriores, nuestro voto es opuesto á que se tenga por buena y provechosa esta distincion. El ahorro, el acto de apartar del consumo inmediato un valor, un bien cualquiera, ¿en qué se diferencia del capital? ¿No debemos distinguir entre las acumulaciones anuales y el capital? ¿Por ventura la riqueza acumulada ejerce el menor influjo en el nacimiento de nuevos valores, en la extension y alimento de la industria existente en un espacio y tiempo determinados? Los productos que se sustraen de la destruccion y se guardan, pueden trocarse en capital, pero no llegarán á ser éste hasta el punto de

na 72. — Hermann. Riqueza del Estado, página 60. — Rau. Obra citada, párrafo 51, páginas 43-44. — Roscher. Obra citada, vol. I, páginas 96-97.

que en ellos ocurra un cambio, se verifique una transición, esto es, que se utilicen en los empleos industriales. Si el dueño de tales sumas no quiere hacerlo así, será porque espere tiempos mejores, ó teme asomen pronto su exigente cabeza nuevas necesidades: si no le fuese posible darles el destino mencionado, señalaremos en este hecho una doctrina muy importante, á saber, que en el mismo dominio económico se han agotado más ó ménos temporalmente todos los empleos posibles, y será menester que los ahorros se envíen fuera de nuestra propia tierra, que nuevos progresos técnicos é industriales abran nuevos caminos de desagüe á estas fuentes de que manan las riquezas, ó bien que el que ántes cercenaba su consumo para ahorrar, ahora lo extienda y amplíe por carecer de los móviles de su determinación precedente. Esta doctrina corrobora la inexactitud de la división que nos ocupa, bien que confesemos de plano que el mayor número de autores, empleando un lenguaje poco preciso, á cada paso confunden los verdaderos capitales con las sumas ociosas que pueden llegar á serlo, sin que pueda exceptuarse al mismo severo y lógico Stuart Mill ¹, que en verdad se distingue, como se lee en la *Revista de Edimburgo*, por un estilo áspero pero lúcido, y aún podríamos añadir preciso ².

No emitiremos el mismo juicio que acerca de las divisiones que preceden respecto á la postrera que debemos examinar; capitales fijos y circulantes: para mostrarnos fieles al principio que sentamos al comenzar este párrafo, diremos que es necesaria, muy importante y que tiene numerosas aplicaciones. Es

1 Véase Principios de Economía política, pár. 4, cap. XV, lib. II, volúmen I, pág. 468 y los párrafos 3 y 4, cap. IV del lib. IV, vol. II, página 332 y sig.

2 Say. Tratado de Economía política, vol. I, pág. 17. — Flórez Estrada. Curso de Economía política, parte primera, cap. V. — Droz. Economía política, pág. 64. — Roscher. Principios de Economía política, pár. 43, vol. I, pág. 97. — Sr. Coll y Masadas. Principios de Economía política, págs. 230-231. — Sr. Colmeiro. Tratado elemental de Economía política, vol. I, págs. 133-134. — Sr. Carreras y González. Tratado didáctico de Economía política, págs. 81-82.

digno de notarse que es la única de que habla Stuart Mill en su célebre obra de Economía política.

Los escritores más dignos de respeto han explicado de dos maneras diversas, bien que no opuestas, la division de capitales fijos y circulantes. Para los unos, son los primeros los objetos de que disponen y usan los productores, de suerte que pueden dar renta ó beneficio sin cambiar de dueño y sin que tengan necesidad de circular más; son los segundos aquellos que no pueden dar renta ó provecho para sus propietarios mientras estén en su poder ó mientras conserven la misma forma. Para los otros, segun que el capital desaparece rápidamente y exige una perpetua renovacion, ó que se consume lentamente puede distribuirse en dos categorías, que son: circulante y fijo. La primera opinion es de Smith, la última de Ricardo.

Es difícil segun este pensador, establecer con exactitud el límite que separa los miembros de la division, porque el grado de duracion de un capital puede variar hasta lo infinito. En efecto, el alimento se consume y reproduce en el país, á lo ménos una vez durante el año (cereales); los trajes del obrero se consumirán cada dos años, mientras que su casa y sus muebles quizás duren diez ó veinte años.

No nos dejemos inducir á error por los que emplean las palabras de Smith sin darles el mismo sentido. Si resuelve cuál es el carácter del capital la duracion más ó ménos larga, tendremos que confesar que es cosa ardua establecer bien la diferencia entre uno y otro linaje de elementos. Las agujas se consumen rápidamente, todos los días se rompe un gran número; sin embargo, forman parte del capital fijo porque pueden usarse más de una vez por su dueño. El hierro que se elabora en las fraguas es un capital circulante; no se destina á permanecer en nuestra casa, á servirnos de instrumento en una ó más producciones sucesivas y hasta que sea deteriorado por el uso; empleado como materia primera, como objeto sobre el cual se ejerce cierto poder, pierde esta cualidad desde el punto en que el fenómeno se verifica: despues es ya producto y mercadería, no hay más que consumirlo ó venderlo.

Los que prefieren para señalar la razón de diferencia el tiempo que duran los elementos que constituyen el capital tienen fijos los ojos en las manufacturas donde ven grandes y poderosas máquinas que suelen durar muchos años, y objetos de frágil y deleznable índole que aparecen y desaparecen muy pronto. Pero es llano que la observación no basta: las máquinas de vapor son un capital fijo, montadas en la fábrica de hilados de algodón y para el dueño de la mismas, pero no sucede otro tanto en casa del constructor que las tiene para la venta; nada le producirían si no cambiasen de lugar y de poseedores.

El tiempo más ó ménos breve que pueden servir los productos es un signo equívoco y que ha sido causa de singulares confusiones. Courcelle Seneuil pretende que cuando se consideran los diversos capitales bajo el punto de vista de su duración calculada y de su destino, se nota que unos son propios para satisfacer las necesidades de los consumidores directamente y sin dilación, al paso que otros se destinan á producir. Los primeros que se consumen y reproducen sin cesar, como sucede con los alimentos y los trajes, se llaman capitales *circulantes ó de comercio*: los segundos, cuyo consumo es más lento, y algunas veces casi imperceptible, como los edificios, caminos de hierro, máquinas, heredades se denominan *capitales fijos ó de fabricación*. Hay capitales *intermediarios*, como las *materias primeras* que debiendo satisfacer necesidades personales, todavía no están dispuestas para ello: duran más tiempo que la mayor parte de los capitales circulantes y ménos que el mayor número de los fijos, y participan en los cambios de la naturaleza de ambos.

Vese, pues, que buscando caracteres falibles para clasificar, llegase á no saber lo que son las primeras materias, y esta duda, esta confusión pudiera extenderse á otros elementos del capital, y la división queda desnaturalizada y fuera de su asiento natural. Es más claro y de aplicaciones más fáciles, que nos sirva de guía y de hilo conductor que el producto de que se trate pueda ser utilizado en una sola ó en varias opera-

ciones productivas. En el un caso será capital circulante; en el otro será fijo ¹.

¿A cuál de esos dos linajes de capital pertenece el numerario? Smith lo comprende en la enumeracion que hace de los circulantes. Ateniéndonos á lo que hemos dicho más arriba, debemos mostrar conformidad con el autor inglés, porque el dinero no produce sino cuando se gasta; á vueltas de esta reflexion forzoso será convenir en que se distingue de todos los demás bienes que se clasifican como capital circulante, en que por su destino se halla siempre en la circulacion. Considerando, por ello, la economía nacional y teniendo la moneda por instrumento del cambio, podrá afirmarse que por excepcion en ella se reunen los caracteres de las dos clases de capital. Mejor será añadir que bajo el aspecto de la economía privada corresponde á los capitales circulantes, y bajo el aspecto de la economía pública á los fijos. Los autores ingleses opinan que debe ser colocada entre los primeros, y creemos que tienen razon, juzgando el punto controvertido en definitiva. No cabe amalgamar en un solo instrumento, en un solo objeto, los rasgos peculiares de entrambas categorías; son incompatibles, como se ve á poco que sobre ello se medite. El numerario no es capital más que por excepcion, su índole verdadera consiste en ser escala general de los valores; pero toda vez que hemos admitido que puede llegar á ser capital, necesario se hace que lo clasifiquemos entre los mismos. Damos la preferencia á la economía privada sobre la pública; el Estado no es productor, en general, y la cantidad del numerario circulante se regula en el libre cambio por las necesidades privadas; su valor se determina en gran parte por la rapidez de la circulacion, ésta depende hasta cierto

1 Adam Smith. Riqueza de las naciones, lib. II, cap. I.—Ricardo. Principios de Economía política, cap. I, seccion IV, págs. 22 y 23; capítulo VIII, pág. 121.—Rossi. Curso de Economía política, vol. II, páginas 184 189.—Baudrillart. Manual de Economía política, pág. 121.—Courcelle Seneuil. Tratado de Economía política, vol. I, páginas 348-349.—Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. I, cap. VI, volumen I, pág. 107.

punto de la mayor ó menor actividad de la produccion, como enseña Flórez Estrada, y al pasar rápidamente de mano en mano las monedas se luden y gastan poco á poco, quedando sus moléculas entre los dedos de los que cambian por otros valores la primera materia de que se forman. ¿Qué importa el metal en su masa y cantidad? Lo que importa es el uso que hacen los particulares ¹.

No es posible determinar de un modo absoluto la relacion que debe existir entre el capital fijo y el circulante. La industria y el comercio requieren porciones diversas del uno y del otro. La agricultura y las artes, en nuestros días, reclaman mayor suma del primero que del segundo; la industria mercantil y trajinera ó de transportes, viceversa. Un pueblo habrá menester una proporcion que más ó ménos tienda á la igualdad ó se aparte en sumo grado de la misma, segun el género de ocupaciones á que se consagre, segun la combinacion de las varias industrias que en él se establezcan y arraiguen. Es importante conocer la parte con que contribuye cada una en las dos especies de capital, á fin de saber lo que debe producir para mantenerse íntegro, hecha abstraccion del beneficio que puede dar. Entre ambas media una diferencia grave; el capital circulante debe ser reproducido completamente, de todo punto por el objeto en cuya produccion se consume, al paso que el fijo no es indispensable que sea reproducido más que en la parte destruída durante la serie de actos ó trabajos á que ha cooperado. Conviene que exista una justa proporecion entre los dos; pero varía en razon de los progresos y perfeccionamientos que las artes han realizado. El capital circulante, y sobre todo las primeras materias y el fondo de subsistencias para los obreros, constituyen los dos elementos á que deben su creacion los productos.

1 Rau. Tratado de Economía nacional, págs. 110 y 111.—Foscher. Principios de Economía política, vol. I, págs. 293 y 294.—Senior, Principios fundamentales de Economía política, pág. 126.—Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. IV, en varios lugares.—Colmeiro. Tratado elemental de Economía política, vol. I, págs. 131-133.

La primera de aquellas acumulaciones puede convertirse en la segunda, pero no así la segunda en la primera. Es posible inmovilizar una gran masa de capital circulante en las empresas y operaciones que requieren y demandan mucho capital fijo: aquél es más ligero, más suelto, más flexible que éste; nada pierde al cambiar de forma, pues que sin tal transformación no puede utilizarse, mientras que en el fijo se aminora gran parte de su valor si intentamos sacar de él nuevo partido: el salario, la lana, el dinero, pueden emplearse en trabajos y productos diversos indiferentemente: las paredes, las techumbres, la armazón de hierro de una fábrica, pueden aprovecharse para construir una casa, que sea en lo sucesivo un taller: los valores que se han invertido en mejoras de las tierras, en trazar el plano, en las obras de fábrica de un camino de hierro, si perdiesen como tales su utilidad, de muy poco podrían aprovecharse para otros menesteres de la vida. El capital circulante puede destinarse á las aplicaciones de cualquier invento, de cualquiera provechosa novedad en el dominio de la industria ó de los mercados que recorre el comercio: el capital fijo carece de esta ventaja. Necesidades imprevistas, pérdidas causadas por sucesos políticos ó sociales, se satisfacen y reparan sin demora, gracias al capital circulante: un pueblo á quien asalten poderosos enemigos, si tuviese bastante acumulación de aquel linaje de riqueza, salvará el riesgo y continuará como ántes sus trabajos: no es dable afirmar lo mismo de la opuesta categoría de ahorros. En cambio esta postrera es más productiva que la otra; quizás haya alguno que lo dude: no hay trabajo sin materias primeras, subsistencias, salarios, y la producción se enflaquecería, bien que posible en rigor, sin dinero: admitimos esta afirmación, mas todo ello no puede compararse á la importancia que tienen las mejoras de las tierras y las máquinas en nuestro siglo. Sin las unas y las otras, el trabajo sería poco fecundo, y el hombre, poco civilizado, quizás todavía nómada y pastor. El cálculo nos suministra victoriosa prueba: autores dignos de respeto estiman que la producción de Inglaterra representaba hace algunos años el trabajo de doscientos cincuenta millones

de hombres; de suerte que si en aquel país no hubiese máquinas, para que le fuese dable hallarse en el mismo estado en que se encontraba en aquella época, fuera menester que tuviese doscientos cincuenta millones de trabajadores.

A vueltas de esta ventaja un pueblo que posea mucho capital fijo, es muy rico y próspero, pero tiene un lado vulnerable y le amenaza un grave peligro: una expedición de gente extraña y enemiga destruiría en poco tiempo la base de su propia grandeza: el historiador que ignorase este aserto, no podría explicar el miedo que han inspirado á la Gran Bretaña, en dos épocas distintas, los proyectos de invasión atribuidos á los emperadores de la dinastía Bonaparte. Al propio tiempo los poseedores de una gran masa de capitales fijos, con dificultad se resolverán á sacrificarla por la patria, á hacer el género de guerra que llevaron á cabo los escitas contra Darío, los atenienses contra Jérges, los españoles y los rusos contra Napoleón I.

Debemos esforzarnos en disminuir la relación entre ambos capitales y ser cautos en acrecentar el fijo. Representa éste el coste de la producción; el circulante representa el consumo. Una nación que acrece y dilata sin temor el primero, se expone á sufrir privaciones y crisis. Así ha sucedido á la Francia por las enormes sumas que empleó en comprar cereales en 1863 y las que ántes había invertido en los ferrocarriles.

Hemos dicho que el capital circulante representa el consumo, y es conveniente que explicando nuestro pensamiento, añadamos que se trata del consumo reproductivo, como, v. gr., los salarios, fondo de consumo de los obreros. Y al tratar de este punto nos sale al paso una teoría de Stuart Mill que nos propone examinar: ¿el aumento del capital fijo, á expensas del circulante, afecta los intereses del obrero? Para probar la afirmativa el autor inglés parte de la idea justa que el capital circulante no se puede emplear más que una vez, y que el objeto producido es la única fuente de que puede renacer para su dueño, al paso que el fijo se emplea en varias operaciones y basta gastar lo preciso para su conservación, y que nos dé algun

beneficio, para que saquemos provecho de él. Un capital que se inmoviliza, que adquiere fijeza en su destino, no sirve para sustentar á los obreros. Stuart Mill pone por ejemplo un propietario de tierras que obtiene 2.400 *quarters* de trigo por el trabajo de sus jornaleros; que emplea la mitad de éstos en hacer mejoras en sus fincas en lo sucesivo; en el primer año empleará los mismos operarios, pero su capital quedará reducido á 1.000 *quarters* y en lo porvenir logrará tener 1.500 *quarters* más que ántes, un interés de 25 por 100 con daño de la mitad de jornaleros, á quienes distribuía en la época precedente los 1.000 *quarters*. Añade Stuart Mill que no basta alegar que el empleo de las máquinas abarata los productos y da lugar á una demanda mayor que cuando no estaban introducidas; si el capital que forman estas máquinas se ha tomado de otros empleos, si los fondos puestos é invertidos en las mismas, los telares, etc., se deben, no al ahorro, sino á un préstamo tomado del capital general de consumo, ¿qué ganan en ello las clases trabajadoras? — Todas estas afirmaciones nos parecen paradójicas, y hablamos de esta suerte que despues de haber publicado la *Revista de Edimburgo* su famoso artículo sobre la autobiografía de Stuart Mill no es muy aventurada, toda vez que se complacía en defender paradojas, porque entendemos que se opone y contradice al gran principio de las ventajas que respecto á la economía nacional, produce el empleo é incremento del capital fijo. — El ejemplo que aduce del propietario que destina la mitad de sus obreros á mejorar sus tierras, no puede servir para representar toda la economía nacional, ni es verosímil ese interés de 20 y 25 por 100 en la agricultura, ni las fincas sabiamente explotadas dejan de ofrecernos más abundantes frutos que pueden venderse á la comunidad en general. El argumento que se reduce á decir que el mayor número de productos que se obtienen por el concurso de las máquinas, distrae capitales que servían para dar trabajo á las clases obreras, se opone á los principios fundamentales de la ciencia. Las invenciones y perfeccionamientos industriales no tienen razon de ser si no producen mayor baratura por disminuirse el coste de

produccion; en este caso hay aumento de capital, hecha la salvedad del en que los poseedores de productos en mayor cantidad, los consuman totalmente.

La doctrina más difícil de rebatir y que tiene más fuerza lógica, es la que muestra el peligro de emplear los capitales en inventos poco útiles ó de inferior utilidad al uso que tenían ántes, en experiencias inútiles ó en máquinas que han impedido el empleo de brazos por haber trocado el modo de satisfacer la necesidad y haber defraudado las esperanzas que hicieron concebir sus primeras aplicaciones: y no sería bastante aducir contra este argumento que las sumas ahorradas que van á parar en los ensayos de que hablamos, generalmente se toman de las acumulaciones que de no ser así, se consumirían improductivamente, porque aunque tal cosa ocurriera, á la postre forzosamente se habrían de transformar en salarios, en retribucion de trabajos manuales. Réstanos, para debilitar el valor de la objecion, poner en parangon tales perdidas riquezas que la temeridad y la ignorancia menoscaban ó destruyen, con las ventajas que producen dos clases de máquinas; las que son en sumo grado beneficiosas y las que sólo á medias merecen esta favorable nota.

Los capitales circulantes, por la misma naturaleza de las cosas, entran con frecuencia en el mercado y salen lo mismo: se demandan sin cesar y á cada momento se cambian por trabajo en todas sus formas, á menudo se revisten de la del numerario, de suerte que pueden convertirse en la clase de productos que nos hicieren falta. Los capitales fijos cuyo consumo es lento, no pueden ser así transformados: es dable á un individuo vender una finca rústica para satisfacer sus necesidades personales, pero la sociedad considerada en conjunto, no puede hacer lo mismo, porque no le es dable cambiar. La tierra no es provechosa más que para producir, y bajo el imperio de la propiedad no es posible que satisfaga más que una sola necesidad, la de producir renta á intereses.

El capital fijo corresponde en particular á las necesidades de lo porvenir; el circulante á las de lo presente. Aumentar con

poca precaucion el primero es gravar con exceso los recursos actuales, y conviene dejar á cada época que sufrague sus gastos propios. No hay riesgo, ni imprudencia en dar alas y favor al segundo de aquellos valores acumulados. En cambio no es posible extender mucho y obtener grande baratura de la produccion, sin la posesion de gruesos capitales fijos. Es preciso guardar en esto cierta prudente medida y huir de extremos que nos habrían de causar embarazos y dificultades notorias ¹.

CAPÍTULO VIII

Orígenes del capital. — El autor señala cuatro, á saber: el resultado de agentes naturales que no fué preciso para el consumo de los primeros hombres; el ahorro; el establecimiento de relaciones fecundas, cuya ventaja es ya general, ya individual, cuando adquieren un valor en cambio; y parte del producto anual de todos los ramos de la industria, en un período de grande prosperidad y desarrollo de las artes. — Sólo el primero es absoluto; los tres restantes son relativos.

¿Cuál es el origen del capital? Casi todos los autores han respondido á esta pregunta, que el ahorro: sin duda que tienen razon; pero ¿estudiando la historia de las doctrinas y profundizando, si nos fuese dable, la materia, no llegaremos á inquirir otras fuentes y á hacer observaciones, que merecen paremos mientes en sus caracteres generales y en su relacion con otras teorías? Este ensayo nos ofrece coyuntura oportuna para intentarlo.

Los capitales se aumentan por la economía, dice Smith:

1 Rau. Tratado de Economía política, pár. 131 y 132, pág. 111. — Chevalier. Curso de Economía política, volúmen I, página 371. — Roscher. Principios de Economía política, párrafo 44, volúmen I, página 99. — Baudrillart. Manual de Economía política, págs. 137-139. — Stuart Mill. Principios de Economía política, vol. I, páginas 110-114. — Courcelle Seneuil. Tratado de Economía política, volúmen I, páginas 349-350.

todo lo que una persona ahorra de su renta lo agrega y añade á su capital. El capital de un individuo no puede acrecentarse más que por el fondo que este individuo ahorra de su renta anual y sus ganancias anuales. La causa inmediata del aumento del capital es la economía y no la industria: en verdad, la industria proporciona la materia de los ahorros que se deben á la economía; empero por considerables que sean las ganancias de la industria, sin la economía que las conserva y acumula, jamás el capital sería más cuantioso ¹.

Nótese en las citas anteriores textualmente copiadas, que el autor escocés no afirma que el ahorro produzca el capital; escribe muchas veces é invariablemente, que es causa de su acrecentamiento. No indica el origen primitivo, la cuna de la importante fuerza productiva.

Leemos en una de las obras de J. B. Say, que los víveres de que el hombre se alimenta mientras ejerce un oficio, las materias que modifica, las herramientas, son resultado de la industria humana unida al poder de la naturaleza. Los capitales productivos son, pues, productos. Mas, ¿cómo ha sido posible crear los primeros capitales, toda vez que para esto era indispensable que existiesen otros capitales que aún no había? El hombre no es capaz de resolver semejante dificultad.

Lo que se puede afirmar es, que si algunos hombres fuesen arrojados á una isla desierta, desnudos y sin provisiones, aunque fuesen muy industriosos, perecerían indefectiblemente, á no ser que los frutos de la dicha isla fuesen propios para su nutrición, que estuviesen maduros y en cantidad bastante para que los recién llegados pudiesen esperar nuevos y futuros auxilios de su industria, siempre y cuando la naturaleza misma les ofreciese algunas ligeras y sencillas herramientas, como piedras cortantes, aristas de pescados ú otros parecidos instrumentos con los que luego lograsen fabricar otros imperfectos. Todos estos objetos reunidos serían ya un principio de capital. Si continuamos la suposición é imaginamos una isla bastante

1 Riqueza de la naciones, libro II, cap. III.

grande y fértil para proporcionarnos una mayor suma de capital, podremos pensar y ser conducidos en alas de la imaginación y sucesivamente al estado en que hoy nos hallamos ¹.

En resolución, el economista francés juzga que en la naturaleza encontraron los primeros hombres capitales en alimentos y herramientas, que fueron la base del aumento posterior de los formados por el hombre, en lo que parece convenir con su maestro Smith.

Senior explica muy bien la formación primitiva de los capitales. Estos no son instrumento productivo simple, á juicio de este autor; con frecuencia, son el resultado de todos los instrumentos productivos combinados, en conjunto. Uno de los agentes naturales debe haber suministrado la materia; es preciso suspender el goce de lo que se estima como aquella fuerza, y haber empleado trabajo para prepararla y conservarla ².

De modo que el ahorro no es el origen del capital, sino el resultado de agentes naturales que el hombre en los primeros pasos que dió sobre el globo, no tuvo necesidad de consumir, y que siendo como el yunque para el martillo, objeto y base para su trabajo, constituyeron los comienzos del capital según Say, para nosotros el capital primitivo, originario, que debió su existencia á un lazo singular; riquezas naturales, exceso de bienes ó valores sobre el preciso consumo y trabajo.

Stuart Mill se expresa, al tratar este punto, de un modo contradictorio. Dice así: «El origen de que se deriva el capital es el segundo teorema fundamental; el capital *es el resultado del ahorro*. Si todos los que producen, si todos los que cobran rentas del producto de los demás gastasen cuanto de esta suerte reciben, el capital no se *aumentaría* ³.» No hay paridad entre estas dos proposiciones; *el capital nace del ahorro*; si no hubiese

1 Tratado de Economía política, primer volumen, pag. 83 y siguientes.

2 Principios fundamentales de Economía política, págs. 310 y 318.

3 Principios de Economía política, lib. I, cap. IV, pár. 4.º, vol. I, página 82.

quien ahorrarse, *el capital no se aumentaría*. Distinguimos, sin esfuerzo, entre *origen y acrecentamiento*, son cosas diversas. ¿Será, por ventura, que Stuart Mill haya vislumbrado la verdad? No nos atrevemos á afirmarlo.

Sabemos ya cuál es el primer origen, único absoluto del capital. El ahorro es el segundo porque, si bien no basta para explicar el nacimiento y formación de la fuerza productiva que investigamos, es indudable que, gracias á él mismo, valores acumulados nuevos y de suma importancia, se apartan del consumo primero, y se consagran á la producción después. Todo lo que un hombre destina á sustentar otros trabajadores, que no son su propia persona, debe ser producto del ahorro. Necesario es que alguno haya reunido este fondo y se haya abstenido de gastarlo. Podemos afirmar que todo aumento de capital es el resultado del ahorro.

En las épocas de poca cultura, la guerra y el pillaje pusieron en manos ajenas el capital que poseían los vencidos. Aun en los Estados en que la propiedad gozaba de alguna protección, si la abstinencia formaba nuevos capitales no era voluntaria, sino forzosa. Así aconteció en la antigüedad griega y romana. Los productores eran esclavos á quienes sólo se suministraba el sustento y se negaba la parte de beneficios que de justicia les pertenecía. De todas suertes, el dueño de esos esclavos debía ahorrar aunque no fuese más que lo preciso para sostener sus fuerzas. Víctor Hugo ha retratado esta situación en los dos primeros versos del drama *Les Burgraves*:

Les princes sont joyeux: le festin dure encore.
Les esclaves sous le fouet travaillent des l'aurore.

Después de la Edad media, el progreso legal y económico ha permitido que todos pudiesen ahorrar, y que la misma persona á quien se debe el ahorro, goce de los beneficios que produce la abstinencia ¹.

¹ Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. I, cap. IV, vol. I, pág. 83.—Roscher. Principios de Economía política, párs. 45 y 68.

Si estudiamos el ahorro bajo su aspecto moral, hallaremos que su raíz se descubre en tres atributos del hombre: la prevision, la inteligencia y la frugalidad. Para determinarse á formar un capital es necesario prever lo porvenir, sacrificarle lo presente, ejercer un noble imperio sobre nosotros mismos y sobre nuestros apetitos; resistir, no solamente el atractivo de los goces actuales, sino tambien el aguijon de la vanidad y los caprichos de la opinion, siempre parcial para con los caracteres negligentes y pródigos ¹. Las condiciones morales del ahorro son el órden, la prevision y el imperio sobre nosotros mismos. No hay nada más opuesto á la formacion del capital que ese espíritu infantil é irreflexivo que sólo vive para lo presente y no se cuida de lo porvenir ². Desde los primeros grados de cultura de la sociedad hasta los superiores y célebres, puede notarse una progresion ascendente; cuanta más civilizacion y policia el ahorro es más intenso, más frecuente, mejor comprendido. Excusado será decir que tambien es más fácil. Los pueblos cazadores no viven de tal suerte, ni adquieren objetos que permitan el ahorro. Sucede lo contrario con los pueblos pastores; para alimentar los rebaños, para el régimen de la tienda el ahorro es preciso, que de otra manera no fuera posible al pastor cuidar de la procreacion y domesticar las reses que posee ³. Este sistema social exige un grueso capital en ganados, y los que de él carecen tienen que alquilar su trabajo como obreros.

En el siglo xv vemos ya sumas de monta y cuantía en las manos del estado llano. Sírvanos de testigo el animoso y desgraciado Santiago Coeur, en tiempo de Carlos VII.

En el reinado de Isabel de Inglaterra, las principales ciudades y puertos británicos acumularon grandes riquezas; la clase intermedia de la sociedad llegó á ser rica y poderosa. Los propietarios de las tierras procuraban mejorar sus fincas, conver-

1 Bastiat. Armonías económicas, cap. VII, pág. 202. Trad. de D. Francisco Vila.

2 Roscher. Principios de Economía política, pár. 45, vol. I, pág. 101.

3 Rau. Tratado de Economía nacional, párs. 356 y 359, páginas 316 y 319.

tían todas sus miras á lo útil, hacían cercar sus heredades, y reuniendo muchas pequeñas haciendas en una sola, despedían á los mercenarios que tenían ántes á sus órdenes ¹.

Los holandeses del siglo xvii juzgaban como un año perdido aquel en que nada habían ahorrado, y hasta los ricos se sujetaban, en su vida privada, á una severa economía ².

El acrecentamiento anual de los capitales en Francia, durante los últimos años del reinado de Luis Felipe, se valuaba de 200 á 300 millones de pesetas, y en Inglaterra en 65 millones de libras esterlinas, es decir, cerca de dos libras y media por persona. De 1815 á 1843 se calculaba que la fortuna inmueble había tenido un aumento de 22 millones cada año ³.

Stuart Mill se preocupa de las acumulaciones anuales de un país que ha logrado suma prosperidad y fortuna, y enseña que, si el minimum del interés no se toca, ni embota el incentivo que nos lleva á hacer economías, débese á los perfeccionamientos de la industria y á la emigracion de los capitales ⁴.

Señalaremos como tercer origen de los últimos el establecimiento de relaciones fecundas, cuya ventaja ya es general, ya es individual, cuando adquieren un valor en cambio. Los progresos de la civilizacion pueden aumentar el valor de los capitales ya existentes. Una casa, por ejemplo, puede duplicar su valor por la construccion de una calle próxima y concurrida. La invencion de la brújula aumentó de un modo incalculable los capitales que se empleaban en el equipo de las naves. Los caminos de hierro han duplicado el valor de las sumas invertidas en la roturacion y cultivo de los campos ⁵.

1 Hume. Historia de Inglaterra. Trad. de D. Eugenio de Ochoa. Apéndice III, vol. III, págs. 419 y 423.

2 Obras de W. Temple, vol. I, págs. 136 y 138.

3 Porter. Progreso de la nacion, seccion VI, cap. II. *El Economista*, 4 de Octubre 1845.

4 Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. IV, párs. 4 y 5 del cap. IV.

5 Roscher. Principios de Economía política, pár. 45, vol. I, páginas 101-103.

Por último, si la acumulacion anual es tan grande que no encuentra fácilmente empleos, si la industria agrícola y manufacturera cobran tan alto vuelo que la cuota corriente del interés sea muy baja y señale una progresion muy rápida, para obtener la formacion de nuevos y gruesos capitales, no será menester el ahorro, basta el producto anual de nuestro trabajo; que pasados ciertos límites de bienestar y posesion de las múltiples cosas que la vida requiere y necesita, es llano que, sin pena, sin doloroso esfuerzo, podremos lanzar la renta sobrante en las anchas vías de la circulacion, el cambio y las manufacturas. Stuart Mill habla de estados y circunstancias en los pueblos en las que la energia del deseo de acumulacion llega á ser excesiva. En tales circunstancias, como en la Gran Bretaña actual, el natural aumento de intereses y nuevos valores, y la extension de los empleos industriales, de lo que llaman los ingleses el *campo de empleo de los capitales*, ofrecen coyuntura favorable para crear otros nuevos. Stuart Mill opina que estos últimos nacen tambien del ahorro porque la palabra no es tan precisa como sería de desear, lo es en el mismo grado que otra cualquiera que eligiésemos; ahorrar es consumir ménos de lo que se produce¹. Sin embargo, el mismo autor muestra que en los casos á que hemos aludido se aumenta el capital, sin que sean mayores las privaciones y aún en concurrencia con mayores consumos. En nuestro sentir, el ahorro supone privaciones, dolor y tristeza, lucha más ó ménos penosa, y donde quiera que esto no sucede no hablemos de abstinencia sino de aumento de la produccion, de diferencia y resta favorable á la primera sobre el consumo. Creemos que no hay igualdad entre ambas maneras de crear el capital, y apoyamos nuestro aserto en la siguiente cita de Roscher: «Hay pueblos, como individuos, disipadores ó económicos. Se debe, v. gr., atribuir á los suizos un espíritu nacional muy económico. Por otra parte, el inglés vive de ordinario con bastante desahogo. Tiene de ello tal cos-

1 Principios de Economía política, lib. I, cap. V, pár. IV.—Lib. IV, capítulo III.

tumbre, que el viajero británico del continente, cuando ve la vida frugal de los aldeanos, jamás lo atribuye sino á la miseria, sin sospechar que pueda ser efecto de economía. Si la Inglaterra ha llegado á ser rica, depende esto de la importancia colosal de la producción¹, que es mayor todavía que la extensión del consumo.» Si no hay paridad entre los dos procedimientos de acumular bienes y valores ¿por qué hemos de emplear el mismo vocablo?

En suma, para nosotros, cuatro son los orígenes del capital. El primero, único, absoluto, primitivo y necesario, consiste en el concurso de los agentes naturales y el trabajo, en la abundancia extrema de los dones espontáneos de la naturaleza y la peligrosa actividad del hombre en las edades primitivas; los otros tres, que más bien acrecientan y hacen que tome cuerpo aquel elemento productivo, se manifiestan en el ahorro que sustrae del consumo los bienes producidos, en la creación de provechosas relaciones y desarrollo de la cultura general, y en el solo aumento de las rentas por las aplicaciones, 'nuevas máquinas é inventos de un pueblo, cuya marcha es progresiva y cuya energía en el deseo de acumulación, toca y raya en los límites del exceso. Estos tres últimos orígenes nos parecen sólo relativos y sujetos á determinadas condiciones históricas.

CAPÍTULO IX

El capital limita la industria. — Demuéstrase este aserto históricamente y por medio del raciocinio. — Courcelle Seneuil parece negarlo al defender que una fuerza productiva puede ser sustituida por otra. — Relaciones que tiene la doctrina dicha con la producción en general.

Del estudio que hemos hecho de los elementos que constituyen el capital y de las ventajas que proporciona, pueden

1 Principios de Economía política, párrafos 222, vol. II, páginas 222 y 223.

deducirse sin grande esfuerzo los argumentos y la prueba de la proposición que encabeza este capítulo. Si el pan del obrero, la primera materia que ejercitan sus manos, la máquina que centuplica sus fuerzas, el dinero, camino por el que se deslizan los pies veloces del cambio forman parte del capital, cosa fácil será admitir que la posesión de estos preciados valores debe preceder á todo acto de la industria y de la economía nacional.

Un grupo de hombres que se propone producir y se organiza para ello, no debe prometerse un éxito seguro; hay siempre azares y peligros que burlan, á veces, los cálculos más profundos, la tenacidad de los caracteres enérgicos. Sin el capital no sería posible arrostrar el mal éxito de las empresas industriales: es el primero la víctima elegida para ser sacrificada en aras del error y del obstáculo.

El primer hombre que se ha visto en la dura alternativa de apropiarse algunas particillas del mundo exterior ó de perecer, no empleó al comenzar su doloroso trabajo, más que su inteligencia y sus manos; pudo decir como Buffon « la inteligencia y la mano constituyen el hombre. » Espléndidos dones le cercaban por todas partes; su posesión exigía un pensamiento de su espíritu y algunas gotas de sudor de su frente: temerosos riesgos amenazaban su nueva vida; pero tras penoso esfuerzo selvas vírgenes, típicos animales, sazoadas frutas le ofrecieron alimento, hogar, esclavos y auxiliares. Más tarde, y por el hecho de su multiplicación, la especie humana necesita poseer riquezas para crear riquezas, tener armas y banderas para hacer la guerra y alcanzar la victoria de un enemigo en apariencia domado y vencido, pero que recobraría muy pronto su primera y vieja rebeldía, sin las cadenas de hierro, es decir, las máquinas con que lo tenemos aprisionado; ese enemigo es la tierra.

Las repúblicas italianas de la Edad media pueden ser consideradas como grandes casas de comercio, administradas con habilidad y economía. Las rentas creadas por el trabajo rara vez eran allí encentadas por el impuesto, y daban lugar á la creación de nuevos capitales, que la libertad de las transacciones

permitía hacer fructificar con ventaja ¹. Sabida es la influencia que por tal causa ejercieron sus préstamos á los reyes y el desarrollo de su industria y navegacion. El límite de su poder era el mismo que el de sus capitales.

Los ciento veinte puritanos que en 1621, desembarcaron en la bahía de Massachussetts y fundaron á Nueva-Plymouth, experimentaron en sus primeros pasos reveses y contratiempos, y fué una de las causas los pocos medios de que disponian ².

De suerte y manera que los hombres se han visto siempre obligados á preparar con recursos actuales la fortuna que pueden lograr en lo porvenir. La industria, el conjunto de las aplicaciones del trabajo humano, tiene por comienzo el capital y es al propio tiempo su límite: no es posible ir más allá de los medios y auxilios que proporciona en el dominio económico: son las columnas de Hércules del mundo industrial. Para producir es de toda evidencia indispensable perder primero, destruir en sus formas y peculiar modo de ser valores, objetos, bienes existentes, y como en los actos en que esto se verifica preceden y son precursores de las modificaciones en que la produccion termina, no es posible admitir otra proposicion que la que procuramos demostrar en esta parte de nuestro trabajo. Desde la Edad media el desarrollo del capital ha permitido desenvolver la industria.

Stuart Mill califica de evidente esta doctrina. Recuerda que se admite en el lenguaje familiar, cuando se emplean las frases siguientes: « aplicar un capital á la industria A ó B: aplicar un capital á la tierra, » con las que se designa un empleo determinado de capital ó invertir trabajo en la tierra; tales son las palabras inglesas: nosotros decimos destinar y gastar un capital, cuyo sentido y acepcion son los mismos ³. Muchas personas

1 Blanqui. Historia de la Economía política, cap. XX, vol. I, página 285.

2 Scherer. Historia del comercio. — Los ingleses, V, vol. II, página 367. — Sismondi. Estudios de Economía política. Ensayo XII, vol. II, págs. 108, 109, 134 y 135.

3 Principios de Economía política, vol. I, págs. 75 y 76.

cuando conciben un proyecto más ó ménos útil en su juicio, se quejan de carecer de capital para poder llevarlo á cabo.

Diríase que la proposicion de que el capital limita la industria ha sido desconocida ó negada por Courcelle Seneuil. Este eminente escritor cree que las fuerzas productivas pueden ser sustituidas unas por otras, al formar una potencia productiva determinada. Es dable, por ejemplo, conseguir un resultado igual, ora del empleo de un trabajo muscular dado, ora del empleo de una máquina que sustituya el trabajo-ahorro al trabajo muscular¹. En nuestro sentir, de un modo general, no es creíble que pueda ponerse en lugar del capital alguna de las otras fuerzas productivas. Alguno quizás objete que diez obreros en sustitucion de cinco, serán capaces de producir un resultado idéntico al logrado por los segundos con el auxilio de una máquina, de una grúa, por ejemplo: entendemos que la observacion no tiene fuerza, porque se trata de un caso parcial y limitado. En absoluto, en el conjunto de la economía nacional, no hay que pensar en suprimir el capital de esa suerte, ni siquiera en sus fracciones ó partes, para conservar igual á sí misma la potencia productiva. Sin el aumento del segundo, la industria no puede extenderse en lo más mínimo, bien que confesemos que no suele permanecer mucho tiempo estadizo, sino que sufre grandes cambios.

La doctrina que nos ocupa es importante por sus relaciones con la produccion en general. Esta se verifica por los tres elementos, agentes naturales, trabajo y capital. El postrero, forzosamente ha de preceder á los otros dos, si prescindimos de la primera y para siempre pasada ocupacion de los dones espontáneos de la naturaleza, en que sin ahorro, por la sola abundancia de las cosas que la vida demanda como necesidades ó placeres, se formaron los primeros capitales, las herramientas y las máquinas animadas. Desde aquel incierto período son aquéllos las avanzadas, las grandes guardias de toda produccion, y hemos de demostrar, siguiendo á Roscher, que cada

1 Tratado teórico y práctico de Economía política, vol. I, pág. 122.

día sucede esto en mayor grado, en mayor escala. A vueltas de esta excelencia de la fuerza económica que estudiamos inerte, sin vida ni movimiento, sólo se agita y marcha al impulso que recibe del trabajo, que auxiliado por ella, sujeta y obliga á que en determinada direccion se muestre la potencia de los agentes naturales. Esta ley económica de relacion, se desconoce en el pensamiento de Courcelle Seneuil que más arriba hemos rebatido.

CAPÍTULO X

El capital se consume pero se perpetúa por medio de la produccion. — Reseña histórica de las doctrinas. — Importancia del principio expuesto. — Obstáculos con que tropieza. — Las fuerzas naturales, la guerra, la impericia. — Influjo que ejercen las riquezas acumuladas en épocas anteriores para realizar los fines económicos. — Nuevo aspecto que puede presentar la historia si la estudiamos con propósito determinado, en relacion con lo dicho.

El capital se forma lentamente y no puede aumentarse con la prontitud que el trabajo, ni del modo indefinido que los agentes naturales: los hombres no pueden eximirse de un consumo extenso de los bienes ocupados y producidos; la poblacion tiende á crecer más y más en cada época. El ahorro es, por otra parte, uno de los esfuerzos más ásperos y penosos que la voluntad puede llevar á cabo é imponerse. En cambio de esta inferioridad, de esta desventaja de aquel elemento productivo, posee una capacidad singular; la de desaparecer y consumirse en una serie de operaciones productivas para transformarse y reaparecer más tarde, siempre y cuando lo empleemos del único modo que permite su naturaleza, es decir, reproductivamente.

J. B. Say ha escrito en la primera de sus obras, que una de las causas de la superioridad del hombre sobre los animales, es la facultad de amontonar capitales. El hombre puede dirigir hácia un empleo cualesquiera fuerzas acumuladas, y que han ido aumentándose desde hace algunos siglos, de padres á hijos. Al

animal no es dable ocupar más que el pequeño número de cosas que un individuo ha recogido, y aún más, de aquellas que ha recogido pocos días antes, á lo sumo en la estacion precedente y que no son nunca muy considerables: de manera que aún suponiendo que tuviese la inteligencia de que carece, le sería casi de todo punto inútil, por falta de instrumentos propios para sacar partido de ella ¹.

Rae dice que el hierro del tiempo de los normandos tal vez servirá todavía para los trabajos industriales de Inglaterra ².

Stuart Mill ha insistido particularmente y dado mucha importancia á lo que él llama uno de los teoremas fundamentales sobre el capital. Al emplear la riqueza acumulada en la industria, la consumimos como otra cualquiera, aunque el consumo no se verifique por el propietario, por el capitalista. Una parte se cambia por instrumentos y herramientas que han de reemplazar á las que el uso ha inutilizado, una parte por semillas ó materiales que se destruyen como tales en el acto de la producción, y el resto sirve para pagar salarios á los trabajadores que los consumen para satisfacer sus necesidades cotidianas, ó bien si conservan una porcion, ésta se destruye de nuevo en las cajas de ahorros, sociedades de socorros mutuos, etc. ³.

Roscher apunta que la mayor parte del capital nacional se transforma continuamente por el consumo y la reproduccion; pero, añade, que bajo el punto de vista de la economía privada, como de la economía pública, decimos que un capital se conserva intacto, se aumenta ó se aminora, segun que su valor no sufre alteracion, se aumenta ó se disminuye. *Pretium succedit in locum rei et res in locum pretii* ⁴.

1 Tratado de Economía política, lib. I, cap. X, vol. I, páginas 90-91.

2 Nuevos principios sobre el objeto de la Economía política, 1834.

3 Principios de Economía política, lib. I, cap. V, pár. 5.º, pág. 84 del primer volumen.

4 Principios de Economía política, pár. 42, vol. I, págs. 93 y 94.—Sr. Colmeiro. Principios de Economía política, 1873, pág. 86.—Señor Carreras y González. Tratado didáctico de Economía política, 1874, páginas 85 y 86.

La potencia ó capacidad de que hablamos, se manifiesta por una aparente destruccion, que mejor podría llamarse transformacion, como cree Courcelle Seneuil. Bien que desaparezcan en su modo de ser primero, las lanas que se cortan del lomo de un merino ó el fragmento que el hacha separa de una secular encina, el objeto elegido, en fin, en el conjunto de sus propiedades y sobre todo en lo que concierne á su utilidad y á su valor, que es lo que directamente importa á la economía política, no se consumen, ni destruyen. Para la ciencia, la mecánica y la química, el sér y la existencia se conservan y hasta se dilatan en virtud del trabajo. En un gran número de años, tras larga serie de transformaciones industriales, la primera materia, los rotos fragmentos de la máquina ó herramienta, no han hecho más que sufrir un cambio que no puede ser sustancial en absoluto, bien que cabe disminucion en su sustancia y aumento en su utilidad, si la produccion fuese dirigida y llevada en alas de un arte inteligente y sabio, y aún es dable tambien, que las cosas destruídas, que al confundirse con las fuerzas y seres del globo, burlan todo acto de posesion del hombre, sean sustituídas por otras de mayor estimacion y en mayor grado provechosas: por estos pasos y términos llegarése á ver una constante é indefinida sucesion de riquezas acumuladas, que han de venir aumentando el estado de las que posee un pueblo en diversos períodos históricos.

Contra esta fuerza de tension y de continuidad, hallaremos algunos enemigos que algun tanto merman y aminoran los capitales que nos proponemos consumir productivamente. La naturaleza, con su poder incontrastable y mudo, arroja al abismo de la destruccion, algunas veces completa, los capitales, como todos nuestros bienes, por el cambio de las estaciones, la diversidad de temperaturas, numerosos seres del reino zoológico, la tempestad en sus periódicas expansiones, el huracan en su invisible y avasalladora carrera: ellos destruyen nuestras fábricas, nuestros caminos, nuestros almacenes, nuestros hogares. En alguna coyuntura favorable salvamos parte de lo que han roto y quebrantado; en otras, inmóviles y llenos de

asombro, nuestro dolor atestigua nuestra impotencia para conjurar estos males.

Las guerras y las revoluciones sociales producen con mayor energía y desgracia el mismo efecto. La guerra despiadada, tala, incendia, reduce á informes y despedazados fragmentos las mismas riquezas que el hombre había paulatina y trabajosamente reunido. De esta suerte se explica la prudente política de Inglaterra, al hacer los mayores esfuerzos para que Napoleón I no llegase á pasar el estrecho de Calais, é hiciese pedazos despues de alguna de sus inverosímiles victorias, las obras públicas, las grandes manufacturas, las máquinas que de un modo prodigioso empezaba á plantear el genio paciente y melancólico de sus insulares. El Sr. Colmeiro, dice muy bien refiriéndose á los obstáculos que al labrador suscitaba la lucha entre los árabes y los cristianos ¹: «Una hora de estrago destruía la obra de las generaciones y de los siglos; calamidades de la guerra que tal vez pesan hoy sobre nosotros, en las inmensas llanuras sin sombra de la Mancha y de la Andalucía.»

Stuart Mill, cree que no es dable justificar el estéril asombro con que algunos miran la prontitud con que adquieren su antigua fortuna y bienestar, los habitantes arruinados por algun suceso natural ó por la guerra; lo que fué destruído estaba destinado á la destruccion ². Lo que no es cierto, como juiciosamente añade su anotador Dussard, más que tratándose de los pueblos ricos, ó lo que es lo mismo, segun haya sido el consumo del capital más ó menos extenso, y la facilidad de servirse del que hayan podido preservar de tan temerosos accidentes y peligros.

El trabajo improductivo, aquella diligencia y aplicacion de nuestras facultades á producir la riqueza con ignorancia, impericia ó una desacertada combinacion de los elementos productivos, ocasiona considerables pérdidas de capital. Se puede

¹ Historia de la Economía política en España, vol. I, pág. 189.

² Principios de Economía política, lib. I, cap. V, pár. 7.º, vol. I, pág. 89.

trabajar con poca destreza como el sastre ó el zapatero que cortan mal é inutilizan un pedazo de paño ó de cuero; con desgracia, como el minero, que despues de haber construído pozos y galerías no encuentra el filon que buscaba. Por más que el hombre al aplicarse á la industria dé muestras de prevision, ésta puede engañarse siempre. Las pérdidas que de aquí nacen, recaen sobre el capital, puesto que en él se resumen y de él salen los adelantos de la obra productiva.

Mas á vueltas de todas estas causas de destruccion del mismo, esa virtud singular que tiene de sufrir pérdidas y quebrantos parciales de alguno ó algunos de sus elementos, y de perpetuarse como la poblacion, oportuno símil de Stuart Mill, que descubrimos en las enormes masas de seculares acumulaciones, hace posible que la industria humana extienda y dilate su poder y crezca sin límite asignable. Las generaciones no pasan inútilmente sobre la tierra, conservan gran parte de la herencia que recogieron de las precedentes, y dejan algo de sus propios afanes, de sus propios esfuerzos. Es ésta á manera de una serie de eslabones de oro que las enlaza y dulcifica sus pesares, y hace más llevaderos sus dolores.

La ciencia con sus máquinas propias, el libro, los instrumentos de mecánica y del laboratorio, de astronomía y de óptica, se abre paso en esos oscuros lugares en que se mueven y caminan algunos agentes naturales que no conocemos ó que no han caído todavía debajo de nuestro poder y de nuestra inteligencia; el empresario aplica la nueva teoría, hija del ingenio, como el relámpago de la rojiza nube á las necesidades de la vida, y el obrero consume, confunde, enlaza, aprisiona, hace cambiar de formas y de colores, y saca como un trofeo de sus robustas manos, de la lana, el algodón, la seda y el hierro. El ingenio y sus dóciles operarios, abren un camino en el desierto y entre los brezos de la selva, levantan los estribos de un puente que une las orillas de un río, ó construyen un palacio, dock ó estacion, tribuna del comercio ó amplísima tienda en que esa misma industria puede hacer circular sus productos. En esta obra continuada sin cesar, en este perpetuo afán del

trabajo de cada día, se aumenta el bienestar y la cultura del mayor número, y las nuevas acumulaciones se unen á las ya existentes, que, como hemos dicho, se renuevan constantemente. ¡Véase qué causa tan eficaz de fortuna y de felicidad, y cómo en su virtud se concibe que el progreso sea fácil y sólo sufra temporales interrupciones y parciales retrocesos! ¡Véase también hasta qué punto sería dable al capital dilatar su influjo y crecer y tomar cuerpo, si no le saliesen al paso las veleidades, las malas pasiones y las malas artes de los hombres!

No se imagine que la cuestion es simplemente de que baje un poco el precio de algunos artefactos, de que nuestros ojos se fijen complacidos en alguna belleza ó primor de muebles, encajes, máquinas ó herramientas: tiene más trascendencia; se trata de extender honestos placeres reservados tan sólo al menor número en la sociedad moderna; se trata de disminuir dolores y penas del mayor número, de prolongar una vida harto breve para seres humanos; se trata de hacer más justa y grande la civilizacion de nuestros días. En todo cabe y áun es necesario que intervenga el capital; es sinónimo de poder, de fuerza, de medios que se reunen y amontonan en el orden material. De suerte y manera que tiene estrechas relaciones con el tiempo y su constante marcha. Es dable conservar más ó menos el capital por la reproduccion de sus elementos, pero dependemos del acumulado por nuestros padres. Sus consumos, sus guerras, sus imprudencias, sus errores, sus faltas de prevision, han restado sin duda más ó menos de la suma total y posible de las acumulaciones que tuvieron ocasion de dejarnos. Será este en lo sucesivo, un nuevo y muy importante aspecto de la historia. Estudiaremos un período histórico, un pueblo no tan sólo en sus principios políticos, en sus empresas guerreras, en sus leyes civiles y administrativas, mas tambien bajo el punto de vista económico, en el desenvolvimiento de su economía nacional. ¿Quién duda que una vez puesta la mira en este orden de reflexiones, será preciso hacer un balance severo de la herencia que nos dejó la República y el Imperio romano, y otro poco ó nada favorable para los largos reinados de Luis XIV y

Luis XV en Francia? Los primeros convirtieron el mundo en un palacio de estériles é inmorales consumos, osando maniatar la industria y el comercio de fenicios y griegos; los segundos, despues de gastos imprudentes y ruinosas empresas, abrieron de par en par las puertas á la revolucion de 1789, que podrá tener muchos admiradores, mas cuya narracion no podemos leer sin lágrimas de ira y de espanto unas veces, si se trata de los verdugos, y otras de dolor y de lástima, si se trata de las víctimas. Esta revolucion causó graves daños á la riqueza de la Francia y no cabe la disculpa de las sendas que abrió al trabajo y las manufacturas, con sus leyes é instituciones: Turgot, sin tan grandes iniquidades, hubiera hecho todo ó la mayor parte de lo que realizó aquel sacudimiento social, pero sin la bancarrota, los asignados y el maximum; sin el sueldo señalado á los ociosos de las secciones. Turgot fué en los últimos años de la pasada centuria, la representacion augusta en el poder, de la ciencia económica. ¡Qué grande diferencia entre la historia de Francia é Inglaterra! En verdad que podríamos dirigir terribles acusaciones á la guerra de las Rosas, mas una vez transcurrido aquel temeroso período, los mismos príncipes de la dinastía de Tudor, que comienza en un avaro y concluye con una mujer harto amiga del privilegio y de su autoridad soberana, la misma revolucion de 1649, cuidaron mucho, hecha abstraccion de los errores de la época, de cuanto concierne al desarrollo de la industria y del comercio, de la navegacion y de las artes ¹.

Necesario es advertir que la más provechosa actividad de la generacion actual, no puede suplir las acumulaciones que hereda de las pasadas; ya lo hemos dicho y tornamos á repetirlo; el ahorro es lento y las masas de capital no pueden formarse velozmente; en esta materia es preciso esperar, y á fe que debemos sentirlo; la falta de capital hace inútiles muchas inteligencias y muchos brazos: las mismas mejoras de la industria,

1 V. Blanqui. Historia de la Economía política, cap. XXIX, segundo volumen, pág. 38. — Scherer. Historia del comercio, segundo volumen, págs. 335-340-358.

las hábiles combinaciones del taller y la fábrica, están muy léjos del ideal que concebimos como posible, y lo primero que sería menester para realizarlo no hay para qué decirlo.

CAPÍTULO XI

Relaciones del capital y el ahorro. — Límites de la producción. — Courcelle Seneuil cree que el trabajo tiene dos formas: una de ellas el ahorro. — El autor refuta su doctrina. — Suma de bienes y valores sobre que puede ejercitarse el ahorro. — Causas que producen el deseo y el acto de ahorrar. — Causas que lo hacen más difícil. — No siempre es una virtud. — Condiciones que se requieren para que sea laudable y provechoso. — Daño que el impuesto puede causar al ahorro. — Opinión de Malthus. — Reseña histórica del ahorro en diversos tiempos y lugares.

Hemos dicho más arriba que el ahorro era la causa más importante, ya que no primitiva y absoluta, de que se acrecentasen los capitales. En nuestros días tiene suma importancia ese recurso más fácil de emplear que en las edades pasadas y merece un examen especial y detenido, bien que sin salirnos del asunto peculiar de nuestros estudios.

Los límites de la producción se hallan en la extensión y capacidad productiva de la tierra: podemos tener cuantos obreros nos hagan falta; para darles trabajo se requiere un fondo acumulado que les proporcione primeras materias, alimentos y máquinas; el capital precede al empleo de los agentes naturales y del hombre como productor.

Courcelle Seneuil ha expuesto una doctrina con la que no estamos conformes. Según este autor, el trabajo industrial tiene dos formas; ora aplica á la transformación, al transporte y la conservación de un objeto material cualquiera, las fuerzas del alma y del cuerpo del hombre; ora consiste en un simple esfuerzo del espíritu, en cierto modo negativo, como es abstenerse, cuando se ahorran riquezas existentes en la previsión de necesidades futuras. Ni por yerro, ni por metáfora, según afirma,

considera al ahorro como una forma del trabajo industrial y por consiguiente como una fuerza productiva. Exige un penoso esfuerzo del orden moral y es un trabajo como el esfuerzo puramente muscular; es productivo, porque producir ó dejar de consumir tienen el mismo resultado, á saber; el aumento de las riquezas existentes: si se forman estas riquezas por medio del trabajo muscular, se conservan por medio del trabajo-ahorro, causa directa y única de la duracion del capital ¹.

No es nuestro ánimo negar que es el ahorro un esfuerzo penoso, pero sí que sea del mismo género que el trabajo; no consumir es abstenerse simplemente, es el imperio de una abstraccion, de una idea á que sigue un movimiento de la voluntad: no hay en este acto concurso de las aptitudes y facultades humanas, no hay el cansancio y la angustia que nacen del trabajo: las riquezas creadas no están destinadas inmediatamente al consumo; hay profunda diferencia entre privarse de lo necesario para la vida y de cosas superfluas; el ahorro puede rayar en los confines de un dolor moral; puede ser muy fácil para el hombre de vida regular y modelada por principios morales; no es posible que aumente las riquezas existentes, ántes de que él limite el consumo, las fuerzas productivas habrían creado tales objetos y valores; ahorrar es separar una parte del consumo y no más; es llano que si el ahorro fuese trabajo sería fuerza productiva y esto último no puede ser exacto, porque es sabido que no puede estimarse como agente de la produccion lo que no crea la riqueza; ¿es dable al mendigo por ventura, aumentar los bienes existentes, si no puede trabajar y apenas recibe de la caridad el pan preciso para que no caiga desfallecido de hambre? — El ahorro es un esfuerzo que aparece después que la fortuna creada ya se halla en nuestro dominio y debajo de nuestro poder.

Por estas razones, creemos que no acierta Courcelle Seneuil al confundir entre las formas del trabajo el ahorro.

¹ Tratado teórico y práctico de Economía política, primer volumen, págs. 32-89-90.

Estamos de acuerdo con Stuart Mill, en que el aumento del capital debe depender de dos cosas: la suma del fondo ó bienes sobre que debe operar el ahorro, y la energía de los motivos que nos impelen al último. El primero, es el excedente del producto que queda despues que han acallado las necesidades de la vida todos los que han tomado parte en la produccion, comprendiendo tambien los productos necesarios para reemplazar las materias primas y para renovar el capital fijo. Nunca será posible ahorrar más que este sobrante: es el fondo sobre que subsisten todos los que no están empleados en la producción y en virtud del cual se forman nuevos capitales. La suma de este excedente, de estos sobrantes es uno de los elementos que determinan la cantidad total del ahorro. Cuanto mayor fuese la primera, tanto más fácil será realizar y acrecer la segunda.

Uno de los motivos que dan origen á la última es la esperanza del lucro ó beneficio que podemos sacar del capital. Lo que excita á crearlo, no es la totalidad de los bienes que proporcionan los medios para que aquél se verifique, ni la totalidad del producto neto de la tierra, del capital y del trabajo de un país, sino tan sólo la parte de este producto neto, que constituye la remuneracion del capitalista, y que se llama el interés del capital¹. Las causas que impulsan y llevan á la acumulacion son del órden moral, y se manifiestan con más ó ménos energía, segun el estado de cultura del hombre y de la sociedad. Todo linaje de acumulacion, supone el sacrificio de lo presente á lo porvenir, y puede haber grandes diferencias respecto al dolor que produce y á la estimacion que los hombres tengan y concedan á realizar el acto á que aludimos. Comparando las probabilidades de lo porvenir con las seguridades de lo presente, la incertidumbre de las cosas futuras es un elemento muy importante, en el que es forzoso admitir diferentes grados. Todas las probabilidades de que podremos aprovecharnos del tiempo venidero, ó podrán aprovecharse nuestros hijos, aumentarán la fuerza

1 Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. I, cap. XI, vol. I, pág. 186 y siguientes.

del deseo de ahorrir. Un clima sano, saludables trabajos, una vida tranquila y larga estimulan al ahorro. Lo opuesto sucede con los climas mortíferos y las profesiones expuestas á mil peligrosos azares. La guerra y la peste, suelen tener por séquito, como algunos de los males que originan, la prodigalidad y el lujo. Por analogía todo lo que inspira seguridad social, el imperio de las leyes y el orden, tienden á robustecer la eficacia de los motivos de acumular y de separar del consumo las riquezas logradas¹. El respeto á la propiedad, la justicia dispensada sin engaños, sin gastos de monta, un Gobierno sólidamente establecido y fuerte, que aleje todo temor de anarquía, producen los mismos efectos.

Un mal Gobierno puede retrasar el crecimiento del capital y ejercer un funesto influjo sobre el ya acumulado, de suerte que el conjunto del pueblo sea pobre. Así aconteció si disipa el segundo en la guerra, si arrebató á sus súbditos de las artes de la paz, á fin de prepararlos para luchas futuras, y si exige grandes impuestos para sustentar las tropas. En las Islas Británicas se quitó al pueblo cerca de 150 millones de duros de su salario para pagar la deuda nacional, y los impuestos se reparten de manera, que la mayor parte de esta enorme carga pesa sobre el jornal de los trabajadores. Los ahorros del trabajo dan además 50 millones que se emplean en sustentar escuadras y ejércitos destinados á mantener la soberanía de Inglaterra sobre lejanas colonias, á fin de que no puedan producir los artículos que los industriales y los tenderos de la Gran Bretaña desean vender, y para traerles en retorno las viandas y materias primas que desean comprar. Sufre gravámenes la mayor parte de los habitantes para sostener los ministros de una iglesia, cuyas enseñanzas rechaza, principalmente porque estima que paga contribuciones sin su consentimiento. Hace doscientos años que el aldeano se halla preso en su parroquia por el sistema de leyes que conciernen al pauperismo; porque otras parroquias no

1 Rae. Nuevos principios sobre el asunto de la Economía política, pág. 123 y siguientes.

quieren consentir que se establezca en ellas, por miedo que el gasto de su sustento no venga á aumentar su contribucion de pobres. Resulta de esto, que en muchos lugares de Inglaterra se ve obligado á andar cuatro ó cinco millas por la mañana, para ir á su taller, y otras tantas por la noche para volver á su casa. Para facilitar la cobranza del impuesto, se han exigido diversas restricciones en los modos y métodos de manufacturar los artículos sobre que recaen derechos de consumo ó de excise, que no han servido más que para detener y crear embarazos á la industria. No hay que sorprenderse, si con semejante sistema la retribucion del trabajo ha sido harto baja, para permitir á la gran masa del pueblo que haga ahorros importantes, y que el capital no se haya aumentado en general, sino en virtud de las economías hechas sobre los intereses ¹. Si todo esto puede decir un anglo-americano de Inglaterra, y no hay pueblo alguno de Europa que merezca los elogios que aquella nacion por lo que atañe á la esfera económica, ¿qué diremos de las reformas que debían plantearse y llevarse á cabo en las demás? Si en ellas parásemos mientes y hablásemos de sus impuestos, muy tristes reflexiones vendrían á agolparse á nuestra inteligencia. Los Estados Unidos, á los que pertenece el autor citado, deberían ser juzgados con dureza tambien, despues de la guerra civil y por sus leyes restrictivas opuestas á los buenos principios. La ciencia anhela vivamente un cambio en la política de los Gobiernos europeos, en virtud del cual los obstáculos al ahorro desapareciesen, y el capital apenas formado no fuese á parar al abismo de poco ó nada razonables consumos. Al formular de esta suerte los principios de la materia, no tenemos la esperanza de que se lleven á la práctica, que estamos muy léjos de ignorar que el mundo sigue muy diversos caminos.

El ahorro no consiste solamente en guardar dinero; consiste además en construir edificios, mejorar las tierras, aumentar las aptitudes propias de la familia y de los obreros, acumular materias primeras y auxiliares, fabricar máquinas, etc.

1 Peshine Smith. Manual de Economía política, pág. 183 y sig.

No siempre el ahorro es una virtud. Para que merezca este nombre, necesario es que reuna ciertas condiciones. En primer término, debe estar inspirado por un móvil puro; cuando tiene por estímulo el deseo de atesorar sólo con el fin de complacerse en las riquezas acumuladas, degenera en sórdida avaricia; y cuando se verifica para ejecutar actos viciosos es inmoral, y en algunos casos culpable. El móvil del ahorro debe ser el deseo de reunir recursos para ejecutar actos buenos y útiles. En segundo término, los hechos deben corresponder al móvil determinante de la voluntad, ó lo que es lo mismo, los resultados han de servir para producir útilmente ó para atender á la satisfaccion de necesidades futuras, que sean racionales y legítimas ¹. Aun cuando aquél se debiese á inspiraciones de un mal deseo, si más tarde, por arrepentimiento ó por otras causas, aquéllas no se tradujesen en hechos, las sumas acumuladas reunirán las circunstancias precisas para ser empleadas en la produccion, habráse formado la materia propia de un capital.

No acumulan sólo los individuos: el Estado, las corporaciones administrativas, las sociedades de vario linaje, hacen lo mismo en los edificios, caminos, puertos, bosques, desecacion de pantanos, compra de máquinas, trabajos en las minas, etc.

El impuesto puede ser enemigo del ahorro: sucede así si no deja bastantes productos á los particulares para que se sientan más bien inclinados á la industria que á la ociosidad, á la vida activa que á la perjudicial pereza. Se limitaría lo porvenir de la sociedad á algunos fugaces placeres, á algunos momentáneos goces si los tributos no permitiesen aumentar la masa de la riqueza, dejando hacer en cada año nuevos ahorros ². Malthus formula en este punto una opinion singular, y después de él no repetida por nadie. Segun el mismo autor, los productores

1 El Sr. Madrazo. Lecciones de Economía política, vol. I, páginas 490 y siguientes. — Sr. Coll y Masadas. Principios de Economía política, págs. 232 y siguientes.

2 Du Puynode. De la moneda, del crédito y del impuesto, segundo volumen, págs. 66 y 67. — Pág. 249.

tienen tal deseo de ahorrar y de aumentar sus capitales, que producirían demasiado si no hallasen obstáculo alguno: de no haber impuestos, bien pronto dejarían de hallar salida para sus géneros ¹. Estimamos y tenemos por erróneo el parecer del economista inglés, siempre sombrío y temerario en sus afirmaciones; pudiera llamársele el sabio de la desesperación. Chevalier prueba en uno de sus notables escritos, que hay necesidad de que se aumente, de que sea mayor el bienestar. Sólo existe un país en que hay exceso en la acumulación, que es la Gran Bretaña; en el resto de Europa sucede lo contrario, y para convencerse de ello, no hay más que fijar un momento la atención en la cuota corriente del interés. Mas aún dando de barato que fuese cierta la afirmación del sacerdote anglicano, todavía tendríamos por seguro y exacto que el impuesto jamás debería servir para encantar el ahorro; primero, porque debe ajustarse á reglas de necesidad y conveniencia, que no es permitido desconocer ni quebrantar; y segundo, porque el exceso de la acumulación, como ha dicho muy bien Bastiat, tiene un remedio muy fácil y agradable, el consumo, y es preferible el causado por los particulares, que el nacido de falsas ideas gubernativas, de errores que cometa el Estado.

Nos resta trazar sumariamente la reseña histórica del ahorro.

Los pueblos cazadores no pueden formar ni reunir capitales en grande escala, porque los productos que obtienen por su industria se destruyen velozmente. No diremos otro tanto de los pueblos pastores, para los que constituyen grandes riquezas empleadas productivamente los mismos rebaños, bien que la sencillez extremada de las necesidades, la precisión de que todos los objetos de la tienda puedan transportarse, deben disminuir forzosamente las sumas acumuladas. La industria y el comercio son las fuentes de que brotan con abundancia. Los antiguos nos han retratado como la imagen de colosales riquezas, Tiro, Cartago y el Peloponeso, es decir, los parajes en que aquellas artes recibieron mayor culto. En los pueblos antiguos

1 Principios de Economía política, cap. VII.

hubo escasa acumulacion de capitales; el ideal político que á la sazón se profesaba, las leyes civiles é internacionales, las máximas de la filosofía, las preocupaciones opuestas al trabajo industrial y mecánico, las guerras frecuentes y asoladoras, ve ahí causas bastante poderosas para la generacion de este hecho. Esparta, según refiere Boeckh, mandó que las personas y los animales ayunasen un día entero, para socorrer con el producto de este ayuno forzado á los habitantes de Samos. Los tebanos no pudieron recobrar su ciudadela, porque carecían de cinco talentos. Causó un gran embarazo, y puso en grave aprieto á la República romana, cuya agricultura era ya floreciente, tener que pagar á Breno y sus soldados 2.000 libras, es decir, poco más de ¡un millon de pesetas! No es maravilla que el ahorro, que el aumento del capital se exigiese entónces por la fuerza á los esclavos, á los ricos, á los acreedores, ora demandando á los unos esfuerzos sobrehumanos en el cultivo de los campos y en los talleres de las casas, ora por la adopción de las leyes agrarias á los otros, ora perdonando en todo ó en parte las deudas contraídas á favor de los últimos. No es tampoco maravilla que la guerra, despojando á los vencidos, abriese anchas puertas á la agregación de nueva fortuna á las riquezas ya poseídas por los vencedores. La política se encargaba de adquirir los bienes acumulados que fuesen precisos para determinadas clases y circunstancias.

En los siglos medios empleaban también la violencia los reyes y los magnates para arrancar sus tesoros á los judíos, que hábiles mercaderes sabían reunirlos. Así Juan *Sin-Tierra* dió tormento á Bristol venciendo su avaricia. Había muy pocos capitales en este período histórico. Muchas tierras fueron abandonadas *propter inopiam*, por pobreza; los cruzados empeñaron ó vendieron sus propiedades para tomar parte en la grande empresa, de lo cual se aprovecharon los hombres del estado llano; Cibrario, en el índice por orden alfabético de su historia de la Economía política en la Edad media, no emplea el vocablo capital; Ricardo, *Corazon de Leon*, murió sitiando el

castillo de Chalus, en el Limosin, por querer apoderarse de un tesoro allí guardado.

Sin embargo, la industria era floreciente y brotaban de su seno las riquezas. En el siglo XIII, Lóndres era una ciudad rica é influyente: en ella brillaban las letras y las artes; gracias á los monjes cistercienses, era importante el comercio de la lana, cuya mayor parte se exportaba por los florentinos y los lombardos.

Santiago Coeur reunió gruesos capitales haciendo el comercio de Levante. En la guerra que emprendió Cárlos VII para conquistar la Normandía, prestó los fondos necesarios porque el Tesoro estaba exhausto. Entregó unos 24 millones de francos, diciendo al Rey: «Señor, cuanto tengo es vuestro.»

En la república más fecunda en riquezas y obras maestras, hubo una familia de mercaderes ilustres que legaron su nombre á uno de los tres grandes siglos de la humanidad, que fueron los Médicis. Juan de Médicis fundó en 1400 la fortuna de su familia. Afable, prudente, laborioso, poseyendo en el más alto grado el genio mercantil, acumuló riquezas inmensas, y algo melancólico, si hemos de creer á Maquiavelo, aconsejó á sus hijos que no intervinieran en los negocios públicos. Sus hijos manejaron con gloria y con destreza la fortuna de su padre.

El nacimiento del crédito y la fundacion de los Bancos, ejercieron un gran influjo en la materia que nos ocupa. Disminuyeron el gasto de capital fijo, para de este modo dar incremento al circulante. Reuniendo en un haz los capitales, y haciendo posible su empleo y uso en varias operaciones al mismo tiempo, tuvo más incentivos el ahorro y fueron más cuantiosas las acumulaciones.

Los holandeses hallaron en el mar el camino de su próspera fortuna, en el comercio de transporte y economía y en sus posesiones de las Indias orientales los orígenes de su grandeza mercantil. El comercio universal había acumulado en Holanda tal masa de capitales, que en parte alguna tenía ménos precio el dinero. Cuando empezó á declinar, los ahorros y

reservas de una época anterior no hallaron salida y se vieron obligados á emigrar. Los grandes Estados que tenían necesidad de recursos extraordinarios para hacer la guerra, encontraron en Holanda una oferta preparada. A fines del siglo xvii, la Inglaterra y la Francia negociaron allí sus primeros empréstitos. También salieron de aquel país capitales para alimentar empresas particulares. Así á los mismos se debe alguna hacienda de los ingleses y franceses en el Nuevo Mundo.

En Francia predomina la costumbre de cercenar los consumos para tener grandes ahorros en dinero, que muchos guardan sin darles empleo alguno. Por esta causa se cubre muy pronto la cifra de los empréstitos, y en dos ocasiones tan solemnes como desgraciadas, en 1815 y 1871, pudo pagar aquel pueblo, con sorprendente facilidad, enormes y nunca exigidas en el curso de la historia, contribuciones de guerra.

En algunos países de Europa, y en lugar alguno más que en Inglaterra, no se puede estimar como muy alto el grado ordinario de economía y de prevision que existe entre los que viven del trabajo de sus manos; sin embargo, en una parte muy numerosa de la sociedad, en las clases consagradas á profesiones especiales, en las industriales y mercantiles que reúnen más medios y más motivos de ahorrar, el espíritu de acumulacion es tan poderoso que dan en rostro las señales de un aumento rápido de riqueza.

En Inglaterra concurren muchas circunstancias que fortifican la aptitud para ahorrar. Se ha eximido por largo tiempo de los males de la guerra, y desde hace más todavía, su propiedad obtiene garantías contra la violencia de las tropas y las espoliaciones arbitrarias; las causas geográficas que en la industria, más bien que en la guerra, han dado origen al poder de la Gran Bretaña han dirigido los caracteres más emprendedores y enérgicos por las vías de la industria y el comercio; la reforma de las instituciones políticas ha dejado libre curso á la actividad individual y al derecho de asociacion; tiene valor facticio la posesion de la riqueza puesto que es sinónimo de fortuna. Secunda la accion de estas causas la falta de aficion del

pueblo á los goces personales, y aparece como opuesta y enemiga la inclinacion á gastar, á los gastos del lujo y de comodidad.

La China nos ofrece un cuadro bastante fiel de una situacion intermedia entre los pueblos antiguos y los de la Edad media y moderna. Acumula más que los primeros y ménos que los últimos. Los chinos tienen una prevision y un imperio sobre sí mismos, superiores á los de los demás pueblos del Asia é inferiores á los de Europa. Vese la prueba de este aserto en la mayor ó menor duracion de las cosas necesarias para la vida. La peculiar de los objetos chinos, puede señalarse como un término medio. Las casas se fabrican con maderos que se secan al fuego y con tierra que se les mezcla; los instrumentos agrícolas son casi todos de madera; al fabricarlos sólo se emplea el hierro en corta proporcion. Casas y herramientas se consumen así muy pronto.

¿ Es posible en todos los pueblos economizar, acumular capitales? Un país rico, en donde la produccion es fuerte y robusta puede cercenar fácilmente sus consumos, aglomerar los ahorros y no sólo conservar á la misma altura su riqueza capital, sino acrecentarla de día en día. Un país pobre, en que el movimiento de la riqueza aunque progresivo sea flojo y lánguido, habrá de vencer mayores obstáculos para allegar capitales, porque ménos puede rebajar de sus consumos. Así como la riqueza presente ofrece garantías de conservacion y estabilidad, así tambien la pobreza actual sirve de rémora á la prosperidad futura. No obstante, la senda del progreso abierta queda tambien para los pueblos pobres y atrasados en civilizacion. Al principio se moverán á pasos tardos y perezosos, aunque siempre ganando terreno: luégo precipitarán un poco más su movimiento y sensiblemente irán aumentando en rapidez á no ser que salgan á entorpecer su carrera un Gobierno de mala fe ó de buena índole, pero torpe, ó bien los hábitos del pueblo opuestos al riguroso principio de la economía. Y la explicacion de este fenómeno se halla en que las fuerzas productivas del hombre y de la naturaleza son tan pujantes, que cuando una

poderosa resistencia no las combate ó neutraliza, crean más riqueza de la necesaria para el consumo.

El hombre no es grande en la industria como en la moral y en la civilizacion, bajo todas sus fases, sino en proporcion del tiempo que abrazan sus pensamientos, prevision ó recuerdos. No hay tanta diferencia como se cree vulgarmente, entre el que corta el árbol para coger el fruto y el que no planta por miedo de no disfrutar de lo plantado, y que envidia la sombra á la posteridad. La civilizacion existe por la creencia en lo porvenir, porque si los individuos están expuestos á engañarse con frecuencia en sus esperanzas, á causa de lo breve y frágil que es su vida, las sociedades no sufren tales decepciones, ni corren los mismos peligros y pueden durar de un modo indefinido ¹.

CAPÍTULO XII.

Relaciones del capital y el salario. — Necesidad de las mismas. — Historia y naturaleza del salario. — Creemos es distinta la ley reguladora del último que la indicada por Stuart Mill. — Demostracion de que el salario se determina por el capital y el precio de las subsistencias. — Servicios que presta el capital á los obreros. — El capitalista es necesario. — No hay antagonismo entre el capital y el salario. — Pruébese la falsedad de los dos asertos: 1.º, que cuanta más parte de productos toque al capital, ménos tocará al trabajo y viceversa; y 2.º, que percibe más que el que trabaja el que huelga, ó por lo ménos vive de ahorros y no sufre privaciones. — La mayor parte del capital se emplea en salarios. — El aumento del capital mejora la condicion de los obreros.

Hemos procurado ántes de ahora probar que el capital es necesario á la produccion, y no hay para qué decir que probar esto significa plenamente que han de existir numerosas relacio-

¹ Rau. Tratado de Economía nacional, págs. 317-320. — Chevalier. Curso de Economía política, vol. I, págs. 333-334. — Du Puy. De la moneda, del crédito y del impuesto, vol. II, págs. 6 y 7. — Cibrario. Historia de la Economía política en la Edad media, vol. II, páginas 121-256. — Blanqui. Historia de la Economía política en Europa, cap. XX, vol. I, pág. 279 y siguientes; cap. XXX, vol. II, pá-

nes entre este agente de la produccion y los demás. Examinando las ventajas y excelencias del capital, queda tambien advertido que proporciona un fondo de víveres, primeras materias, herramientas, etc., á los obreros; y que el trabajo no podía aparecer y desenvolverse más que á expensas y merced de un capital. Los obreros no pueden esperar el diario sustento, que mejore su condicion, que su vida sea ménos dura y áspera, sino en virtud de mayor porcion de anuales acumulaciones á que puedan tener derecho, y que se les entregue como salario, es decir, como recompensa del trabajo manual.

Si consultamos la historia, veremos que la remuneracion de los trabajadores despues que fueron declarados libres, consistió en una parte de los productos que habían preparado, ó bien en el sustento que hallaban en casa de su señor ó de su maestro. En la Edad media el salario de los criados, la domesticidad extendióse á toda clase de labores y trabajos. Hoy mismo damos un jornal en dinero, es decir, la retribucion de un día de trabajo á nuestros operarios; mas no se imagine que toda la suma de capitales que se emplea en pagar salarios, es necesaria á la produccion. Todo aquello que excede de las necesidades de la vida ó de la salud de los obreros, se destina á premiar ó remunerar, pero no á alimentar y sostener el trabajo, y en rigor sería dable á los trabajadores esperar para el cobro de aquella cantidad, á que se terminasen las operaciones de la produccion. Es más todavía: si suponemos que las clases obreras han logrado tener algunas economías, que pueden vivir durante algun tiempo y aún soportar la pérdida ó el mal éxito de una industria determinada, que sufre la accion de circunstancias

gina 50 y siguientes. — Scherer. Historia del comercio. Los holandeses, VI, vol. II, pág. 323 y siguientes. — Roscher. Principios de Economía política, pár. 220 y siguientes. — Stuart Mill. Principios de Economía política, vol. II, págs. 191-202. — Sr. Colmeiro. Tratado elemental de Economía política ecléctica, vol. I, págs. 137-138. — Courcelle Seneuil. Tratado teórico y práctico de Economía política, vol. I, pág. 89.

adversas ó cuyas salidas temporalmente se cierran, no es opuesto á las buenas doctrinas que imaginemos desaparezca la actual forma del salario para dar paso á la que nace y se deriva de la ciencia pura, de la economía racional.

Trátase de una industria cualquiera, tenemos lugar y talleres para fundarla; primeras materias, herramientas, máquinas, carros de transporte, etc. ¿Nos faltan operarios? Llamaremos á los que sean peritos y diestros en el arte ú oficio á que pertenece nuestra fábrica. ¿Qué contrato celebraremos con ellos, siguiendo los consejos de la Economía política? Uno muy sencillo. Mediante una division equitativa de pérdidas y ganancias, señalaremos las varias fracciones de las unas y de las otras que deben corresponder á capitalista y obreros, una vez que hayamos dado cima á la empresa y vendamos al mercader nuestros productos, si es que hallamos quien quiera comprarlos. Obedeceremos, en suma, á las leyes peculiares de la distribucion de la riqueza y daremos á cada uno el galardón que merece, segun fuere su concurso, su actividad y su fortuna en la cooperacion y la serie de los trabajos productivos. ¿Es posible realizar hoy semejante linaje de retribucion del trabajador? Dos causas se oponen á ello: la primera que éste no cuenta con los medios necesarios para vivir durante el plazo que es forzoso transcurra para que el producto salga acabado de sus manos; y la segunda, que en su defectuosa educacion, en su rudeza y por sus preocupaciones, carece en la mayor parte de los casos de la aptitud precisa para comprender y, sobre todo, someterse, subordinar su voluntad á las abstracciones, á la determinacion hipotética, á las previsiones que supone el estado de cosas que acabamos de describir, el cual, por otra parte, es posible, y tanto, que creemos se verificará y será la ley normal de lo porvenir.

Si semejante progreso se realizase, ¿desaparecería el arriendo de servicios y aparecería en su lugar un capitalista, que, como otro cualquiera, colocara sus fondos en aquel ramo de industria, como dice Stuart Mill? No lo estimamos así. El motivo por el cual le entregaríamos una parte de beneficio en aquel

caso no sería interés de un capital sino remuneracion de trabajo; él no nos habría prestado un capital sino que nos hubiera ofrecido su trabajo. No negaremos que fuera dable al capitalista comenzar las empresas con menor suma de capitales; que pudiera restar de la misma aquella parte considerable que anticipa todas las semanas á los operarios y de cuya pérdida no se resarce si tienen mal éxito sus negocios. Pero si bien se mira, esta objecion carece de fuerza, porque el beneficio que pertenece al obrero por su esfuerzo debe dársele íntegro en el salario y éste se disminuye en nuestros días; primero, por la necesidad de pagar al capitalista el premio ó retribucion del anticipo que concede á sus obreros; y segundo, por el descuento á que sujeta el salario de la parte proporcional y afere á la seguridad ó abstencion de todo riesgo, que es lo que caracteriza la remuneracion del jornalero; de modo que la cuenta viene á ser la misma; que el capital, en rigor de verdad, no se disminuye ni se aumenta porque se cambie ó no se cambie la forma del salario ¹.

Sí haremos notar que, de todas suertes, los obreros no pueden prescindir del capital; han de tropezar siempre con él como compuesto de primeras materias, máquinas, etc., las que han de tener un poseedor; y porque si pudiesen esperar, esto se debería á que ellos mismos serían dueños de ahorros suficientes para mantenerse por más ó ménos espacio de tiempo. En el estado actual de los trabajos mecánicos, partiendo de los hechos contemporáneos, es decir, de la retribucion por anticipo de la mano de obra, descúbrense estrechas relaciones entre el capital y el salario, estudiando la ley reguladora de la cuota corriente de este último. Stuart Mill ha expuesto de un modo muy preciso, segun su costumbre, la teoría de esta ley. Hay

1 Stuart Mill. Principios de Economía política, vol. I, págs. 68, 69 y 472. — Rossi. Curso de Economía política, vol. III, págs. 43-47. — Bastiat. Armonías económicas, págs. 360 y 361. — Peshine Smith. Manual de Economía política, pág. 138. — Sr. Carreras. Tratado didáctico de Economía política, págs. 326-334.

muchas opiniones entre los autores ¹, mas nosotros nos contentaremos con exponer y mostrar nuestro disentimiento respecto á la de Stuart Mill, para no salir de los límites de esta monografía. Depende el salario, dice el autor inglés, de la relacion existente entre la poblacion y el capital; el primer vocablo no significa, en este caso, la suma total de la poblacion, ni el segundo la suma íntegra del capital que posee un pueblo. Entendemos por el uno el número de personas que tienen el deseo y la aptitud necesaria para trabajar. Puede haber individuos y familias que quieran dedicarse al trabajo, y la enfermedad, la vejez, la falta de aprendizaje harán que sea inútil su demanda de trabajo; puede haber individuos y familias perfectamente aptos para las faenas industriales, y abstenerse de las mismas por falta de voluntad; los vagos, v. gr. Así, no comprendemos más que el número de habitantes de un país que unen al deseo la capacidad. Entendemos por la otra y ántes empleada palabra, el ahorro que se destina á remunerar á los obreros; es decir, que hacemos abstraccion del capital fijo y nos referimos á la mayor parte del circulante. Esta fórmula es tan rigurosa, segun Stuart Mill, que el salario no puede aumentarse ó disminuirse si no es por el cambio que experimente uno ó ambos términos de la relacion. El salario será mayor si se aumenta el capital y la poblacion permanece estacionaria; si siendo el mismo el capital la poblacion se disminuye, y si el capital acrece más aprisa que la poblacion: el salario será menor si el capital se disminuye y la poblacion no sufre cambio alguno; si el capital no se aminora, pero se aumenta la poblacion, y si el capital se disminuye más aprisa que la poblacion ². Esta ley es exacta y preferible á las expuestas anteriormente por los autores, siempre y cuando nos encerremos en el momento actual ó tratemos de un período determinado y breve;

1 Rossi. Curso de Economía política, vol. III, págs. 182 y siguientes, trata extensamente de estas opiniones.

2 Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. II, cap. XI, volumen I, págs. 390 y sig.

no es, por tanto, una ley absoluta y necesaria, sino relativa y subordinada á un tiempo y un espacio circunscritos. Para darle los caracteres que le faltan, para transformarla del modo y de la suerte que acabamos de decir, debe eliminarse, en primer término, la poblacion; el capital tiene la virtud de abrir las puertas á la vida del hombre. Habiendo medios de vivir, trabajo remunerado, ¿se concibe que la poblacion se disminuya voluntariamente? Un pueblo de trabajadores célibes por el solo fin de tener más riquezas, más bienestar, mayor desahogo, no se ha visto jamás; la historia no ha referido nunca semejante estado de costumbres y de ideas. Se concibe la restriccion moral para huir de los sufrimientos de la miseria, por miedo de no poder sustentar á nuestros hijos, de decaer en nuestra condicion social, pero no para dar aumento al salario. El móvil que en tal hipótesis se supone podrá servir de norma á la conducta de algunos hombres, pero no será nunca la de la muchedumbre.

Donde dos personas pueden vivir cómodamente, allí se forma un matrimonio, ha escrito Montesquieu; Malthus, al formular su famosa ley de la poblacion, parece más bien dominado por la duda que por la esperanza de que el obstáculo que él enaltece, la restriccion moral, llegue á tener aplicacion en la vida; el atractivo que lleva y arrebató un sexo hácia el otro es tan enérgico y universal, que, á pesar de los motivos religiosos, políticos, sociales y nacidos de la opinion que lo contrarían, vemos más bien exceso que defecto de poblacion; por otra parte, la abstraccion en virtud de la cual las clases obreras de un tiempo determinado, en su mayoría renuncian á todo enlace para obtener un alza de salario es de tal linaje, tan violenta, tan ajena á la realidad, que trasciende á ciencia, á hipótesis de la filosofía, á solitaria meditacion de los pensadores; y no se alegue que tal hecho, de ningun modo probable, no es necesario para que la ley reguladora del salario sea una verdad, porque si no lo admitimos, la poblacion vendrá á regularse por el capital circulante, y no nos será permitido decir que los obreros tienen en sus manos uno de los elementos

de la determinacion del salario ¹. ¿Por ventura tiene derecho la ciencia para prescindir completamente de la historia y aún para anularla en la formacion de sus doctrinas? Estudiando al hombre en sus facultades, en sus deseos, en sus tendencias, en su desarrollo, ¿no es verdad que llegaremos á persuadirnos de que si no siempre, en el mayor número de casos, abrirá las puertas de su corazon á las alegrías del hogar, á los placeres de la familia miéntras pueda alcanzar una retribucion suficiente para las necesidades de la vida? Y si bien se mira, no podremos exigir más; el celibato puede demandarse en nombre de la prudencia, pero no en nombre de las mejoras sociales; estas son utopias por que se ha dejado llevar, á causa de su falsa filosofía, Stuart Mill.

Aceptando, pues, que el capital es un fondo de víveres, de primeras materias, máquinas, herramientas, etc., que constituyen forzosos adelantos ó anticipos del trabajo, vendremos á parar á la consecuencia de que el salario se halla en estrecha relacion de dependencia y subordinacion con él. Mas profundizando algo más en la grave doctrina que nos ocupa, creemos que para formular la ley que rige al segundo, es preciso añadir el precio de las subsistencias. No niega el autor inglés que éste influye en la retribucion del trabajo, si expone que la carestía de las subsistencias, en vez de ser causa de alza de salario, obliga á los obreros á trabajar más por una retribucion menor, si fuere pasajera; y si constante, disminuye la poblacion por un aumento de la mortalidad, y así se produce un alza en el salario; pero es simplemente por una disminucion en el número de partícipes del capital. Nos parece que el famoso escritor señala al expresarse así, los efectos del precio de las subsistencias; pero no las causas. La suma de los medios de existencia que deben adquirir los obreros en cambio y trueque de su salario, depende hecha salva de algunas circunstancias, de su cantidad. Admitiendo la influencia que los agentes naturales tienen en la

1 Roscher. Principios de Economía política, pár. 163, vol. II, página 47.

produccion agrícola, y huyendo del error de Carey y Bastiat para quienes el espacio y sus fuerzas primitivas é imperecederas deben juzgarse escasa, si alguna importancia, habremos de admitir que cualquiera que fuere la poblacion, la parte de víveres, combustible, habitacion, etc., que puede prometerse cada individuo, está en razon directa de la masa total de los medios de existencia que nos suministra la tierra. Así para una poblacion de 20 millones, será lo mismo que la industria agrícola le proporcione 20 millones de hectólitros de trigo, que para una poblacion de 10 millones, 10 millones de hectólitros; la porcion de trigo que á cada individuo puede tocar, es la misma en ambos casos, un hectólitro. Verdad es esta que tiene su explicacion en la ley de la oferta y la demanda y del precio. La oferta de cereales, no puede aumentar en todo tiempo al tenor del deseo y de los medios de adquisicion de los demandantes: una mala cosecha basta para producir este resultado; y no obstante, en el período anual que precede á esa mala cosecha, el agricultor habrá empleado el mismo trabajo y el mismo capital que en otros anteriores. ¿Qué ha sucedido, pues? Que los agentes naturales no han premiado nuestros afanes: en sus misteriosas combinaciones, en su accion lenta é invisible, nos han burlado. Entendiendo por precio las cosas útiles, los bienes y valores que al tiempo de verificarse el cambio damos por otros equivalentes, haciendo abstraccion de la moneda, vemos cómo y de qué suerte, no debiéndose todas las riquezas al trabajo del hombre, las hay cuyo precio depende de su escasez, de la dificultad de la adquisicion. Por este motivo, el discípulo fiel de la escuela inglesa, Stuart Mill, formula con gran penetracion y sagacidad, aquel principio tan importante como poco notado: «Los límites de la cantidad y de la facultad productiva de la tierra, señalan los límites reales de la produccion.» Cuyo principio se aplica al salario, porque éste representa el sustento, la conservacion de las facultades propias del obrero, el premio de sus afanes, el precio de sus placeres y sus medios ó recursos para capitalizar. Así defendemos, á la postre, que la ley reguladora del salario se determina por el capital que se emplea en remunerar

á los obreros, y por el precio y suma de las subsistencias ó medios de existencia, y no puede variar sino ocurriendo un cambio en cada uno ó en ambos términos de la relacion.

Esta doctrina arranca y tiene sus cimientos en las mismas entrañas de la economía política: hállase su gérmen en los principios fundamentales de la ciencia, y encierra profunda filosofía. ¿Las fuerzas productivas son agentes naturales, trabajo y capital; de que ha de depender el mantenimiento é incentivo propios del segundo? De la masa existente y de la facilidad ó dificultad de acrecentar el tercero. Esta regla sólo se aplica al trabajo. El número de trabajadores puede aumentarse indefinidamente; no causa dolor el transmitir la existencia: al paso que la tierra es limitada, y su fertilidad es relativa; y ya hemos dicho respecto del capital, que por suponer detraccion del concurso de las riquezas y existir necesidades ineludibles y fatales, se formaba lentamente.

Despues de haber concebido nosotros en virtud de meditar sobre la materia, la ley reguladora del salario que precede, hemos leído en las obras de Adam Smith y de Rau¹ el mismo modo de pensar, grande fortuna nuestra, por más que nos prive del lauro de inventores de la doctrina que por lo ménos, hemos defendido con argumentos propios.

Importa y atañe á nuestro asunto hacer constar que, por las razones expuestas, el salario depende en su mayor parte del capital. Mas esta dependencia innegable, sobre todo por lo que concierne al órden de prioridad en el tiempo, está ampliamente compensada por una ley peculiar del segundo; éste, inerte por su naturaleza, bien que tiene la potencia virtual de producir no camina por su sér y sus entrañas la fuerza que crea y da origen á las riquezas sin el trabajo en todas sus varias y múltiples manifestaciones, del pensamiento, de la paciencia, de la disciplina, de la voluntad, de la eleccion, del arte, y por último, de las fuerzas físicas. La rueda que mueve un salto de

1 Riqueza de las naciones, lib. I, cap. VII.—Rau. Tratado de Economía nacional, pár. 135, pág. 114.

agua, la palanca que agita un brazo, la manufactura de tejidos con sus máquinas de vapor, sus telares y sus primeras materias, quedarían inmóviles tras breve tiempo, sin el concurso del trabajo. La misma riqueza acumulada, que por estar ociosa y dejar de aplicarse á la producción no es capital, necesita un trabajo de conservación, menor sin duda que el que se requiere cuando se emplea productivamente. Acrecentando la suma de capital que poseemos, en un momento determinado, nos será dable emplear mayor número de obreros y pagar más ampliamente el trabajo de los que tenían ya empleo. Es el capital como una avanzada del trabajo; sin el fondo de recursos que proporciona, no fuera posible dar ocupación á las clases trabajadoras. Un famoso economista anglo-americano consigna en una de sus obras ¹ el siguiente cuadro, en el que aparece la población desde 1680 á 1832, y el salario del cultivador inglés evaluado en trigo que podía adquirir durante una semana, y en una medida que llama pinta:

	POBLACION.	PINTAS.
1680 á 1700.....	5.134.516	54
1701 á 1726.....	5.500.000	64
1727 á 1751.....	6.100.000	78
1752 á 1764.....	6.700.000	80
1770.....	7.227.580	79
1790.....	8.540.738	82
1824.....	12.500.000	89
1832.....	14.100.000	90

Noten nuestros lectores que la población de Inglaterra ha ido creciendo poco á poco, hasta el punto en que aparece su admirable desarrollo industrial y mercantil, y que el salario experimenta un alza más lenta todavía. De 1727 á 1770 oscila entre 78 y 79 pintas, lo cual puede explicarse muy bien por el crecimiento paralelo del capital. Justifica esto mismo la estadística

¹ Carey. Principios de Economía política, vol. I, pág. 63.

de Irlanda, en que la poblacion se ha desarrollado más aprisa que la riqueza y el capital. En 1695, era de 1.034.000 habitantes; en 1754, de 2.372.000, y en 1823, de 6.801.827; por cuyos motivos vemos que en ella el salario, por término medio, no ha tenido más variaciones que de cinco peniques ¹.

En 1688 el salario de los obreros y de los criados ingleses, ascendía á una tercera parte más de lo que era veinte años ántes ². Macaulay escribe, que computado en dinero el de aquéllos, no era más que la mitad de lo que es hoy, en tiempo de Cárlos II; que la carne y la cerveza eran mas baratas, el pan tan caro como en nuestros tiempos y los artículos manufacturados y los géneros coloniales tenían un precio mucho más alto ³. Es llano que estos progresos no eran posibles sin el aumento del capital. Otro argumento aduciremos en favor de la misma tésis, á saber: que en caso de guerra, la pérdida de hombres apenas causa perjuicio á la poblacion, al paso que la pérdida de capitales la hace experimentar considerables daños y notable merma. Así refieren los historiadores del Palatinado, lugar escogido durante siglos para las luchas de Francia y Alemania, y de Holanda, que á pesar de su larga guerra con España, el aumento de la riqueza permitió que se desarrollase el número de sus habitantes, mientras que la muy breve sostenida con Cromwell, que disminuyó el comercio, fué causa de que en Amsterdam quedasen tres mil casas desiertas ⁴.

Si el capital disminuye, el trabajo será menos remunerado y la poblacion ha de sufrir quebranto y emigrar. En épocas de guerra, de crisis política, de perturbaciones mercantiles, se oye decir: *no hay trabajo y los jornales han bajado*, y se ve que muchos hombres del pueblo pordiosean y se convierten en criminales por falta de subsistencias; leyendo atentamente la historia,

1 Porter. Progreso de la nacion, lib. I, cap. I., pág. 9. — Mac-Culloch. Principios de Economía política.

2 Child. Discurso sobre el comercio, traducido en francés, pág. 43.

3 Historia de Inglaterra, cap. III.

4 Riqueza de la Holanda, vol. I, pág. 149.

podremos convencernos de que siempre han ocurrido los mismos sucesos, particularmente desde que por el gran número de escritores los hechos se han apuntado fielmente y con prolijos detalles. Permítasenos citar el segundo período del reinado de Luis XIV: la horrible miseria de los campos y talleres ha sido notada por Vauban, Saint-Simon y Boisguilebert. La pintura que Beauvilliers hizo del estado del reino en un Consejo de ministros, arrancó lágrimas á los circunstantes.

Es el capital el auxiliar material, el mudo favorecedor, el sustento y la esperanza del obrero; sin éste no puede producir interés ó beneficio, y los hombres que lo han formado, que viven á sus expensas, que quieren conservarlo íntegro para que no se pierda su fuerza productiva, tornarían á hallarse en una situación de pobreza y azares, en una edad ménos favorable para producir y volver á las tareas y afanes peculiares de los simples operarios; las más apremiantes razones les obligan á emplear productivamente sus ahorros; de modo que puede afirmarse que la mayor suma de capitales existentes, no se desviará de la industria en épocas normales y de no ocurrir graves sucesos; las relaciones entre el capital y el salario son necesarias y frecuentes. El capital, como hemos probado anteriormente, tiene el mágico poder de producir los trabajadores cuando quiere; en cambio les da ocupacion y jornal, lo que para él es necesario; no hay lucha, ni antagonismo, ni opuestas tendencias entre el capital y el salario; son dos fuerzas que aunadas, producen grandes cosas, y puestas en oposicion y en guerra se quebrantan y destruyen; el hombre, que representa el trabajo muy pronto, el capital más tarde y ménos tristemente, porque es insensible y carece su muerte de dolores.

El último no causa la explotacion del trabajador; yerran los que así lo pretenden, si hablan de hechos generales; entre aquél y el trabajo la explotacion es mutua, puesto que ambos son indispensables, y que el labrador no tiene más potencia productiva sin el arado y los bueyes, que éstos últimos sin el primero. ¿Se quiere designar con aquellas palabras una superioridad, una primacía del capital que puede esperar, sobre el trabajo

que no puede esperar? Confesamos que en este aserto hay exactitud y somos de parecer que sería un mal suprimir dicha ventaja. Es inevitable, y debe apetecerse que en cierta y muy varia medida, el capital tenga prioridad y fuero sobre el trabajo actual. Ellas son las que hacen desear su posesion, y por ellas es objeto de penosos esfuerzos y de una viva concurrencia; si no hubiese ventajas para el trabajo anterior y para el ahorro, ¿á que trabajar más de lo necesario, para qué ahorrar? Ninguna persona algo instruída dudará, que bajo la forma de numerario, no favorezca el capital la formacion de nuevos ahorros, ese medio de emancipar la miseria por la virtud y que desenvuelve dándoles regularidad, esas numerosas transacciones, que constituyen la vida misma del trabajo; ninguna persona algo instruída dudará que, bajo la forma de materias primeras, el capital no ofrezca al obrero los elementos de su actividad, y bajo la forma de productos los medios de su existencia. Le presta tambien servicios más grandes, si es posible, en máquinas y medios perfeccionados de fabricacion y de transporte. Los economistas no van más léjos que la verdad, ni son utópicos soñadores al afirmar que con tales instrumentos de produccion, el capital ha tomado parte con los más nobles poderes, la religion, la filosofía, las ciencias, la política en la emancipacion de las clases obreras. Merced á esa fuerza benéfica, objeto de estas páginas, las esclavas de Penélope no muelen el grano entre dos pesadas piedras, no se rompen las piernas, ni se sacan los ojos al esclavo romano, ni se usa el látigo para que trabajen los siervos del castillo feudal; el hombre respira libremente, porque el prodigio que no comprendía Aristóteles se ha verificado, la lanzadera y el trípode caminan solos y con extrema velocidad. Los trabajos manuales sólo dejan un poco de ocio y esparcimiento á los que á ellos se consagran, cuando los molinos de agua ó de viento, los animales sujetos al yugo, la vela y el vapor, concluyen por tomar sobre sí la parte más ruda y penosa de las faenas y esfuerzos de la industria. La historia de esta última es la de la emancipacion sucesiva del trabajo. Es preciso que la naturaleza ó el hombre sean esclavos.

Autores de mucha fama y voto digno de todo respeto nos han hecho notar que se sigue la marcha siguiente en la preferencia y predominio de cada uno de los tres elementos de la producción: primero en remotas edades vemos que superan á los otros dos los agentes naturales, después el trabajo y á la postre el capital. — En la edad patriarcal, en los períodos de sencilla é ingenua cultura, el hombre está sujeto y vive á expensas de los grandes bosques, los ríos caudalosos y los productos espontáneos de una naturaleza virgen y lozana: en Grecia, y durante las conquistas y el Imperio de Roma vemos el triunfo del trabajo libre y forzado; ciudades prodigiosas como Atenas ó Heliópolis, calzadas, puentes, acueductos, caminos que causan todavía nuestro asombro, débense á los brazos de los esclavos y de las legiones: en nuestros días las manufacturas y los caminos de hierro atestiguan la acumulacion de capitales, á cuyo lado los tesoros de Creso y las riquezas del Imperio romano no son más que un juego de niños. Es preciso que nos sometamos á esta ley de la economía política, que de un modo indirecto justifica lo que más arriba queda dicho, á saber, que el salario depende en su mayor parte del capital, lo que no quiere decir que el trabajo no sea siempre y en grande escala necesario; para mover el segundo, para reparar los daños que sufre, para combinar sus varias partes, para regular sus relaciones, para vigilar su empleo, para precaver los peligros que puede causar á la vida ó á la salud, para asegurar su existencia y que no sea robado ó destruído por hombres culpables, se requerirán siempre enormes cantidades de trabajo, sin comparacion ménos duro, ménos perjudicial, ménos peligroso que el propio y peculiar de los tiempos antiguos ó de la Edad media. Mas al hablar de predominio, de preferencia, nótese que estamos muy léjos de los que piensen que no es necesario el concurso de los tres elementos para producir: al contrario, como puede verse por las páginas anteriores, creemos que los más arduos problemas de la economía política se resuelven no perdiendo de vista las necesarias relaciones que hay y debe haber siempre entre los mismos y procurando que no sean enemigos, sino buenos y leales aliados.

El capital abre las puertas al trabajo: para que exista y cobre vuelo la industria, es preciso que se forme, que se acumule, que se consuma, que se distribuya entre los obreros; ¿qué importa que lo posean A ó B, capitalistas ó trabajadores? Sus leyes de formacion ó de destino serán siempre las mismas; sin su intervencion, sin su concurso la produccion es imposible; individuo capitalista ó asociacion de las clases trabajadoras, tanto monta: es más fácil seguir el hilo de la corriente de las leyes económicas por el individuo que por la asociacion; determinar los derechos que cada uno tiene en la última, repartir los beneficios y dirimir las cuestiones que surjan, resolver las dudas que puedan ocurrir, todo esto exige una disciplina de hierro, el imperio de las severas leyes morales; véase lo que ocurre en las vastas agrupaciones que rige el Estado; la Universidad, Cuerpos de ingenieros, la Milicia; se pretenderá, por ventura, que en la asociacion voluntaria ó libre los hombres serán mejores. ¿Por qué? ¿Acaso varia su naturaleza? ¿Dejarán, por dicha, de tener los mismos afectos y pasiones? — Es posible, no lo negamos, exigir el ahorro á la fuerza, como hicieron Esparta y Roma: es posible apoderarse del capital y repartirlo entre la gente vulgar y mecánica; es posible determinar por la ley la cuota del salario y tomar ésta de un impuesto que llegue á herir las raíces del capital; pero todas estas medidas violentas y opuestas á los buenos principios pasarán pronto, como la tempestad sobre los mares; tornaráse muy luégo al orden, á la vida normal: nosotros creemos con el Sr. Cánovas del Castillo, que en esas grandes crisis, en esas saturnales de la ignorancia y los apetitos sensuales, puede peligrar y desaparecer la libertad; la sociedad tiene bastante fuerza para defenderse y llega un día en que pequeños sucesos muestran la flaqueza y anuncian la caída de sus extraviados enemigos.

Sabemos que suele objetarse á los principios que sustentamos y defendemos que no son justas y razonables las relaciones entre el capital y el salario: 1.º, porque tratándose de bienes que deben distribuirse, es llano que cuanta más parte toque al capital ménos tocará al salario; y 2.º, porque

recibiendo el capitalista mayor porcion que el obrero, el que trabaja, el que hace esfuerzos y sacrificios, percibe ménos que el que representa la riqueza acumulada, bienes que no tiene más que conservar y que no constituyen para él el pan de cada día, lo necesario, sino lo superfluo. Negamos uno y otro argumento. Las matemáticas no siempre pueden aplicarse á las cuestiones económicas, por más que otra cosa crean Canard, Cazaux y Courcelle Seneuil; en primer término, tratándose de una ley de distribucion de la riqueza, ésta debe verificarse conforme á los principios de la ciencia, y pudiera suceder que lo más fuese ménos y lo ménos más. En segundo término, sin el concurso del capital no existiría semejante distribucion, y por tanto, la fuerza inicial de esa combinacion de medios, esfuerzos y remuneraciones se encuentra en el primero; y en tercer término, cuanto mayor fuere la suma de capitales, aunque toque menor fraccion al obrero que al capitalista de los productos, en totalidad será mayor que si al operario correspondiese la mejor parte de los productos debidos á una suma menor de capitales. Diez, menor parte de 25, es una suma más cuantiosa para distribuir que 5, mayor parte de 8. Pero hay más todavía; la cantidad que representa el salario, esos 10 como esos 5, no pueden mirarse como sumas sencillas, como guarismos que es dable no descomponer con el análisis. Esos 10, como esos 5, podieran muy bien ser 20 y 10, sin precision de agregarles ningun nuevo número; ¿de qué suerte? Porque el capitalista detrae y resta de las indicadas retribuciones dos partes, dos descuentos, el premio ó prima del anticipo y el de la seguridad del éxito.

El salario se da anticipadamente al obrero, por adelantado: al fin de cada semana ó de cada mes se le paga en dinero y no se espera á que la venta de los productos ó el arriendo de la casa, si de fincas de este linaje se trata, reembolsen los gastos hechos por el capitalista: debe premiarse á éste el anticipo, porque durante el tiempo que transcurre ántes de concluirse las operaciones productivas, pudiera sacar beneficio de su capital.

El operario no teme el desfavorable ó mal suceso de la empresa; arrienda su trabajo y su tiempo nada más: pueden

resultar pérdidas ó ganancias; no sufre las unas ni participa de las otras; la responsabilidad pesa sobre el capitalista; justo es remunerar á éste la seguridad que ofrece al trabajador ó jornalero. Sucede al salario lo que á todas las remuneraciones que se pactan, se tiene muy en cuenta la seguridad; son menores que las otras por término medio y regla general; en otras el azar, el peligro pueden castigar duramente nuestros cálculos y nuestras esperanzas. El obrero, á quien es fácil hallar trabajo, si su oficio es de los vulgares y comunes, puede contar con una renta fija que justamente es menor que si estuviera sujeta á las contingencias de ser encentada por los sucesos adversos que pueden ocurrir á la empresa.

Con respecto al segundo punto de los ataques dirigidos al capitalista y que más arriba hemos formulado, nos bastará observar que su fortuna se debe al trabajo y ahorro de sus padres, salvo las pocas excepciones que pueden contarse de las que fuesen hijas de la violencia ó del fraude: ¿no es lícito acumular y guardar, en vez de consumir todo lo que se produce y adquiere? Los autores ingleses suelen denominar al capital *trabajo acumulado*, y bien que la idea no sea exacta, todavía nos deja entrever que al trabajo se deben los anuales ahorros que labran poco á poco nuestro haber: ¿quiere decirse que todos deben trabajar con sus manos? El derecho se opone á esta absurda igualdad, y la economía enseña que faltarían consumidores para tantos y comunes productos y que al progreso de las ciencias debe sus grandes reformas, sus ingeniosas máquinas, sus más profundas combinaciones del taller. ¿Se pretende que el nivel del consumo comprenda á todos y á todos se dilate? Este es ya un asunto nuevo, es salir y alejarse del mundo real para fantasear otro distinto que no puede existir sino como caprichosas excepciones del país de todos los ensayos, de todas las temeridades y de la más incurable flaqueza moral, de los Estados-Unidos.

El capitalista no vive en el ocio, ni se adormece en la seguridad de que se habla; su riqueza tiene que destinarse á algun ramo de la producción, á algun negocio y en todos ellos hay

riesgos, temores, amarguras, vigiliass, pesares, quebrantos y pérdidas: tended la vista al rededor vuestro, recorred las páginas históricas, hablad á los ancianos, y si lo fueseis, á vuestros propios recuerdos, y os convenceréis de nuestro aserto; para emplear el capital se requiere trabajo, vigilancia, asiduos cuidados y experiencia de la vida, esa amarga experiencia que tiene como pan el desengaño. Así se ha mostrado hasta aquí la vida humana, y es grande nuestra incredulidad en lo que atañe y concierne á cambios esenciales de lo porvenir; recordamos aquella máxima de Goethe: « Los hombres se parecen unos á otros como dos gotas de agua del Océano. »

Concluyamos esta parte de nuestro trabajo observando que la mayor parte del capital se emplea en salarios, y que por tanto, es absurdo pretender que existe antagonismo entre capitalistas y obreros, puesto que los valores de aquéllos van á parar á las manos de éstos. El hecho es evidente, si se trata de la masa de trabajadores que puebla los talleres; sus salarios se toman directamente del capital circulante. No es ménos cierto el principio, si paramos mientes en los artículos ú objetos que adquiere el capitalista para llevar á buen término sus negocios. Las máquinas, las primeras materias, las materias auxiliares, las herramientas, la construccion del edificio, el desmonte y nivelacion del terreno en que aquél se levanta, se deben en su mayor parte á trabajos de una época precedente que otros capitalistas han debido remunerar, pues que todos esos bienes y riquezas son hijos legítimos de empresas, manufacturas ó construcciones anteriores; de suerte que es lícito afirmar que la mayor parte del capital se emplea en salarios ¹.

Cuanto más se acreciente la suma de capitales, cuanto más se dilaten y extiendan los efectos del ahorro, tanto mejores llegarán á ser la suerte y condicion de las clases proletarias, y tanto más fácil será el paso ó cambio del jornalero en empresario y poseedor de un pequeño capital. Así lo indica la ciencia y lo confirma la historia. Los jornales altos permiten ahorrar más

1 Stuart Mill. Principios de Economía política, vol. I, págs. 472-473.

fácilmente, mejor dicho, ménos difícilmente que los bajos y los múltiples empleos del trabajo descubren más anchos horizontes para los trabajadores. En todas las formas de ser de la sociedad, los honrados y diligentes obreros han acumulado pequeños ahorros que han formado despues gruesos capitales, y sabido es que fué esta una de las principales causas de la emancipacion del estado llano, y excusado será añadir que no habrá habido época alguna en que el ahorro, la formacion del capital exigieran más grandes sacrificios, ni hubiesen arrostrado mayores peligros que en la Edad media. De tales valores han nacido la sangre y circulacion de las importantes riquezas, que tras oscuros orígenes, lento desarrollo y constantes luchas, han producido universal admiracion, con el esplendor, el poder y la gloria que han contribuído poderosamente á crear en ciertas naciones. Del constante trabajo nace el capital y éste retorna á premiar el trabajo, del modo que los vapores que la fuerza del sol toma de los tendidos horizontes tornan á la tierra que fecundan, convertidos en mansas y abundantes lluvias ¹.

CAPITULO XIII

Relaciones del capital y de la produccion agrícola. — Ley que rige los capitales que se emplean en la última. — Reseña histórica de las doctrinas. — Opinion razonada del autor. — Si los capitales de que hablamos son las riquezas que adquiere más sólidamente un país — La agricultura requiere ménos valores de esta clase que las demás industrias. — No son más productivos los que en primer lugar se incorporan al suelo.

La tierra necesita el auxilio y los valores que pueden desprenderse del seno del capital. Desmontar el terreno, descuajar y abrirse camino entre los bosques, desecar los pantanos, arrojar los abonos bajo las primeras capas de tierra vegetal, cons-

¹ Véanse. — Bastiat. Armonías económicas, pág. 350 y siguientes.—Stuart Mill. vol I, págs. 390-391.—Roscher. vol. II, págs. 47-48.—Courcelle Seneuil. Tratado de Economía política, vol. I, pág. 187. —

truir la granja y los establos, levantar cercas, alimentar y dirigir la multiplicacion del ganado y aplicar las nuevas y potentes máquinas al cultivo, hé aquí un conjunto de hechos peculiares de la produccion agrícola que no pueden realizarse sin el concurso del capital en las diversas formas en que lo hemos estudiado ya. Mas el producto de éste no puede distinguirse del de la tierra una vez alzados los frutos y recogida la cosecha; ¿qué ley regirá el empleo de esa porcion de los capitales de un pueblo que se emplean y consumen en la agricultura?

Adam Smith dice que podríamos figurarnos que la renta de la tierra no es más con frecuencia, que un beneficio ó interés razonable del capital que el propietario ha invertido en mejorar su propiedad; que hay circunstancias en que en parte podría estimarse de esa suerte; mas el propietario exige renta aún por la parte de heredad que no ha mejorado y lo que pudiera suponerse interés ó beneficio de los gastos hechos en las mejoras, en general no es más que una adición á la renta primitiva ¹. Escribe tambien en otra parte de la misma obra: « El cultivo de la tierra se verifica trabajando la naturaleza de consuno con el hombre, y aunque su trabajo no cueste gasto alguno no deja de tener valor lo que produce, como lo que producen los obreos que cobran más alto jornal. El cultivador que planta y que siembra excita á menudo ménos la activa fecundidad de la

Bastiat. Obra citada, págs. 194-197. — Ricardo. Obras completas, traduccion de A. Fonteyraud, págs. 74-75. — Leon Faucher, Diccion. de Economía política, vol. II, pág. 572. — Thiers. De la propiedad, página 25. — Chevalier. Curso de Economía política, vol. II, págs. 496-500. — Pecqueur. Economía social. De los intereses de la agricultura, etc., volumen II, págs. 135-144. — Garnier. La Moral Social, págs. 58-59. — Peshine Smith. Manual de Economía política, págs. 125-172. — Baudrillart. Manual de Economía política, págs. 123-131. — La libertad del trabajo, la asociacion y la democracia, págs. 18-21. — Estudios de filosofía moral y de Economía política, vol. II. De las relaciones del trabajo y el capital. — Du Puynode. De las leyes del trabajo y de la poblacion, vol. I, página 131 y siguientes. — Sr. Sanromá. Revista Europea, tomo VII, páginas 454-487. — El Salariato.

1 Riqueza de las naciones, lib. I, cap. XI.

naturaleza que la dirige hacia un objeto determinado, y despues que ha concluido sus trabajos, queda que hacer á la última la mayor parte de la obra ¹. »

J. B. Say opina que el fondo de tierra y el capital que en él se invierte en mejoras, se confunden de tal modo que si es dable apreciar su valor total, es imposible conocer el valor de cada uno. Las mejoras se venden ó se arriendan con la tierra, sin que nadie pueda decir que parte del precio sirve para pagar el valor de las unas y de la otra ².

Rossi distingue hasta tal punto el capital que se emplea en la tierra de las facultades propias de ésta, que juzga se obtiene ménos producto proporcional cuanto más se multipliquen las sumas del trabajo y capital que empleemos en una heredad, despues de pasar ciertos límites ³.

Senior cree que los cien años transcurridos de 1730 á 1830, á pesar de sucesos desgraciados, forman la época más próspera de la historia inglesa. Durante ella millones de acres que ántes eran terrenos baldíos é incultos, han sido transformados en campos fecundos. Es posible, aunque muy poco probable, que los progresos agrícolas de la Gran Bretaña sean tan grandes en la centuria que corre como en la pasada; pero de todas suertes han de tener un límite. Es absolutamente imposible que los productos del suelo de un distrito cualquiera aumenten en progresion geométrica, cualquiera que sea la suma de trabajo que nos plazca consagrarle ⁴. En sentir de Mac-Culloch la renta de la tierra es enteramente distinta de la cantidad pagada por el uso de los edificios, caminos, cercas y otras mejoras hechas en el suelo. Esta no es más que el beneficio ó interés del capital empleado en dichas mejoras. Se confunden en la práctica la renta y el interés de qué hablamos; pero son esencialmente diferentes y de esta suerte deben ser consideradas en las investi-

1 Riqueza de las naciones, lib. II, cap. V.

2 Tratado de Economía política, lib. I, cap. V, vol. I, pág. 20.

3 Curso de Economía política, leccion 7.^a, vol. I, págs. 124-126.

4 Principios fundamentales de Economía política, págs. 388-389.

gaciones sobre la materia.¹ Stuart Mill analiza cuidadosamente la renta que se paga por el arriendo de la potencia productiva de la tierra, el precio del uso de la granja, establo, trojes, etc., que tendrá por medida lo que ha costado construirlos, ó más bien lo que costaría construir otros del mismo modo útiles para el fin á que se destinan, y el provecho ó beneficio del capital invertido una vez para siempre, en hacer la tierra más productiva, y que no es preciso renovar periódicamente. Los edificios de la heredad que hemos referido no deben confundirse con la tierra, como la provision de leña que en ella puede encontrarse; el colono paga por su uso una suma diferente del arrendamiento de la finca propiamente dicha. Por lo que hace al tercero no es dable separarlo de la renta y sigue sus leyes, porque tierras de fertilidad igual deben producir la misma renta, importando poco que esta fertilidad sea natural ó adquirida: los que las poseen son propietarios y no capitalistas; han abandonado su capital, que ha sido destruído y jamás les será devuelto en forma de productos².

De muy diverso modo piensan los autores anglo-americanos. Carey estima que el valor del suelo se debe al capital; la tierra es como todos los agentes naturales, como el aire, la elasticidad del vapor, etc., cuyo concurso es gratuito y sólo exige remuneracion el trabajo del hombre³. Peshine Smith es de parecer que el suelo como el aire, como el principio de la gravedad de los cuerpos, no tiene valor; lo recibe del trabajo acumulado que se combina con él, sea porque se incorpore á su propia sustancia, sea por medio de mejoras indirectas, como son los caminos y canales, cuyas ventajas se extienden á extensos distritos. Cuando un cultivador deseca un pantano, libra á su vecino de las nieblas que salían de su superficie, y además de robustecer su salud y aumentar su fuerza física, acrecienta su cosecha,

1 Notas de la obra de A. Smith.

2 Principios de Economía política, lib. II, cap. XVI, pár. 5, página 486 del vol. I.

3 Principios de Economía política, primera parte, cap. I.

porque los miasmas que dan fiebre al hombre, queman y producen el tizon á las plantas ¹.

Bastiat, que encontró un arma en estos autores, que esgrime con placer, afirma: « que el agricultor ejecuta dos géneros de trabajo muy distintos. Los unos se refieren inmediata, directamente á la cosecha del año, no se refieren sino á ella, y deben pagarse por ella: tales son la sementera, la carda, la siega, etcétera. Los otros, como los edificios, los desmontes, etc., concurren á una serie de cosechas sucesivas: la carga debe repartirse entre una serie de años. Los trabajos permanentes son un valor que no ha recibido todavía su recompensa, pero que no dejará de recibirla. El valor se ha incorporado, confundido en el suelo, y por eso se podrá decir muy bien por metonimia: *la tierra vale*. — Mas lo que yo sostengo es que esta tierra, á la que la potencia natural de producir no había comunicado originariamente ningun valor, no tiene hoy más por esta razon ². »

Roscher es del mismo parecer que Stuart Mill ³. Courcelle Seneuil recuerda que algunas veces se ha establecido una distincion entre la tierra en su estado primitivo y la tierra transformada por el trabajo. Mas en su sentir, es por lo ménos inútil; el trabajo ó los capitales incorporados á aquel agente natural no pueden separarse de él, y la ley de la renta se manifiesta siempre que la poblacion aumenta sobre un territorio, ora éste hubiese recibido trabajo humano, ora fuese vírgen. Estudiando atentamente las cuestiones, se ve que las mejoras de las fincas rústicas se verifican bajo la presion de aquella ley, porque, ¿qué es lo que hace el que las lleva á cabo? Aumenta las uma de trabajo que se consagra á una heredad determinada para obtener mayores productos ⁴. Por último, Du Puynode se adhiere,

1 Manual de Economía política, cap. IV, pág. 107.

2 Armonías económicas, cap. IX, págs. 266-267.

3 Principios de Economía política, pár. 152, vol. II, pág. 19.

4 Tratado teórico y práctico de Economía política, lib. I, cap. VI, pág. 179.

despues de hacer profundas reflexiones, á la doctrina de Stuart Mill y de Roscher ¹.

Por lo que toca á nosotros, juzgamos que la tierra es muy diferente de los demás agentes naturales; nos apoderamos de los unos temporal y rápidamente; recobran despues su primera libertad y huyen; el viento y el agua que mueven las aspas ó la rueda de un moliuo, nos pueden servir de ejemplo; sobre la otra es preciso morar de asiento y trabajar eternamente, generación tras generación, para que nos entregue sus preciosos frutos; aquéllos están siempre dispuestos á servirnos por la acción de las máquinas, no conocemos un caballo más dócil y más fiel á su amo; ésta nos burla mil veces ó remunera pobrementenuestros esfuerzos; los primeros desplegan ó acumulan fuerzas y no más bajo nuestras órdenes; en el seno de la tierra se mueve y agita el más poderoso y el más rebelde de los elementos, la vida: el capital tiene un poder maravilloso sobre todos los agentes naturales, excepto sobre la tierra. Cherbulliez ha dicho muy bien, que las suposiciones de Carey destruyen el principio de la renta, y Wolowski pregunta con razon, si la isla que naciese en el golfo de Nápoles no llegaría á arrendarse ántes de que se realizase el menor trabajo, ántes de emplear capital alguno. En la industria fabril y de transportes podemos decir con el poeta: « nuestros ojos se han cerrado para siempre á la admiración y al asombro, » tales invenciones hemos visto exponer y aplicar; mas en la agricultura, ¿ qué grandes sucesos han venido á mudar su faz? Pues qué, ¿ podemos estar satisfechos del producto y beneficio del capital que ha gastado la Gran Bretaña en hacer feraces sus campiñas? Carey pretende que la isla de Inglaterra no vale las inapreciables sumas de capital y trabajo que han sido menester desde el tiempo de los normandos, para ponerla en el estado que tiene hoy, y acierta, pero no ve que este argumento es *contraproducentem*, y si no lo cree así el lector, que compare las dos industrias de aquel país, la agrícola y las artes

1 De las leyes del trabajo y de la población, lib. I, cap. IV, vol. I, página 112.

fabriles. ¡Qué diferencia! y sin embargo, la primera ha tenido á su favor los poderes públicos, la aristocracia territorial y el amor de esas familias inglesas de propietarios, tan severas, tan laboriosas, tan perseverantes, tan puras; mientras la segunda era oprimida y desdenada por el Gobierno, como han demostrado los oradores de la liga de Manchester. Obreros del mismo linaje ocuparon su tiempo y sus brazos en las dos ramas de la actividad de la nacion inglesa, y si hubo inteligentes empresarios para las fábricas hubo tambien colonos instruídos y poseedores de no exiguos capitales para el cultivo de los campos. El obstáculo grande y verdadero con que tropezaron los cultivadores, fué la poca eficacia del capital en la agricultura, su débil influencia relativamente. Es imposible negar la supremacía de la tierra en la produccion que en su seno se verifica. El labrador roza, ara y siembra un campo; las espigas que mece el viento algunos meses despues, ¿débense por ventura á su trabajo? ¿No son el sol, la lluvia, la escarcha, el aire, las fuerzas químicas del suelo, las causas de ese fenómeno que se llama vegetacion?

No cabe duda que no deben confundirse las fuerzas propias y primitivas del suelo y la intervencion del capital. O no seríamos lógicos ó dado nuestro modo de pensar, tenemos que distinguir con Mac-Culloch, las unas de la otra; pero excepto aquellos bienes que, auxiliando el cultivo, pueden separarse del suelo en que han sido puestos, como la granja, las trojes, los establos, etcétera, y cuyo precio anual es dable calcular más ó ménos exactamente, ¿quién tendrá la facultad de analizar y distribuir los productos que corresponden á la potencia vegetal, á las fuerzas primitivas é imperecederas del fondo inmueble y los que jamás hubieran surgido en su superficie, sin los abonos, los riegos, las herramientas perfeccionadas, etc.? Nadie. Si así es, ¿qué ley ha de regir el valor y provecho ó beneficio de los capitales gastados en las fincas rústicas, y perdidos para siempre entre sus capas de *humus* vegetal? La ley general de la renta.

Se pretende que estas riquezas acumuladas constituyen las que adquiere más sólidamente una nacion. Transporta con fácil

trabajo un mercader su capital á los países extranjeros; mas un desmonte y roturación de tierras, el desecar un pantano, son ventajas y valores que duran, que no se pueden llevar. No quedan huellas de la brillante existencia de muchas ciudades anseáticas, al paso que la Lombardía y Flandes, á pesar de las prolongadas guerras que han sufrido, se enumeran entre los países mejor cultivados y más poblados de Europa ¹. Esta doctrina nos parece que olvida las ventajas de las relaciones mercantiles entre los pueblos; es preferible emplear un capital de modo que favorezca el desenvolvimiento de un pueblo y el peculiar fin que realiza; poco importa el linaje del empleo con tal que sea provechoso.

La industria agrícola requiere capitales ménos cuantiosos que las otras, siempre y cuando no nos proponemos obligar á la tierra á que rinda grandes productos; siempre y cuando no procuramos forzarla á que produzca mucho relativamente. Se necesitan pocos jornaleros por ser poco aplicable la división del trabajo, las herramientas y máquinas que en ella utilizamos no son costosas y sacamos partido de los animales domésticos que nos proporcionan los abonos ².

Discuten los autores sobre si los capitales que se incorporan y concluyen por formar parte del suelo en primer término, son los más productivos. Algunos sostienen la afirmativa, fundándose en que los terrenos cultivados en segundo lugar, son ménos fértiles y ménos sus productos, dadas las mismas sumas de capital y trabajo. Otros creen que un análisis exacto de los trabajos agrícolas destruye esta opinion. No se cultivarían jamás las tierras de una fertilidad media, si fuese dable hacer producir á las más fértiles con los mismos gastos lo bastante para satisfacer la extensión de la demanda. Quizás no fueron cultivadas en primer término las tierras más feraces; en este caso y

1 Say. Tratado de Economía política, vol. 1, pág. 110-111. — Sismondi. Nuevos principios de Economía política, vol. 1. — Malthus. Efectos de la ley sobre los cereales, 1815.

1 Say. Tratado de Economía política, vol. I, páginas. 114-115.

por la diversidad de las facultades primitivas del suelo, dieron más beneficio al capital los terrenos á que en una época posterior se extendió la reja del arado. Aun cuando no admitiésemos este hecho, el arte en sus progresos bastaría para explicar cómo los que muy tarde, los que despues de mucho tiempo se consagran al cultivo, producen tanto ó más que los antiguos, por saberse aprovechar mejor la naturaleza y situacion de las fincas rústicas. Cabe perfectamente aceptar el principio dentro de la misma teoría de Ricardo sobre la renta; lo esencial de ésta es que haya diferencia en el rendimiento de las tierras por no ser igual su fertilidad, relativamente al capital y al trabajo en las mismas empleados, de suerte que esa superior bondad de ciertos terrenos puede hallarse, y prueba la historia que se ha hallado, lo mismo en los comienzos del cultivo que en épocas ménos remotas. El autor aleman Rodbertus expone que las aguas de los ríos y de los lagos se esparcen á lo léjos y no permiten cultivar el suelo en el radio de las avenidas; pero si el nivel de las aguas baja, por efecto de un cambio en el estado físico, verbigracia, la tala de los bosques por el hacha ó el incendio, podránse explotar millares de arpentos. Estas tierras desecadas poseen excelentes cualidades para el cultivo de los cereales. Así es como el Elba y el Oder, al entrar en su lecho, han ofrecido las llanuras más feraces del Norte de Alemania á la actividad de los pueblos de sus orillas ¹.

Cuando hay abundancia de capitales, es más fácil destinar á la agricultura un número importante, los que aunque produzcan ménos que los consumidos en la industria fabril y comercial, no será este estorbo para sus poseedores, toda vez no deben ignorar que el aumento de los primeros y la seguridad que ofrece la posesion de los bienes inmuebles, producen necesaria-

1 Ricardo. Principios de Economía política, cap. II. págs 42-43. — Torrens. Ensayo sobre la produccion de la riqueza, pág. 113. — Mill. Elementos de Economía política, pág. 17. — Mac-Culloch. Principios de Economía política, pág. 218. — Rau. Tratado de Economía nacional, pár. 215 bis, págs. 187-188. — Rodbertus, Sociale Biefen 1851, pág. 197 y siguientes.

mente una baja del interés ó beneficio de su uso y empleo. El arte agrícola y los capitales que le prestan su concurso, ejercen una influencia secundaria, pero muy importante en el rendimiento de las tierras. Para nosotros es indudable, como enseña Roscher, que no nace la renta de la tierra de la potencia productiva relativa de las diversas partes del suelo, y que ésta no determina más que el consentimiento del público al pago de aquélla; pero en cuanto á la posibilidad de pagarla más ó menos alta, es preciso someterse á la potencia absoluta de producción de la tierra. No hay para qué añadir, por tanto, que juzgamos errónea la doctrina de Wolowski, Baudrillart y Courcelle Seneuil, que admiten como posible un progreso indefinido del arte agrícola, sin tocar en los límites postreros de las facultades primitivas é indestructibles del suelo, bien que exigiendo los nuevos esfuerzos y aplicaciones de valores acumulados, mayores gastos, más grandes sacrificios. Ciertamente que entre los primeros trabajos campestres y los muy posteriores que tocasen con la azada ó la máquina de vapor esos límites, hay una enorme distancia, y al recorrerla cabe retroceder y hacer adelantos y mejoras en gran número y con suma variedad; y aun quizá no alcance nuestra inteligencia á comprender, ni nuestra imaginación á representarse los que se verifiquen en lo porvenir. Ocurren en la agricultura períodos favorables y adversos, ¿mas qué importa? La barrera existe, y su limitación sirve de contrapeso á la ley de producción del capital, que es indefinida como hemos procurado demostrar; que de otra suerte el hombre tendría el poder de transformar el mundo en un paraíso, y de acercarse á las empresas de los gigantes de la fábula. Mas en el desgarrado seno de las tierras hay un paraje en que está escrito: *¡Non plus ultra!*¹.

1 Roscher. pár. 152, vol. II, pág. 19.—Wolowski. Diario de los economistas, 15 de Abril 1856, pág. 66.—Baudrillart. Manual de Economía política, pág. 397.—Courcelle Seneuil. Tratado de Economía política, vol. I, pág. 177 y siguientes.

CAPÍTULO XIV

Relaciones del capital y del impuesto. — Las contribuciones no deben gravar el primero. — Ricardo y Stuart Mill son de parecer que esto no es posible. — Argumentos en pro y en contra del impuesto sobre el capital. — Opinión razonada del autor. — Si debe amortizarse el capital de la deuda pública por medio de un impuesto general. — Imposibilidad y daños que resultarían de intentar este heroico sacrificio.

El impuesto tiene grande importancia en el desarrollo y repartimiento de las riquezas. Según fuere su base, el sistema de imposición, el régimen de la hacienda pública, los períodos de la cobranza, así los capitales podrán ser más ó menos perjudicados por los tributos; y es lo más grave de la materia, que para seguir con perspicaz mirada los efectos de las contribuciones, al través del influjo que ejercen sobre las economías privadas y en la economía nacional, se requiere sumo discernimiento y singular capacidad. Hay pocas cosas más difíciles en la esfera administrativa que calcular de antemano las consecuencias de un impuesto; se ocultan, aparecen veladas y encubiertas ó desaparecen al tenor de mil varias circunstancias ó accidentes, que dejan el ánimo perplejo; suele ser esta materia objeto de empeñadas controversias, en las cuales es muy arduo decidir de qué parte están la razón y el voto de la ciencia. Los tributos son la parte menos conocida de la economía política; son asimismo aquella en que la teoría ha logrado hacer menos conquistas en la Administración.

El buen sentido deduce de las funciones que el capital desempeña, que las contribuciones — si fuese posible — no deben encenar la masa de los capitales existentes, ni dificultar ó impedir el nacimiento de los futuros. Sismondi ha escrito que todo impuesto debe gravar la renta y no aquéllos. En el primer caso, el Estado no gasta más de lo que los particulares deberían gastar; en el segundo, destruye lo que debería hacer

vivir á los particulares y al Estado ¹. Del mismo modo de pensar era Rossi ². Se ha dicho que el impuesto puede, no sólo contrariar el curso natural de la riqueza, sino hasta secar sus fuentes. Basta el buen sentido para probar que lo que se paga anualmente, debe tomarse de lo que nace y se renueva todos los años; la cosecha puede pagar solamente el diezmo. Un tributo exigido del capital conduce forzosamente la sociedad á los vicios y á los sufrimientos de la miseria, y concluye muy pronto de alimentar el Tesoro. La historia nos ofrece ejemplos de esta verdad. Las memorias de Juan de Witt respecto á la Holanda, los escritos de Boisquilebert en lo que concierne á la Francia, y los de Macaulay por lo que atañe á Inglaterra, así como tambien la historia de la Economía política en España del Sr. Colmeiro, por lo que respecta á esta última nacion, pueden estimarse como alegatos de bien probado en tan importante asunto.

¿Pero es dable que nos lisonjemos de no herir la delicadeza y fragilidad del capital con los tributos, por grande que sea nuestra solicitud, y por más que nos agrade por todo extremo, mostrarnos celosos y desconfiados de tocarle con nuestras manos culpables y atemorizadas? Hé aquí lo que no cree la escuela inglesa, á pesar del afecto que profesa á aquella fuerza productiva. Ricardo dice que, en definitiva, el impuesto se saca del capital ó de la renta de la nacion. Cuando el consumo que hace el Gobierno, aumentado por la imposicion de nuevos tributos, es seguido ya de un aumento de produccion, ya de una disminucion del consumo en el país, el impuesto no hiere más que la renta y queda intacto el capital de la nacion; mas si no hay aumento de los productos, ni se disminuye el consumo, el impuesto toma su sustancia del capital, y cita, como ejemplo, los gastos hechos por el Gobierno inglés de 1796 á 1816, que causaron una pérdida de riqueza, más que compensada por el aumento de la produccion nacional. Y sin embargo es

1 Nuevos principios de Economía política, vol. II, lib. VI, cap. VIII.

2 Curso de Economía política, vol. IV, pág. 220.

preciso reconocer que sin las exigencias de los tributos, la riqueza hubiese tenido más rápido incremento. Si las contribuciones afectan al capital se aminora proporcionalmente el fondo cuya importancia regula el desenvolvimiento á que puede llegar la industria de un país; si no se toman más que de la renta, debilita la acumulacion y obliga á los contribuyentes á llenar el vacío que causa el Gobierno en sus recursos por medio del ahorro ¹. Stuart Mill formula el parecer de que los impuestos que llegan á encentar el capital no son necesariamente perjudiciales. No hay, en su sentir, ninguna combinacion de leyes fiscales que sea capaz de conseguir que los tributos se paguen de la renta y no lleguen á disminuir aquel elemento. No hay contribucion alguna que no se cobre en parte de cantidades que en caso de no existir, hubieran sido ahorradas; en caso de devolucion, el consumo no hubiera devorado todo el importe de la contribucion, y porciones más ó menos importantes hubiesen sido capitalizadas. En un país pobre es imposible establecer impuesto alguno que no impida el acrecentamiento de la riqueza pública; mas en un país en que hay grandes acumulaciones, si el tributo que no recoge más que aquellos capitales que emigrarían por la baja del interés ó serían consumidos por las crisis comerciales, no produce más efecto que el que habrían causado una ú otra de estas causas, no hace daño ². Confesamos modestamente que no seguimos el dictámen de los dos ilustres economistas citados, que aparecen como envueltas y limitadas por ciertas salvedades. Es provechoso plantear la cuestion de diferente manera; el impuesto que merme el capital causa grave daño á la produccion, aunque se cubra su importe por nuevos ahorros ó menores consumos. Débese comparar el mal producido por la demanda del fisco con el aumento de riqueza que hubiese resultado de no encentar el capital, y no con un hecho

1 Principios de Economía política y del impuesto, cap. VIII, página 121 y sig.

2 Principios de Economía política, lib. V, cap. II, pár. 7, vol. II, páginas 413-14.

parcial é incompleto, á saber: el esfuerzo de los productores, para resarcirse del daño que experimentan, ó por medio del ahorro ó de la privacion que resulta de consumir ménos, y veremos que siempre y en absoluto, la contribucion de que hablamos ha secado fuentes productivas, ha disminuído el trabajo, ha castigado la produccion. Admitir principios opuestos, sería incurrir en el error de que el impuesto es un estímulo para la creacion de la riqueza. No es un perjuicio la emigracion de los capitales: el cosmopolitismo de éstos debe desearse, porque sería un remedio para la causa más grave del malestar que aqueja á los pueblos pobres; que es la falta y elevado precio de estas fuerzas productivas. El impuesto destruye, la emigracion fecundiza ajenas tierras y ajenas industrias: por lo que hace á las crisis económicas es cuando ménos muy dudoso que produzcan grandes males, porque afectan á la distribucion y no á la formacion de las riquezas, y la violenta baja de los precios que arruina algunas casas de comercio y produce reaccion en el crédito, favorece, en cambio, á los que compran barato y logran objetos que de otra suerte no hubieran podido consumir, ya productiva, ya improductivamente. De todas suertes, hacen ménos daño que el impuesto. En suma, no queda de toda la referida argumentacion de la escuela inglesa, más que un punto innegable, á saber: que es muy difícil, imposible quizá, no llegar hasta el mismo capital y arrebatar una porcion de él á su dueño, al establecer cualquier sistema de tributos por meditado que sea, y por capaz y diligente que supongamos á la administracion, lo que por desgracia no suele suceder, ni aun en Inglaterra. Mas este principio que señala una imperfeccion de la hacienda pública, no debe inducirnos á mirar con indiferencia un tributo que á sabiendas, con deliberado propósito aminore ó reduzca los capitales que posee un pueblo, y por nuestra parte sostenemos la afirmacion de todo punto opuesta á la de Stuart Mill: todo impuesto que se exija del capital es esencialmente nocivo.

En nuestros días se ha suscitado y debatido largamente acerca de si la contribucion debe tener por base la renta ó el capital.

Los más famosos autores se muestran muy divididos en lo que atañe á conceder preferencia al uno ó al otro sistema. Para comprender bien la materia, es forzoso digamos que en ambos casos se trata de que la contribucion se tome de la renta; no se quiere en el impuesto sobre el capital detraer en favor del fisco una parte del fondo productivo, sino que el instrumento del trabajo, el origen de la renta — hecha salva y excepcion de la tierra — que posee cada individuo, se estime por peritos para constituir la razon de la parte alícuota que pague como contribuyente. El capital no tiene más valor que la renta ó beneficio que produce, y por ellos se mide y avalúa. En cambio no es lícito desconocer que hay notable diferencia entre tomar como regla de imposicion el capital ó inquirir la renta de cada uno, para exigirle en ambos casos una fraccion, la menor parte de la segunda. Con efecto sepamos cuál de las dos cosas es más justa, más conveniente, más fácil de practicar, de qué modo hay más igualdad y se causa ménos daño al contribuyente: sepamos asimismo con cuál de las dos formas podrá soportar mejor el peso de las contribuciones.

Hé aquí las principales razones que se aducen en favor del impuesto sobre el capital: cuanto más progresen y se enriquezcan los Estados más pronto deja el impuesto de ser una capitacion para convertirse en una carga real; se refiere y afecta á las cosas. Esta es la ley que enseña la historia: la contribucion sobre la renta se dirige á las personas, es una capitacion graduada; debe pesar sobre el capital, es decir, sobre la riqueza acumulada, productiva y apreciable. En nuestras sociedades, en que ésta ha tomado tan vastas proporciones, constituido así el impuesto, basta para satisfacer las necesidades de un Gobierno que restringiese su accion dentro de justos limites. El salario no pagaría tributo alguno, lo cual no sucede hoy con las contribuciones indirectas; se satisfacerían las gabelas íntegramente de la renta, lo que tampoco acontece con las contribuciones directas. El primer requisito que debe exigirse ántes de crearse un impuesto, ¿no es tener la seguridad de que lo demandamos á un capital adquirido?

Uno de los principales caracteres del impuesto es la estabilidad, lo que no quiere decir que sea invariable é inmutable, sino que cambie, y sólo puede razonablemente cambiar en largos espacios en largos intervalos. La riqueza inmueble ó mueble á que afecta, tiene necesidad de conocer de antemano los gravámenes que para la misma se señalen; necesita horizontes remotos, perspectivas lejanas; ni se aumenta, ni se mejora, ni siquiera se conserva sino al precio de mucha seguridad y muchas garantías. Hállase esa fijeza en el impuesto sobre el capital, mientras que la contribucion sobre la renta debería variar con todas las circunstancias que la producen, circunstancias infinitas y que se alteran y cambian sin cesar.

Nada importa tanto á los Estados europeos en el órden económico, como ver que se forman y toman incremento sus capitales. La primera condicion del impuesto es por tanto, que no perjudique ó que perjudique lo ménos posible al ahorro, á la formacion de aquellos instrumentos productivos. La contribucion sobre la renta adolece de ese grave defecto; crea obstáculos para el ahorro; arrebatata al padre de familia que se dedica al comercio, á la industria, al cultivo de la tierra, á las funciones públicas ó las profesiones liberales, esa reserva anual destinada á aumentar su patrimonio, aumento que debía servir para constituir un capital que correspondiese á su renta. ¡Cuántas veces ántes de començar una empresa, no calculamos las exigencias del fisco en caso de éxito, y abandonamos nuestro proyecto! No sólo es muy difícil enriquecerse; cada uno procura además, aparecer como ocioso y pobre, dejando que sean estériles las economías ya realizadas, y renunciando á hacer otras nuevas. Sucede lo opuesto con el tributo sobre el capital: no toca la riqueza, sino cuando se halla ya consolidada; no sólo cuida de no dañar á los capitales ya formados, sino que además procura no impedir que se formen; deja libre la actividad humana, porque evita una odiosa inquisicion, y hiere ménos aún en el caso de cometer injusticias, porque no molesta, ni causa perjuicio á cada individuo aisladamente, sino á cada categoría de bienes tomados en masa. Sería mostrar

mucha ignorancia pedir el impuesto sobre la renta en nombre del interés de las clases trabajadoras: si contraría la acumulacion de los bienes y el desarrollo de la industria, ¿cómo es posible que no detenga el curso de la produccion y suspenda el pago de los salarios? Los últimos salen gravados con el impuesto sobre la renta, á no ser que se cometa una nueva injusticia; el salario es una renta, y si se exceptúan los actuales no sería justo hacer contribuir á los capitalizados de tiempos anteriores; ni es dable impedir que aquel linaje de contribucion alcance á los salarios que se confunden con el interés ó la renta de la propiedad, como son todos aquellos que se conceden á las profesiones liberales y á los cargos públicos.

Si aceptamos por base del impuesto el capital, al momento el que no circulaba circula, el que estaba dormido se despierta, el que estaba empleado redobla sus esfuerzos y estimula el crédito; no puede permanecer un solo instante ocioso é improductivo, bajo pena de ser disminuído. Se le condena á una actividad forzada. La concurrencia que en este caso se origina, tiene por efectos que cese el excesivo afan de comprar tierras y haciendas, de establecer una especie de igualdad por el concurso de los capitales en todo género de empleos y negocios, y de poner la produccion y el consumo en un camino más normal, del que los han separado impuestos tan ciegamente exigidos al azar por la necesidad.

Un tributo sobre la renta que constituye un hecho simple y una base sencilla, tiende á estatuir la unidad del impuesto; si tuviese por tipo el capital, es posible conservar el impuesto múltiple, el más ventajoso, el único realizable.

Mostremos tras las excelencias de la última de dichas gabelas é imposiciones, segun sus partidarios, los argumentos que contra la misma se formulan por sus impugnadores. No es seguro — dicen los últimos — que sea fácil averiguar los capitales y el valor de los mismos, una vez empleados en la industria; el crédito suele ocultarnos la realidad, y sabido es que no conviene correr el velo que lo cubre, que es de naturaleza frágil y delicada. Hay industrias que producen mucho con poco

capital; ¿sería justo confundirlas con las que necesitan sumas más importantes? En las fincas rústicas es tan difícil tirar una línea divisoria entre los valores incorporados al suelo para roturarlo y hacerlo productivo, y las fuerzas vegetativas del mismo, que muchos autores juzgan que el primero debe seguir las leyes de la renta territorial. ¿No será de temer que creyendo tener por base imponible un capital, tengamos en puridad agentes naturales?

Haciéndose odioso á los capitales el primero de dichos tributos, aquéllos emigrarán, procurarán huir para hallar refugio en los negocios de un mercado más hospitalario, en el que, como sucede en Inglaterra, el sistema rentístico tenga por punto de partida la renta y los consumos; este resultado sería grandemente perjudicial.

¿Por ventura es preferible obligar á un capitalista á que emplee forzosamente los fondos acumulados que posee, á la confianza que debe inspirarnos el interés particular, siempre solícito y vigilante? ¿Por ventura puede añadirse un incentivo más enérgico para el que vive de sus rentas, para el que sabe que su riqueza será estéril si productivamente no se emplea, y que además tiene que hacer los gastos que exigen su guarda y conservación? ¿Desde cuándo hemos perdido la fe en ese potente móvil á que la Economía política ha consagrado tan elocuentes páginas, y para la que ha sido un arma del más fino temple y del más constante uso?

No hay que dudarlo: miradas las cosas sin pasión, un tributo general sobre los capitales se confunde, salvo algunas excepciones, con un impuesto sobre la renta, toda vez que aquéllos no tienen más valor verdadero que el de la renta que ponen en nuestras manos; así es, que para estimar un capital, será forzoso conocer la renta que produce.

Sentar el sistema rentístico de ingresos en el valor de dicha fuerza productiva, siempre será rechazado por los buenos principios económicos, porque con semejante proceder se menoscabaría aquel elemento generador de riquezas sucesivas, tanto más apreciado, cuanto que es el más difícil de alcanzar entre todos

los que concurren á la produccion. Condena igualmente la economía toda imposicion sobre el último, por la desigualdad que media entre la potencia productiva, amortizacion y estima de los llamados inmuebles comparativamente á la de los mobiliarios, y tambien porque ocultan los éstos más fácilmente que los otros no es posible hacerles concurrir al sostenimiento de las cargas generales á la par de aquéllos que están siempre de manifiesto para todos. No fuera en efecto justo tratarlos de un modo igual aún siendo todos conocidos, puesto que los capitales inmuebles son tardíos en producir por la lentitud con que obra la naturaleza, mientras que los mobiliarios son rápidos en reeditar por efecto de la frecuencia en los giros; aquéllos se amortizan pausadamente y su valor en venta es el más crecido á causa de la mayor seguridad que su dominio y posesion ofrecen; éstos son de fácil reembolso, aunque de menor estima su precio por los mayores peligros á que se hallan expuestos ¹.

Viniendo ahora á formular nuestro propio parecer y dictámen, diremos que es difícil decidirse en favor de una de las dos doctrinas que preceden, en el estado actual de la ciencia. Las objeciones que se aducen contra el impuesto sobre el capital tienen mucha fuerza, á lo que conviene agregar que la contribucion sobre la renta ha sido defendida con sumo ingenio por autores ilustres, como Esquirou de Parieu, Hipólito de Passy y Thiers, y que aún admitiendo que en lo porvenir el primero de aquellos tributos tenga de su parte el éxito, mientras rijan nuestros presupuestos tan onerosos y complejos,

1 Du Puynode. De la moneda, del crédito y del impuesto, volumen II, págs. 94-121-234-249-52. — Girardin. El impuesto, sexta edicion. — Garnier. Elementos de Hacienda, págs. 47-49. — Leon Faucher. Miscelánea de Economía política y de Hacienda, tomo II. Los Impuestos. — II. Impuestos sobre el capital. — Menier. Impuesto sobre el capital, pág. 9 y sig. — Diccionario de Economía política. Art. Impuesto. — Sr. Madrazo. Lecciones de Economía política, vol. II, páginas 347-48. — Sr. Carreras. Tratado didáctico de Economía política, páginas 472-74. — Sr. Coll y Masadas. Princ., págs. 546-547.

miéntras los Estados modernos exijan tan enormes sumas de los contribuyentes, no hay que pensar en una base sencilla y única, que supone parsimonia y moderacion en los gastos, de las que por desgracia nos hallamos muy léjos.

El capital mueble puede ocultarse á las pesquisas del fisco; el dinero, el fondo de reserva de los Bancos, los préstamos al comercio, los géneros almacenados en las tiendas, son valores acerca de los cuales cabe ocultacion y engaño. El fisco y los particulares cuestionarían sobre el valor y productos de los capitales inmuebles, que vendrían á ser la base misma de la contribucion.

No juzgamos practicable ni provechosa la forzada actividad que quiere imprimirse á la riqueza acumulada (no decimos capital, porque no lo es todo fondo que no esté destinado á la industria); ésta muchas veces no se atreve á pasar y transformarse en un elemento productivo, porque no existe paz pública, porque se corren grandes peligros y azares, y por la decadencia de determinadas ramas de la produccion nacional en que han adquirido los dueños y propietarios de la misma experiencia y clientela; el servicio de la hacienda no puede interrumpirse nunca; ¿qué haremos, pues, si á pesar del anuncio fiscal, del nuevo sistema tributario, los ahorros no van á parar á la industria? Ciertó que no causaremos daño á un capital que no ha nacido todavía, pero aminorando la riqueza existente, y capaz de serlo, en acecho y á la mira del momento en que nace, faltaremos, en suma, á la sabia regla que prescriben Sismondi y Rossi: «el impuesto no debe gravar los capitales.»

Si son tres las fuentes de la produccion, si la riqueza brota de tres veneros distintos, no alcanzamos la razon por qué el fisco no ha de tender la mano y tomar una parte de los valores de donde manan, como las aguas de los empinados montes, es decir, las rentas. El Estado, productor indirecto, interviene y garantiza toda propiedad, todo trabajo; porque ¿no han de pagarle este servicio que presta propietarios y trabajadores? El trabajo en sus varias formas, ¿no produce un beneficio ó renta que se renueva todos los años, y es capaz, por tanto, de

soportar los tributos anuales? No creemos provechoso que los obreros dejen de contribuir á las cargas del Estado; justo es que tengan derechos y deberes; no han de ser como los ilotas y los esclavos romanos, indiferentes ó enemigos del pueblo que los guarda en su seno y les ofrece más ventajas que á los ociosos y los ricos, como ha demostrado Bastiat. ¿Se quiere, por ventura, otorgarles la gracia de una exencion que sería un odioso privilegio? Las profesiones liberales, las bellas artes, cuyos honorarios son hijos del ingenio y del trabajo, ¿no deben pagar tampoco cosa alguna?

Un impuesto sobre los beneficios ó intereses del capital puede causar efectos más ó menos complejos sobre la fuerza productiva, objeto de nuestro estudio. Supongamos que se reparta con igualdad y que no tenga recurso alguno el capitalista para hurtar el cuerpo á la vigilancia del fisco, de suerte que todos paguen la cuota que les ha sido asignada; si las acumulaciones son rápidas y cuantiosas y el interés ha descendido á un minimum del que difícilmente puede bajar aún más, el tributo quizá llegue á constituir un estímulo para idear nuevos inventos que den alas á la produccion y al cambio, de modo que la cuota corriente del interés llegue á ascender, y que estas ventajas basten para cubrir la totalidad de la contribucion, sin gravámen ni perjuicio para nadie; pero si fuese de tal linaje la baja del interés que desmayasen los productores en hacer ultteriores ahorros, por no considerar bastante incentivo el que pudiera ofrecerles el beneficio de sus capitales, arrojarían éstos fuera del reino para buscar un empleo ventajoso, los consumirían en empresas aventuradas ó dejarían de ahorrar, dando la preferencia al consumo; en un país en el que no hiciesen acumulaciones anuales por hábito ó desidia, la carga del impuesto pesaría sobre los capitalistas, puesto que tendrían que pagar de las rentas la suma imponible repartida entre los mismos: no sucedería otro tanto allí donde hubiese acumulaciones lentas, en corto número; los trabajadores llevarían en sus hombros una porcion ó parte mayor ó menor del gravámen, puesto que aminorándose el ahorro y siendo encentadas las riquezas

de que se toman los fondos para pagar los jornales, éstos forzosamente tendrían que disminuir ¹. Haremos notar, respecto á esta doctrina de Stuart Mill, que no creemos posible el caso de que un pueblo deje de ahorrar anualmente más ó menos en en nuestros días; la ocasion, apénas probable aunque posible, en que un Estado víctima de la guerra, se despuebla y arruina, es diferente toda vez que ha de perecer ó recobrar bien pronto parte de sus perdidos capitales. El supuesto de que los obreros paguen parte de la contribucion á que nos referimos, nos parece aplicable á todas las que deseemos plantear; no hay una sola que en cierto lato sentido, no cause daño y perjuicio á las clases trabajadoras, que no disminuya la demanda de trabajo y por consiguiente los salarios; por último, no es posible imaginar siquiera, que por un impuesto como no constituya una verdadera expropiacion, un despojo dejen los hombres de ahorrar; lo harán secretamente, ocultarán la riqueza acumulada, mas como quiera que ésta es un medio de satisfacer necesidades futuras, de poner remedio á daños más ó menos graves que produzca la adversa fortuna, los motivos que existen para ahorrar son tan poderosos que tenemos por cosa segura el principio que hemos formulado más arriba. De suerte y manera que nos parecen inexactas las apreciaciones del economista inglés por las razones dichas, bien que tengan la forma y el vigor aparente de una lógica severa y que abraza y comprende las diversas circunstancias que pueden ocurrir en semejante clase de tributos.

¿Qué debemos pensar del pago del capital de la deuda pública por medio de un impuesto general? El pueblo que nos sirva de ejemplo satisface ó no satisface puntualmente los intereses de los empréstitos que contrajo: si lo primero, la operacion es factible y realizable en rigor: si lo segundo, será cuando ménos dudosa su posible realidad. En aquel caso nos decidimos por la afirmativa por ser punto ajeno á toda duda que

1 Stuart Mill. Principios de Economía política, vol. II, páginas 418-420.

una parte considerable de los productos de la tierra, el trabajo y el capital de la nacion se consagran anualmente al fin indicado, de modo que no hay más que acudir á los orígenes y fuentes de esos mismos productos y en una sola vez y ocasion, en lugar de muchas sucesivas, hacer el reembolso sin más que transferir á otras personas su derecho de propiedad. Las tierras habrían de venderse, exigirse la parte anual afecta al emolumento ó salario del trabajo capitalizado, y tomarse por la mano del fisco la fraccion proporcional de los capitales que indicase la cuota señalada á éstos. Los trabajadores se verían obligados á tomar prestada la suma que para amortizar la deuda les fuese asignada, y en este sentido hemos dicho, hace un momento, que el derecho de propiedad sobre su trabajo vendría á transferirse á otros, toda vez que otros recogerían el fruto de sus sudores y de sus afanes, á saber, sus acreedores privados. El procedimiento que nos ocupa no podría verificarse más que en el supuesto de que el impuesto gravase sólo la propiedad inmueble, segun Stuart Mill, lo que de ningun modo sería justo; en tal hipótesis no sería menester más que vender una parte de dichos bienes como hace un propietario para pagar sus deudas. Ricardo aconseja que enajene el Estado sus propiedades. Para seguir su parecer fuera preciso que careciese de graves razones de utilidad pública para conservarlas: ya sabemos que el capital propio del Estado es muy importante y hasta necesario. (Véase el capítulo V.)

Tenemos por cosa averiguada que los bienes inmuebles del Estado no bastarían para pagar la mayor parte del capital de la deuda y que el reembolso exigido á los súbditos, por más que juzgue de distinta manera Flórez Estrada, no es dable, ni puede tener aplicacion práctica. Causaría tan graves trastornos, sería causa de tales graves quejas y hasta encendería tan tenaz rebelion, que no hay Gobierno alguno tan osado que intente llevarlo á cabo. La vida de las muchas personas que tienen escasas rentas se transformaría de un modo muy penoso y quedaría sujeta á duras privaciones y áspero malestar, y los obreros privados de jornal por la brusca distraccion y apartamiento

de los capitales de sus empleos productivos, constituirían un peligro gravísimo para el Gobierno y el pueblo.

Y agréguese á todo esto que es muy dudoso resultasen provecho y ventajas del heroico sacrificio. ¿No es preferible permitir que se aumente el bienestar, que se acumulen los capitales, que la industria se desarrolle, que desaparezcan los impuestos nocivos y que baje la cuota corriente del interés? Por estas buenas sendas llegaremos á la conversion de rentas y á la más vulgar y difícil de todas las amortizaciones: el excedente ó suma adicional de los impuestos sobre los gastos. Convienen en esta materia medidas prudentes y templadas por los consejos de la experiencia, para que no llegue á nuestros oídos el eco de aquella sentencia de Hume: « Es preciso que una nacion mate el crédito público ó que el crédito mate la nacion ¹ » ².

1 Flórez Estrada. Curso de Economía política, vol. II, pág. 341. — Ricardo. Principios de Economía política, cap. XVII, págs. 221-222. — Stuart Mill. Principios de Economía política, lib. V, cap. VII, vol. II, págs. 477-479. — Garnier. Elementos de Hacienda, pág. 124.

2 Esta monografía fué escrita en 1876, por cuyo motivo no se habla en ella de autores y doctrinas que despues se han juzgado dignos de nota.

INDICE DE ESTA MEMORIA

	PÁGS.
CAPÍTULO I.—Etimología del vocablo CAPITAL.—Si debe ser sustituido por otro: opiniones de Senior y de Rossi.—Parecer del autor en sentido negativo.....	5
CAPÍTULO II.—Definicion del capital.—Reseña histórica de las doctrinas.—Divergencia entre los pareceres de Smith y Say.—El autor no admite la innovacion que quieren introducir Hermann, Courcelle Seneuil y Macleod.....	8
CAPÍTULO III.—Naturaleza del capital.—Exposicion del modo cómo en la ciencia ha ido desenvolviéndose el concepto de esa naturaleza.—Notables apreciaciones de Rossi y de Senior, á quienes sigue el autor.....	19
CAPÍTULO IV.—Elementos que constituyen el capital.—Enumeraciones de Say, Rau y Roscher. La última es la más perfecta.—¿La tierra es un capital?—Opinion de Destutt de Tracy y Malthus.—Se demuestra que no lo es.—¿Puede estimarse como elemento el numerario?—El autor cree que es dable conciliar á los autores respecto de este punto.—Niégase que el hombre deba comprenderse entre los capitales.....	27
CAPÍTULO V.—El capital nacional.—Distínguese entre éste y el público.—¿Es cierto que aquél comprende al último y los particulares?—Opinion negativa del autor.—El capital del Estado.—Distinciones que deben hacerse.....	38
CAPÍTULO VI.—Si el capital es necesario ó simplemente útil en la produccion.—Creemos es lo primero.—Ventajas que nacen del empleo del capital.—Bajo el aspecto económico, del aumento del bienestar, del orden moral, del interés de las clases inferiores, de la baratura de los bienes y servicios y de la actividad general.—El autor hace reflexiones sobre la potencia del capital y lo fácil que sería darle un incremento que causaría las más graves consecuencias.....	42
CAPÍTULO VII.—Divisiones del capital.—En material y moral.—Productivo y de consumo.—Productivo é improductivo ú ocioso.—El autor no admite estas divisiones.—Capital fijo y circulante.—Smith y Ricardo disienten en las definiciones de estos dos miembros de la division.—¿Qué clase de capital es la moneda?—Relacion entre el capital fijo y circulante.—Se comparan el uno y el otro en sus ventajas, sus cambios y sus peligros.....	58
CAPÍTULO VIII.—Orígenes del capital.—El autor señala cuatro, á saber: el resultado de agentes naturales, que no fué preciso á los primeros hombres para el consumo; el ahorro; el establecimiento de relaciones fecundas, cuya ventaja es ya general, ya individual cuando adquieren un valor en cambio; y parte del producto anual de todos los ramos de la industria, en un período de grande prosperidad y desarrollo de las artes.—Sólo el primero es absoluto; los otros tres son relativos.....	71
CAPÍTULO IX.—El capital limita la industria.—Demuéstrase este aserto históricamente y por medio del raciocinio.—Courcelle Seneuil parece negarlo al defender que una	

	fuerza productiva puede ser sustituida por otra.—Relaciones que tiene la doctrina dicha con la produccion en general.....	78
CAPÍTULO X.	—El capital se consume, pero se perpetúa por medio de la produccion.—Reseña histórica de las doctrinas.—Importancia del principio expuesto. Obstáculos con que tropieza.—Las fuerzas naturales, la guerra, la impericia.—Influjo que ejercen las riquezas acumuladas en épocas anteriores para realizar los fines económicos.—Nuevo aspecto que puede presentar la historia si la estudiamos con propósito determinado en relacion con lo dicho.....	82
CAPÍTULO XI.	—Relaciones del capital y el ahorro.—Límites de la produccion.—Courcelle Seneuil cree que el trabajo tiene dos formas, una de ellas el ahorro.—El autor refuta su doctrina.—Suma de bienes y valores sobre que puede ejercitarse el ahorro.—Causas que producen el deseo y el acto de ahorrar.—Causas que lo hacen más difícil.—No siempre es una virtud.—Condiciones que se requieren para que sea laudable y provechoso.—Daño que el impuesto puede causar al ahorro.—Opinion de Malthus.—Reseña histórica del ahorro en diversos tiempos y lugares.....	89
CAPÍTULO XII.	—Relaciones del capital y el salario.—Necesidad de las mismas.—Historia y naturaleza del salario.—Creemos es distinta la ley reguladora del último que la indicada por Stuart Mill.—Demostracion de que el salario se determina por el capital y el precio de las subsistencias.—Servicios que presta el capital á los obreros.—El capitalista es necesario.—No hay antagonismo entre el capital y el salario.—Pruébase la falsedad de los dos asertos: primero, que cuanta más parte de productos toque al capital, ménos tocará al trabajo y viceversa; y segundo, que percibe más que el que trabaja el que huelga, ó por lo ménos vive de ahorros y no sufre privaciones.—La mayor parte del capital se emplea en salarios.—El aumento del capital mejora la condicion de los obreros.....	100
CAPÍTULO XIII.	—Relaciones del capital y de la produccion agrícola.—Ley que rige los capitales que se emplean en la última.—Reseña histórica de las doctrinas.—Opinion razonada del autor.—Si los capitales de que hablamos son las riquezas que adquiere más sólidamente un país.—La agricultura requiere menos valores de esta clase que las demás industrias.—No son más productivos los que en primer lugar se incorporan al suelo.....	118
CAPÍTULO XIV.	—Relaciones del capital y del impuesto.—Las contribuciones no deben gravar al primero.—Ricardo y Stuart Mill son de parecer que esto no es posible.—Argumentos en pro y en contra del impuesto sobre el capital.—Opinion razonada del autor.—Si debe amortizarse el capital de la Deuda pública por medio de un impuesto general.—Imposibilidad y daños que resultarían de intentar este heroico sacrificio.....	128



España.

009